





OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.

CALLAR EN VIDA

Y

PERDONAR EN MUERTE.

RELACION

POR FERNAN CABALLERO



MADRID: 1861.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE DON F. DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

PROLOGO.

Cuando llegue á estas páginas el lector, probablemente será habiendo pasado por las que contienen La Familia de Alvareda.

¿Deberémos decirle algo que prepare su ánimo para las que van á seguir? ¿O bien será mejor respetar la profunda impresion, las hondas meditaciones, y—¿porqué no hemos de decirlo?—acaso las sentidas lágrimas que en él habrán promovido la simpatía, arrancado el infortunio y santificado la religion?

A saber nosotros que íbamos á estorbar este santo fruto á que puede aspirar, pero que no consuma nunca por sí sola ninguna humana literatura, cierto es que sobrecogidos ante el secreto de las conciencias, retrocediéramos con religioso respeto, y diciendo «por aquí ha pasado Dios!» nos contentáramos con adorar.

Pero creyendo que muchos de los lectores participarán del efecto que en nosotros produjo aquella lectura, juzgamos, sin embargo, que no nos toca sobreponernos á la intencion ni á las miras del autor, á quien es dado herir estas cuerdas, y producir tales efectos. Como el sembrador que esparce la semilla sobre la tierra, así él, sin darse cuenta de lo que hace, pasa presentando á la imaginacion sus cuadros, abriendo al corazon el tesoro de sus sentimientos, evocando la fé de las generaciones pasadas, despertando el amor en la presente, y avivando la esperanza en las que están por venir.

No busca él ni escoge, ni modela, ni retoca sus cuadros. Dios le ha dado ver en las entrañas de nuestra sociedad; y él ve lo que nosotros no vemos; y pintando como nadie, nos pinta como somos, puesto que al mirarnos retratados, brota la risa en el labio y las lágrimas en los ojos, llega el sentimiento hasta el fondo de nuestras almas, y prorumpimos involuntariamente: «¡Es verdad, es verdad! Gracias, Dios mio, por lo que fuimos! ¡gracias por lo que aun somos! ¡Todavía valemos mas que nuestras ideas! Aun no nos está negada la esperanza!»

Sin exagerarnos, pues, temerariamente la importancia de estos escritos; sin que por ello ne-

guemos,—¿ni cómo habíamos de imaginarlo siquiera?—ni al sacerdote ni al maestro, ni al púlpito ni á la cátedra su derecho y su deber de enunciar y discutir, en la esfera de accion que respectivamente les corresponde, la palabra de Dios y los arcanos de la ciencia, respetamos una vocacion que tenemos por sublime, y en la cual creemos tanto mas, cuanto que ni fué profesada á priori por quien la tiene y ejerce, ni ménos es invencion nuestra, ni parto de acalorada fantasía. Y ya que nos es dado observarla y admirarla de cerca, sigamos, pues ella sigue; leamos, pues ella escribe. Adónde cada cual haya de pararse; donde encontrará la palabra, el pensamiento, la idea destinados á germinar en su corazon; si será en el libro, en la cátedra, en la sociedad; en un desengaño; en el infortunio, ó acaso en la lectura de una de estas novelas, ese es el secreto de Dios, que no tiene abreviados sus medios.

Sigamos, pues, nosotros á nuestro novelista querido, al escritor eminentemente nacional y católico, ya cruzando por entre los ricos senderos de la mas espontánea, lozana, inagotable poesía, ya estremeciéndonos con él al ay doloroso de una creencia herida, ya recreados con la dulce flor de esos consuelos que encuentra para todos los dolores; esperanzas de mejora en esta vida, espe-

ranzas para otra vida en que no hay mejora posible, y cuyos misterios y consuelos, si tal vez chocan á la vana ciencia de los hombres, cumplidamente descifra la fé. Aparte del deleite purísimo, aun los que vayamos de corrida, algo nos llevarémos; algo para nuestra meditacion y consuelo, algo que ofrecer á los demas, como atractivo, como enseñanza y ejemplo.

Y esto es lo que nos incumbe hoy respecto á las páginas siguientes, que por título llevan: CALLAR EN VIDA Y PERDONAR EN MUERTE. No son una *Novela,* no son un *Cuento*. Llámalas el autor una RELACION. Forma literaria, si no nueva, ni por él inventada, al menos desentrañada, restituida y aplicada con singular propiedad. Hay en efecto, verdad histórica en el fondo del suceso, ya que no en todos sus pormenores. La que á estos les falta, no se pide á la fantasía; se encuentra en el corazon, en la lógica de los hechos, en la experiencia de la vida. Volvemos, pues, á decirlo. CALLAR EN VIDA Y PERDONAR EN MUERTE, no es una historia, no es un cuento, ni una novela; no es un asunto buscado ni inventado de propósito, combinado á placer, desenvuelto con arte; no es un drama tampoco. Es lo que su autor ha dicho, tan natural como profundamente, la RELACION de uno de tantos sucesos que todos hemos visto, con que

hemos tropezado, unos en el teatro del mundo, otros en el estudio del hombre; y muy particularmente los médicos, los abogados, y los confesores, que por deber están llamados á sondar los secretos de las pasiones y de los intereses humanos.

Mas comencemos ya á ejercer nuestro cargo de indicadores (el de conductores lo excusa la sencillez característica de la obra) de la siguiente Relacion. Y ante todo será presentarla á los lectoses como muestra de otras varias de tan sabroso género que les tiene preparadas el autor. Tambien es de notar (y á eso aludíamos al empezar estas líneas) el secreto lazo que liga su asunto con el de la *Familia de Alvareda;* lazo que consiste en la perpetracion del delito; pero que hace mas palpable el contraste que resulta entre el de Pedro, que casi á despecho de su voluntad, por la venganza de una ofensa dolorosa, y la debilidad ingénita de su carácter, es arrastrado á cometerle; y el horrendo crímen de don Andrés, por el cual se viola fria, aleve é impunemente la santidad del hogar doméstico, y los mas dulces vínculos del amor y la gratitud; siendo impotente la justicia de los hombres para descubrirle y castigarle; mas no sin que por ello quede sin castigo ante el Supremo Juez que juzga las justicias y se re-

serva las venganzas. Amplia materia ofrece esta contraposicion á las meditaciones de la filosofía; el cristiano no dejará de resolverlas harto mas fácilmente estas dos palabras: con solo *adorar y creer*.

Pero lo que aquella no acertaria nunca á proponer ni ménos á conseguir, es el silencio y la resignacion de la víctima voluntaria; no de la que sucumbe al puñal homicida, sino de la que sostiene una lucha de toda la vida, compartiendo ésta con el asesino. ¡Vivir con una losa sobre el corazon, que ahoga la vida! Morir sin un ay, sin una reconvencion; pero con entera dignidad; teniendo el perdon en los labios, y exhalando el alma sin rencor y sin amargura.

Entren ahora con esta indicacion, los amantes de la poesía de buena ley, que consiste, no en sonoras vaciedades, sino en la verdad y la belleza de las ideas y de los sentimientos, éntrense por el escondido valle que rodea á Val-de-Paz: crucen la amenidad de sus huertas.

«Oíase, dice el escritor, el alegre murmullo »del agua de riego, esparciéndose en cien diferen»tes direcciones por los huertos. Dócil en seguir »la senda que le traza el hombre, se veia á esta »hija de las nubes y de las fuentes, ya rodear á »un naranjo, como un ceñidor de bruñido acero,

»ya esparciéndose sobre un cuadro recien sembra-
»do, como una cubierta de cristal; y entonces,
»pararse incierta entre ceder á las seducciones del
»sol que la solicita para sí á fin de tejerse con ella
»sus velos, ó á la atraccion de la tierra, que la
»anhela para nutrir con ella las plantas tan lindas
»que forman su rico vestido..... Oíase el balar de
»las ovejas, tan dulce como su índole, tan suave
»como su vellon, tan triste como la víctima de la
»cual es el símbolo; el prolongado mugido de la
»vaca que llama á su cria; el zumbido monó-
»tono del abejorro tonto y torpe, que vuela en
»derechura de sus narices, sin cuidarse de trope-
»zar con las ajenas. Veíanse los aviones surcar el
»aire con alegres y desatinadas evoluciones, dando
»sus gozosos pitíos; lo cual, al contemplarlos, ha-
»ce decir á los niños con fraternal simpatía: Ya
»salieron los muchachos de la escuela..... Ento-
»naban sus claras serenatas las ranas, rústicas si-
»renas, que convidan entre sus frescos juncos, á
»las delicias del baño. Las laboriosas abejas de-
»jaban mal contentas su taréa, porque hallaban
»ya en las flores rocío mezclado á la miel. Oíase
»la triste y plañidera queja del mochuelo, tan
»triste, que da gana de ir á consolarlo. Suena tan
»melancólico su canto entre las armonías de la
»naturaleza, para probar que hay en ella una voz,

»asi como en el corazon hay una cuerda, que vi»bra siempre melancólicamente, aunque el dia »haya sido brillante y la noche serena. Solo la »grave y misantrópica lechuza, á la que chocaba »este concierto general al acercarse la noche, se »desprendia de la torre en que medita y censura, »lanzando su enérgico ceceo como para imponer »silencio.

»Pero entre todas estas voces càmpestres, tan »llenas de indefinible encanto para quien sabe go»zar prácticamente de la naturaleza, sobresalia la »sonora, modulada y espresiva voz del hombre, en »las de los trabajadores campesinos que al regre»sar á sus casas, cantaban.

»¿Quién ha enseñado á estos hombres? ¿Quién »les ha infundido la elevada y aguda poesía de la »letra, la encantadora y original melodía de sus »cantos?—El *sentir;* que no necesita del arte: al »paso que sin el sentir el arte es un cadáver.»

¿Dónde se hallará en una escena tan vulgar, tan manoseada, tanta verdad, tanta sencillez, ni mas originalidad ni poesía? Tambien cantan los pastores de Virgilio; mas aunque tan entusiastas del Gran Poeta, nosotros no vacilamos en oponer esta descripcion á la suya. Y es que si Virgilio no era ménos poeta, no era cristiano.

Pero parémonos á contemplar el pensil que

ofrece en primavera cada uno de los balcones de nuestra amada y oriental Andalucía, y entre aquellas dahalias, nardos, camelias. lilas y geranios, para quienes es poco la *música* de sus colores y la ambrosía de sus *bálsamos* (que esto al cabo es patrimonio comun de las flores, aunque en él se extremen y señalen acaso las que son hijas de aquel sol y aquella tierra) las verémos animadas, viviendo en la sociedad y para la sociedad, amando y disputándose sus preferencias; en tanto que «hallarémos inclinados sobre los ro»dapiés, á los exquisitos claveles, la mas españo»la de las flores, como si les doliesen sus hermo»sas cabezas por la fragancia de su aroma!»

Asi lo ha visto el autor, asi lo revela; y nadie despues de haberlo leido, podrá olvidar tal exhuberancia de olor, ni tan magnífica y fragante esplendidez de poesía.

Pero donde tales son las flores ¿cuáles han de ser las mugeres? ¿cuáles las damas? Vedlas en la Señora (ni su nombre de novela se dice siquiera; porque donde todas son, y piensan y sienten como ella ¿cómo distinguirla?) Vedla en alas del corazon y de la caridad, volar, cediendo al *primer irreflexivo impulso*, sin calcular los *deberes, tal vez egoistas, del frio decoro,* ante otros mas santos deberes, acudir *franca, generosa, ardiente de*

corazon hácia aquel santuario de la familia que ha profanado la muerte, á ver á su amiga, que «al verme, dice, pudo gritar y llorar y desahogar su corazon.» ¿Qué importa que tan honda conmocion haga palpitar el corazon de la piadosa consoladora, hasta el punto de privar de la vida al hijo que abrigaba en sus entrañas? No se arriesgara ella á tanto, si tal pensara. Pero fué el último holocausto que en las aras de la caridad sacrifica la noble dama, sin apénas echar cuenta de él. ¡Tanta es la sencillez con que lo refiere, preocupada con el recuerdo de la inmensa afliccion que consolaba! Pero oigamos sus palabras:

«El cadáver, que aun permanecia en el cuarto »en que se le halló, no se veia; pero se notaba! En»friaba aquella atmósfera: ¡la casa olia á sangre! »El agua que llenaba la *mar* de la fuente *(el pilon »de las que suele haber en aquellos patios)* per»manecia roja; como si el líquido y corriente hi»lo que constantemente la renueva, pasase por »en medio cual yerto témpano, sin querer mez»clarse con ella; ó como si una gota de inocente »sangre vertida, bastase á enturbiar para siempre »toda una fuente, asi como basta á manchar para »siempre una conciencia!»

Medite el filósofo cuán profundo conocimiento del corazon humano revela aquel religioso temor

y popular respeto que pesa sobre el lugar que fué teatro del crímen impune: el deslinde entre la esfera de terror que rodea á éste, y la atmósfera mas blanda que cerca al delito patente, discutido y confesado, contra el cual no hay que armarse ni precaverse tanto como contra el que es, por su mismo misterio, incomensurable; la idea cristiana que sublima y santifica el arrepentimiento; y finalmente, las que encierran estas palabras, tan profundas y sencillas á un mismo tiempo.

—«Por lo visto (dijo el forastero con una son»risa agria y amarga) la casa conserva la impre»sion que se ha borrado ya en los corazones!— »La casa ha conservado la impresion del crímen, »en los corazones se ha amortiguado la del dolor. »El dolor no puede ser eterno sobre la tierra: asi »lo ha dispuesto Aquel que sabe lo que nos con»viene. Cada dia un nuevo sol nos hace olvidar al »que desapareció la víspera: cada flor que abre su »hermoso seno aleja la vista de la que se marchi»ta. La ausencia es un velo poco transparente. Lo »venidero absorbe lo actual, y su ardiente escita»cion debilita las impresiones, como los rayos »del sol desvanecen la viveza de los colores.— »No motejeis al olvido, ese bálsamo, esa panacea, »ese dulce elixir de la vida, que Dios envía á las »criaturas, como envia á las plantas su refrige-

»rante rocío. Sin él, ¿qué sería de nosotros?»

Duda el interlocutor si esto es sublime filosofía, ó indiferentismo vulgar.—«Ni lo uno ni lo »otro. Es la verdad; una verdad sencilla y práctica, de aquellas contra las cuales en vano se rebe»la el orgullo del hombre.»—Asi contesta la noble dama. Y la humanidad espiritualizada del cristiano se reconoce y aplaude, asi como se reconoció la humanidad antigua al escuchar las inmortales palabras de Terencio: «Hombre soy; todo lo que es del hombre me interesa.»

No es nuestro ánimo traer á discusion las opiniones políticas del escritor. Tiénelas sin duda. ¿Y cómo habia de estar sin ellas una inteligencia tan superior, y de tan profundas convicciones? Pero dígase imparcialmente si comprende ó no la época quien tan magistralmente sabe pintar en Peñalta al ***hábil arquitecto de su propio pedestal***. Vése medrar y crecer en el concepto público á aquel hombre, ***verdadero sepulcro blanqueado,*** tirano del hogar doméstico, atento solo á acumular ***intereses materiales***, es decir, gocès para el bienestar físico y para el ***endiosamiento*** moral; tan débil ante los juicios del mundo; tan celoso de salvar las apariencias; lleno de venenosa rabia contra la suerte modesta que le deparó la Providencia; y en vez de elevarse sobre ella por

medio del trabajo y del merecimiento, mintiendo sumision y cariño para cautivar la vanidad y deslumbrar la cándida inexperiencia de una gente crédula y buena; pobre familia, que como una víbora empieza desuniendo, en pago de haberla abrigado en su seno, recurriendo en seguida al asesinato cobarde y sobre seguro, para venir por último á especular con los esqueletos de los conventos. Por ventura, ¿está mejor dibujado el Tartuffe de Moliére que el hipócrita de estos tiempos? ¡Cuánto nos ha hecho reir, siquiera por lo mucho que de ello hemos tenido que ver *por oficio*, aquel proyectado canal, para el cual solo faltaba dinero con qué abrirle y agua para llenarlo!

Mas, porque no se crea que es la pasion política la que hace hablar al escritor, véase como no atribuye á un partido los vicios de la época; y véase tambien la noble independencia con que al declararlo así, protesta el fin con que hace esta declaracion; porque no se atribuya á cobardía lo que solo es hijo de la bondad del alma, de la justicia, y finalmente, de una elevacion de espíritu, ante quien caben para ser imparcialmente juzgados, todos los partidos y opiniones.

«No es nuestro ánimo (habla el escritor) per»sonificar la época en el señor don Andrés, sino »sus influencias. Es seguro que en un órden de

»cosas opuesto, habria sido el centinela avanzado
»de la intolerancia, el seide de la rutina, el can-
»cerbero de los aranceles y el carabinero de úti-
»les y necesarias innovaciones. Esto lo decimos
»en honor de la verdad, y en favor de la exacti-
»tud del tipo que pintamos, y no de ninguna
»manera por lavarle su feísima cara á la época.»

Pero volviendo al suceso que es el alma de la *Relacion*, el criminalista puede seguir con particular interés toda la generacion de ese delito; su gérmen funesto, su estudiada preparacion, su interesada ocasion, sus terrores, en mal hora confundidos con los que debió causar el crímen en persona tan allegada á la víctima. Aumenta el efecto el abandono de la casa y de la ciudad manchada, por la familia huérfana; y se duele uno y se impacienta involuntariamente de que no se insinúe la sospecha en el ánimo del juez de la causa, ó en el de que por la ley es el representante del interés de la sociedad en la acusacion, especialmente cuando la Providencia ha hecho que el criminal marque con su mano una huella terrible en las paredes de la casa misma. ¡Cuántos laberintos de iniquidad se han escudriñado con un indicio, con un hilo harto mas débil! Cualquiera que tenga alguna práctica del foro pudiera citar no uno solo. En el de Sevilla, por ejemplo, en donde ha resi-

dido el autor, un dedo que quedó insepulto fuera de la tierra que encubria los cadáveres de varias víctimas, y que se conservó incorrupto mientras que estos se hallaban ya del todo consumidos, bastó para descubrir un año despues de cometido, aquel horrendo crímen, haciendo recaer sobre él el condigno castigo. ¡Tan cierto es que la Providencia, cuando quiere, sabe frustrar todas las astucias de los hombres!

¡Si al ménos hubiera parecido á tiempo aquella *plana!* Pero aquella plana, el nombre del asesino escrito sin saberlo ni pensarlo, por mano de la inocencia, la fecha del crímen puesta con tinta encarnada, y mas abajo el renglon que contiene el testamento de la víctima, todo esto es el terrible desenlace, ó mas bien el verdadero nudo de otro terrible, callado y magnífico drama, digno de estudio para el poeta filósofo. En él, sin necesidad de un ay se debaten las cuestiones supremas de la honra, de la vida y de la muerte, en el corazon de la que es hija, esposa y madre, y que necesita gastar su cuerpo con lágrimas, y fortalecer su alma con la oracion para poder pelear dentro de sí tan recias batallas, y llevar tan inmenso golpe, «sin otro alivio (dice su digno intérprete) *sin otro alivio que la certeza de que era mortal!*»

¡Oh! ¡de cuán buena gana insertaríamos aquí el trozo en que se hace la esposicion de esta espantosa situacion, la relacion de estos combates y su término sublime! Pero no podemos, no debemos decir mas. Seria defraudar su corona al escritor, y para FERNAN CABALLERO me parecen pocas cuantas pueden acumular el talento, tejer la simpatía, y bendecir la religion.

Pero por encima de tantas bellezas en el órden literario y en el jurídico, en el moral y en el político, ¿sabeis cuál nos parece el pensamiento capital de la obra, su verdad completa, su principal inspiracion; aquella á que todas se subordinan; la que inmortalizará esas páginas ligándolas íntimamente hasta con la biografía de quien las escribió? Escóndese en un rincon de ellas como humilde violeta, pero trascendiendo por todas partes con celestial fragancia. Vosotros la encontraréis sin duda; pero oidla desde ahora. Nuestro deber es decírosla, para que aprecieis merecidamente esta obra y otras que de la misma pluma se desprenden:

«¡OH! CUÁNTO SABE LA MUGER QUE SABE SER CRISTIANA!»

Julio de 1856.

FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

CALLAR EN VIDA

Y PERDONAR EN MUERTE.

Me está reservada la venganza, y yo soy quien la ejerceré, dice el Señor.
Epístola de San Pablo á los Romanos.

CAPITULO I.

UNA CALAVERA ENTRE DOS FLOREROS.

Veíase en la populosa ciudad de M*** una extraña anomalía que chocaba á todo forastero; pero que habia llegado á ser para sus habitantes, por la costumbre que tenian de verla, cosa en que no paraban la atencion. Consistia esta en el mustio y extraño contraste que formaba en uno de los barrios mas céntricos y de mejor vecindario de la ciudad, en una de las calles de mas tránsito, en la que las casas compe-

tian en compostura y buen parecer, una casa cerrada, súcia, descuidada y sombría, cuyo aspecto heria la vista y afectaba el ánimo. Las dos casas que tocaban á sus costados estaban tan blancas como si fuesen de alabastro; sus rejas y balcones se habian pintado, forzando de esta suerte al grave hierro á vestirse de alegre verde de primavera, como las plantas, que colocadas en sus tiestos, color de coral, los ocupaban. Asomábanse por encima de los tiradillos, con sus vestidos de varios colores, las vanidosas dahalias, que tanto ha embellecido el cultivo europeo; alzábanse las lilas, tan distinguidas entre las flores, como lo es en sociedad la persona que á un mérito real une la modestia. El heliotropo, que sabe cuanto vale, y por lo mismo desdeña visuales colorines, se retiraba detrás de los geranios, que variando y mejorando su exterior, han sabido conquistarse un buen lugar entre la aristocracia de Flora. En el sitio preferente se ostentaban las camelias, frias, tiesas, sin fragancia, que es el alma de las flores, haciéndose valer y *dándose tono*, sin acordarse de que la moda y la novedad que las ensalzan hoy, las desatenderán mañana, y que serán tanto mas olvidadas, cuanto que no dejan un perfume por recuerdo. Inclinábanse sobre los rodapies los exquisitos claveles, la mas española de las flores, como si les doliesen sus hermosas cabezas por el exceso de su aroma. Detrás de las vidrieras se veian extendidas esas cortinas formadas de pequeños juncos verdes, que vienen de China, sobre las cuales

se miran pintados pájaros extraños y apócrifos, que parecen partos del arco íris, figurando asi las casas grandes pajareras de aves fantásticas, en jardines encantados.

Por el contrario, la casa vacía, con sus paredes oscuras, sus negros hierros, sus maderas cerradas, como si huyese de la luz del dia y de las miradas de los hombres, parecia excluida de la vida alegre y activa y llevar sobre sí un anatema.—En el balcon solo se veian unos girones de papel de cartelon que el viento y los aguaceros habian destrozado, y que su dueño cansado de renovar, dejaba ya en el mismo estado; con cuyo mal aspecto parecian poner en entredicho aquella tétrica y abandonada mansion. En fin, podíase comparar la sola, silenciosa y fúnebre casa, enclavada entre sus dos alegres y vistosas vecinas, á una calavera colocada entre dos floreros.

CAPITULO II.

CONVERSACION.

En una de estas casas recibia una señora amable y risueña gran número de visitas, con motivo de ser los dias de su santo.

Dirigiéndose á uno de los caballeros que se hallaba sentado en el círculo formado ante su sofá, le dijo:

—¿Conque no habeis hallado casa?

—No, señora, contestó el interrogado, que era forastero; las que se me han proporcionado, unas son estrechas para mi numerosa familia, otras están en mal sitio; y mi muger, que sale poquísimo, lo primero que me ha encargado es, que la casa que tome esté bien situada.

—No hay duda en que este vecindario aumenta; no se hallan casas, dijo uno de los presentes.

—Pero señora, añadió el forastero, acabo de ver

la inmediata á la vuestra, desalquilada; me convendria mucho, y no me habeis hablado de ella.

—Es cierto, es cierto, repuso la señora: ha sido una inadvertencia; pero estámos tan acostumbrados aquí á contar esa casa entre los muertos, que no debeis extrañar no se me ocurriese sacarla de su mortaja.

—¿Entre los muertos? ¿es decir, entre lo no existente? preguntó asombrado el forastero.

—Asi es, puesto que nadie la ocupa, ni le quiere dar vida.

—¿Y por qué? ¿está acaso ruinosa?

—Nada de eso, está en muy buen estado.

—¿Es fea? ¿es destartalada?

—No; es buena y tiene comodidades.

—¿Ha muerto en ella algun ético?

—No, que yo sepa... Además, ese miedo exagerado, que es ciertamente una preocupacion, se va desvaneciendo. Blanqueando las paredes, pintando las maderas, como se hace despues de cualquiera enfermedad, todas las casas se habitan hoy dia luego que deja de existir en ellas la víctima de ese terrible padecimiento que solo curan los viages de mar con privilegio exclusivo.

—¿Pues entonces ¿cuál es el que tiene esa casa para no ser habitada?... ¿tiene asombros? añadió sonriendo el caballero forastero.

—Justamente, contestó la señora.

—¿Eso me decís en el siglo XIX enmedio del esplen-

dor de las luces, en las barbas de la reinante despreocupacion?

—Si señor, porque el asombro que se supone es el que selló en ella el crímen, y ese asombro, aun no han llegado á disiparlo, ni las luces, ni la despreocupacion. En esa casa, señor, se cometió un asesinato.

—Convengo, repuso el caballero, que eso debió de ser una cosa atroz para los que á la sazon la vivian, y terrible para los allegados y los parientes de la víctima; pero no creo sea razon suficiente, para que andando el tiempo, quede por ese motivo una casa condenada á ser demolida, ó á existir sin ser habitada.—¿Cuánto há que tuvo lugar el hecho?

—Seis años.

—Señora, entonces me parece el abandono de esa casa, inocente del atentado de que fué teatro, cosa de agüero, y sobremanera anómala en esta época, en la que sin extrañas influencias, llevan la utilidad y la conveniencia el timon de los hechos.

—¿Qué quiere vd., señor? repuso la dueña de la casa; estamos aquí, por lo visto, un poco atrasados, y no nos pesa. Pero lo horroroso del asesinato, la inocencia de la víctima, que fué una pobre é inofensiva anciana, el misterio que cubrió y cubrirá siempre al autor del crímen, han impregnado de tal horror el lugar en que se consumó, y la sancion que ha dado el tiempo al desvío que esa casa inspira, es tan poderosa, que nadie se ha hallado que quisiese quebrantar

el aislamiento que, cual una maldicion, pesa sobre el lugar del impune delito. Parece la soledad de esa casa un sello sobre un pliego cerrado, que Dios abrirá en su dia, sinó ante los tribunales de los hombres, ante el tribunal supremo de que es juez.

Entraron en este momento nuevas visitas, y la conversacion fué interrumpida.

CAPITULO III.

UN CRIMEN.

La curiosidad del caballero forastero excitada por lo que habia oido, hizo que volviese á los pocos dias con el determinado objeto de anudar la conversacion interrumpida.

Despues de los primeros cumplidos, dijo á la amable dueña de la casa:

—Señora, extrañareis quizás mi insistencia; pero es grande mi deseo de saber algunos pormenores sobre el crímen de que me hablásteis el otro dia, que tan pavoroso debe haber sido cuando no puede el tiempo, ese Saturno que hasta las piedras se traga, consumir las huellas que ha dejado.

—Con la mejor voluntad os comunicaré lo que sé, que es lo que sabe todo el mundo, contestó la interrogada. Pero es probable que la fecha, ya antigua, del hecho, asi como el no haberlo presenciado, lo

despoje á vuestros ojos de la activa y siniestra impresion que causó á todos los habitantes de esta ciudad.

Habrá diez años que llegó aquí, y se alojó en la referida casa, un comandante con su muger, tres hijos pequeños y su suegra. Era él todo un caballero en su porte, asi como en su conducta; al cariño que demostraba á su muger, que era muy jóven y muy sencilla, se mezclaba la gravedad de un padre, y asi formaban una familia tan unida como feliz. Era ella una paloma sin hiel, como dice la poética definicion popular, y se hallaba tan satisfecha y dichosa en ser la escogida de aquel digno marido, como en ser la madre de los tres ángeles que sin cesar la rodeaban. Era el tipo de aquellas ejemplares mugeres que solo existen en el estrecho círculo de sus deberes de hija, esposa y madre. En cuanto á la señora mayor, era de aquellas criaturas que denomina el mundo, para clasificarlas pronto, con el título de una *infeliz*. Siendo muy piadosa, pasaba su tranquila existencia en el templo rogando á Dios por los objetos de su cariño, y en el hogar doméstico alabando á los de su culto.

Eran estas señoras propietarias en un pueblo pequeño, por lo que muchos las denominaban *lugareñas* ó *provincianas*, como se dice ahora en francés traducido; pero yo siempre hallé en aquella casa, delicada urbanidad, porque era sincera, franqueza decorosa, y una conducta austera sin gazmoñería y sin aspirar á los elogios á que es acreedora: si es esto ser *lugareña*, no debe pesar el serlo.

Pasaba yo en su casa muchos ratos, porque aquella paz interior, aquella felicidad modesta y sosegada, comunicaban bienestar á mi corazon; porque una simpatía grata me inclinaba hácia aquel hombre tan digno y tan estricto en el cumplimiento de sus deberes, me impelía hácia aquella suave muger que gozaba en sus virtudes como otras en sus placeres, y me arrastraba hácia aquella anciana sencilla y amante, que no hacia mas en la vida que sonreir y rezar. Puede que esta felicidad, aunque santa y modesta, fuese demasiado perfecta para ser duradera en un mundo en que por desgracia, aun los buenos se acuerdan menos del cielo cuando la tierra les hace la vida dulce. Ello es, que una mañana entró mi doncella azorada en mi cuarto; traia el rostro descompuesto y agitada la respiracion.

—¿Qué hay, Manuela? le pregunté sobresaltada.

—Señora, una desgracia, una atrocidad sin ejemplo.

—Pero ¿qué es? ¿qué ha sucedido? esplícate.

—Esta noche...... en la casa de junto...... no os asusteis, señora.

—No, no, acaba.

—Ha sido muerta la señora mayor.

—¡Muerta! ¿qué dices?

—Si señora, degollada.

—¡María Santísima! exclamé horrorizada, y ¿cómo? ¿han entrado ladrones?

—Es de presumir; pero nada se sabe.

El caso es, prosiguió la narradora, que aquella mañana salió el asistente, que dormia en un cuarto en el zaguan, para ir á la plaza. La puerta de la calle, segun afirmó, estaba cerrada, como la habia dejado la noche antes. Asi, era evidente que por la calle no habian entrado los asesinos. Pero cuando volvió de la plaza, estrañó hallar la puerta de enmedio solo encajada, de manera que cedió á su presion, y pudo entrar sin ser necesario que nadie le abriese; mas ¡cuál no sería su asombro al ver enrojecida el agua en la blanca mar de la fuente del patio! Aumentóse este al ver en la tersa pared de la escalera, señalada con sangre una mano. ¿Hubo acaso de darle al asesino al bajar aquellos escalones y al verse cubierto de sangre humana, un desvanecimiento que le obligó á buscar un apoyo en la pared? ¿Conservó esta la marca de la mano homicida para acusar al culpable y marcar su senda?

Subió el asistente desalado, siguiendo el rastro de las gotas de sangre, que de trecho en trecho, y como dedos vengadores le señalaban por donde ir á descubrir el crímen. Llega á la sombría y apartada estancia, que en el interior de la casa habitaba la señora mayor, aquella que nunca quiso creer en el mal, porque nunca pudo comprenderlo! ¡Hasta la puerta llegaba la laguna de sangre que iba estendiéndose en el suelo y que sus ladrillos no querian absorber! Sangre líquida, caliente, que parecia todavía conservar la vida qué faltaba al lívido cadáver, que con los

ojos desmesuradamente abiertos por el espanto con que terminó su vida, yacía sobre la cama, al lado de la que pendia un brazo blanco y yerto, como si fuese de cera, para testificar el abandono en que murió.

El asistente aterrado dió gritos, y corrió á llamar á sus amos. ¡Qué espectáculo para estos desgraciados!..... La pobre hija cayó al suelo como herida de un rayo. El comandante pálido y demudado, pero mas dueño de sí, mandó cerrar la puerta de la casa, pues á los gritos del asistente se reunia gente, é hizo avisar á la justicia. Pero esta nada halló sino el mudo cadáver; vió sangrientas heridas, bocas que acusaban el crímen pero no al criminal; y era lo estraño, que ni aun las mas remotas sospechas pudieron caer sobre nadie, ni encontrarse el mas leve indicio, que sirviese de luz para seguir pista alguna. El asistente dormia al lado afuera del porton, en el zaguan; esta puerta, que solo por el lado de adentro se abria, la halló abierta al volver de la calle, lo que hace probable que el asesino se hubiese ocultado el dia antes en el interior de la casa, ó entrado por los tejados. Esta última version no era probable, ni casi posible en vista de que esa casa, la de la condesa*** y la mia forman manzana. La criada habia pasado aquella noche en la fiesta de la boda de una hermana suya, como atestiguaron cuantos habian concurrido á ella. El otro asistente estaba malo en el hospital, y no se habia movido de su lecho. A pesar de esto, los dos primeros

fueron presos; pero despues de algun tiempo se les puso en libertad.

Notad hasta qué punto fué aterrador y horripilante el atentado, cuando solo la idea de que se le sospechara de haber tenido parte en él, hirió de tal suerte la imaginacion del asistente, que era un honrado mallorquin, que perdió la razon, y de la cárcel fué llevado á la casa de los locos. Sobre la criada cayó tal sombra, por haber sido presa y envuelta en aquel tétrico y misterioso proceso, que no pudo hallar casa en que la quisiesen admitir de sirviente: su novio la dejó, y asi presa de la ignominia y de la miseria, arrojóse á la mala vida y se perdió.

Entretanto la ciudad estaba aterrada. Nada pudo la justicia inquirir ni aun sospechas que hubieran podido servirle de vislumbre en aquellas tinieblas.

El crímen con el misterio se hace pavoroso y crece como el terror en la oscuridad de la noche. La vindicta pública indignada gritaba: *¡justicia!* y los jueces con la cuchilla alzada, no hallaban sobre quién descargar el golpe. Asi eran vanos los clamores para que se hiciese justicia, en vista de que ésta se la habia Dios reservado para sí; pues, repito, que nada se supo entonccs, nada se ha sabido despues: ¡nada se sabrá nunca!

—Y ¿qué fué luego del comandante y de su familie? Preguntó vivamente interesado y conmovido por la relacion que habia oido el forastero, para quien la

casa que le habia parecido un inocente Paria se iba convirtiendo en un antro misterioso y lúgubre.

—Sabeis, respondió sonriéndose la señora, que los extrangeros nos echan en cara á las españolas el proceder siempre de ligero, el ceder constantemente á nuestro primer impulso, y el tener en poco aquel estricto y severo círculo de accion de sus paisanas, que está á veces lleno de delicado decoro, y á veces hinchado de frio egoismo; las españolas, francas y ardientes de corazon, no reflexionan cuando este las arrebata: y si por esta razon aparecen siempre tiernas, valientes y generosas, á veces son irreflexivas; esto es, como dicen los franceses, *tener los defectos de sus cualidades*. Consiguiente á esto, apenas salió la justicia de aquella casa, cuando me arrojé en ella para prestar auxilio y consolar á mis desgraciados amigos.

No, nunca olvidaré, ni se borrará de mi alma, el lastimero cuadro que presentaba! ¡Fué tal la impresion que recibí, que costó la existencia al último hijo que Dios me destinaba! ¡El cadáver que aun permanecia en el cuarto en que se halló, no se veia, pero se sentia; enfriaba aquella atmósfera; la casa olia á sangre! El agua que llenaba la mar de la fuente, permanecia roja como si el líquido y corriente hilo que constantemente la renueva, pasase por en medio como yerto témpano, sin querer mezclarse con ella; ó como si una gota de inocente sangre vertida, bastase á enturbiar para siempre una fuente,

asi como basta á manchar para siempre una conciencia.

Mi pobre amiga, que tanto amaba á su madre, se estremecia en convulsiones; al verme pudo gritar, llorar y desahogar su comprimido dolor. Su marido estaba aterrado; el asombro parecia haber parado la circulacion de su sangre. ¡Tal era la lívida palidez que cubria su rostro, y la inmovilidad de sus labios comprimidos por el horror!

Me traje á su infeliz muger á mi casa; y á poco tiempo, habiendo su marido logrado una permuta, pasaron á una lejana provincia, porque les era imposible permanecer en el lugar en que habia acontecido tan horrorosa catástrofe.

—¿Pero con qué objeto se cometió ese asesinato? preguntó el caballero.

—Se infirió que por robar á la víctima, contestó la señora. Aquella mañana, segun dijo su hija, habia recibido su madre una crecida suma de dinero, por manos de un escribano; sobre él recayeron violentas sospechas, y aunque nada se le ha podido probar, ha quedado completamente desacreditado. Las sospechas que llegan á hacerse unánimes y estables desacreditan á veces mas que un hecho probado y ventilado, en cuyo caso el interesado, aunque culpable, ha podido emitir descargos, alegar disculpas, y sobre todo demostrar arrepentimiento y obtener asi el perdon, que el Dios de las Misericordias no guardó solo para sí, sino que con su divino destello puso en el

corazon del hombre, y al que elevó á precepto en su santo Evangelio.

Vuestra observacion es justa, repuso el caballero. La sociedad que es y debe ser clemente, despues de castigado el delito, es inexorable con el crímen impune. Eso es lógico. ¿Y habeis vuelto á saber de vuestros pobres vecinos?

—He sabido varias veces de ellos, hasta que últimamente los he perdido de vista. Les fué muy bien en el pueblo á que se trasladaron. El marido se retiró del servicio militar, se afincó y tuvo mucha suerte en cuanto emprendió: asi sucede que es hoy uno de los hombres mas considerados de aquel pueblo, una *notabilidad*, segun el estilo moderno. Ha sido alcalde y diputado provincial, y qué sé yo cuantas cosas mas en el innumerable plantel constitucional de autoridades. En cuanto á ella, vivia siempre contenta en su vida doméstica y retirada.

—Por lo visto, dijo el forastero con una sonrisa ágria y amarga, ¿la casa conserva la impresion que se ha borrado en los corazones?

—La casa ha conservado la impresion del *crímen:* en los corazones se ha amortiguado la del *dolor*. El dolor no puede ser eterno en este mundo; asi lo ha dispuesto Aquel que sabe lo que nos conviene. Cada dia un nuevo sol hace olvidar el que desapareció la víspera; cada flor que abre su seno, aleja la vista de la que se marchita. La ausencia és un velo poco transparente. Lo venidero absorbe lo actual, y su ardiente

excitacion debilita las impresiones, como los rayos del sol desvanecen la viveza de los colores. Y no motejeis al olvido, ese bálsamo, esa panacea, ese dulce elixir de vida que Dios envia á las criaturas, como á las plantas envia su refrigerante rocío: sin él, ¿qué seria de nosotros?

—No sé, repuso el caballero, si clasificar lo que decis, de sublime filosofía, ó de divisa del vulgar, *¡qué se me da á mí!*

—Ni tan alto ni tan bajo: es una verdad sencilla y práctica; una de las muchas disposiciones de la naturaleza contra las que se rebela en vano el orgullo del hombre. Pero decidme, ¿quereis habitar la casa? Mucho me alegraria que la presencia de una buena y amable familia, disipase la sombra de esa fúnebre morada, como la sonrisa de la aurora ahuyenta el ceño de la noche.

—Gracias, señora. No la viviré yo: aunque hijo de este siglo despreocupado, no ha podido el carácter del positivismo que le preside, ahogar las impresiones del espíritu que reina en alta esfera; y puesto que aquella casa es la depositaria del misterioso y horrendo atentado, la única que conoce los impunes criminales; huyan de ella los buenos y quédese sola con su secreto como deberian estarlo todos los que llevan la conciencia manchada con algun delito.

———

CAPITULO IV.

VAL DE PAZ.

Existe un pueblo que nombraremos con el pseudónimo de *Val de Paz*, que ha escogido por asiento un valle, colocado entre las últimas ondas que forma el suelo de una vasta cordillera. Dórale un brillante sol sus mieses, riéganle claros manantiales sus huertas, en que el copudo naranjo cubre de perlas su manto como un rey; el fino granado se adorna de corales; el suave almendro, de guirnaldas de rosa, y los sencillos frutales se apresuran á ponerse su traje blanco, que es tan frágil, que se desprende aun antes de partir la fugitiva primavera que se lo viste.

Separan á Val de Paz del resto del mundo, los montes que á su alrededor se levantan como inmensos biombos, con los que hubiese rodeado la naturaleza la cuna en que durmiese uno de sus hijos. Alzase

en su centro, digna y tranquila la no profanada iglesia; descansa honrado bajo el techo del labrador el arado que enseña el trabajo, y en premio da el pan de cada dia. Los niños aprenden la doctrina, besan la mano al cura, y piden la bendicion á sus padres. La ilustracion del siglo novador, segun se habrá notado, habia retrocedido desdeñosa al ver tanto oscurantismo, habia contado á Val de Paz entre las mómias, borrándolo de la lista de los vivos, y cual á otro enterrado Pompeya le habia dicho con profunda intencion y grave solemnidad: ¡Séate la tierra ligera!

Era una tarde de primavera despues de un dia de verano; pues el suave vientecillo que corria, se habia, como hace un sibarita, refrescado en las nieves de las altas cumbres, y perfumádose despues entre las jaras que cubren sus laderas. La plácida hora del crepúsculo se anticipaba para el valle, no dorando ya los rayos del sol sino las cimas de los montes que lo rodeaban, en cuyas crestas todas parecia arder una hoguera; tal como sucedió en los montes de Asturias, en aquel famoso hecho guerrero que valió su nombre al progenitor de los Cienfuegos. No habia un celage en el cielo que pudiese servir de refugio á los últimos y rosados esplendores del sol. Oíase el alegre murmullo del agua de riego esparciéndose en cien diferentes direcciones por los huertos; dócil en seguir la senda que le traza el hombre, se veia á esta hija de las nubes y de las fuentes, ya rodear á un naranjo como un ceñidor de bruñido acero,

ya esparcirse sobre un cuadro recien sembrado como una cubierta de cristal, y entonces pararse incierta entre ceder á las seducciones del sol que la atrae á sí para tejerse con ella sus velos, ó á la atraccion de la tierra, que la anhela para nutrir con ella las plantas tan lindas que le forman su rico vestido. Oíase el grillo, tocador del primer instrumento que hubo en el mundo, desesperado de que á pesar de su incesante reclamacion, no se le declare decano de la filarmonía. Oíase el balar de las ovejas tan dulce como su índole, tan suave como su vellon, tan triste como la víctima á la cual simboliza; el prolongado mugido de la vaca que llama á su cria; el zumbido monótono del abejorro tonto y torpe, volando en derecho de sus narices sin cuidarse de tropezar con las agenas. Veianse los aviones surcar el aire en sus alegres y desatinadas evoluciones, dando sus gozosos pitíos, lo cual al contemplarlos, hace decir á los niños con fraternal simpatía: *ya salieron los muchachos de la escuela.* Empezaban su silencioso vuelo los inofensivos murciélagos, pobres pájaros sin plumas, que se esconden de la luz del dia, como pobres vergonzantes, tan feos, que llevan en las aldeas el nombre de *figuritas*; y tan perseguidos, que se preguntan: ¿Si considerará el hombre usurpada la existencia que les dió á ellos aquel mismo criador que al hombre le dió la suya? Entonaban sus claras serenatas las ranas, rústicas sirenas que convidan entre sus frescos juncos, á las delicias del baño. Las laboriosas abejas dejaban gru-

ñendo su tarea, porque hallaban ya en las flores rocío mezclado á la miel. Oíase la triste y plañidera queja del mochuelo que impele á ir á consolarlo; suena tan melancólico su canto entre la armonía de la naturaleza, como para probar que hay en ella una voz, así como en el corazon hay una cuerda que vibra siempre melancólicamente, aunque el dia haya sido brillante y sea la noche serena (1). Solo la grave y misántropa lechuza, á la que chocaba este concierto general al acercarse la noche, se desprendia de la torre en que medita y censura, lanzando su enérgico ceceo como para imponer silencio.

Pero entre todas estas voces campestres, tan llenas de indefinible encanto para quien sabe gozar prácticamente de la naturaleza; sobresalia la sonora, modulada y expresiva voz del hombre, las de los trabajadores campesinos que al regresar á sus casas cantaban. ¿Quién ha enseñado á estos hombres? ¿Quién les ha infundido la elevada y aguda poesía de la letra, la encantadora y original melodía de sus cantos? El *sentir*, que no necesita del arte: entretanto que sin el sentir el arte es un cadáver, un bien formado cuerpo sin alma.

(1) En otros puntos de Andalucía denominan al mochuelo corneja. Dice el pueblo campesino que la corneja era el pájaro que mejor cantaba entre todos los creados, y que cuando el Señor expiró en la cruz fué el pájaro que se halló presente. Desde entonces olvidó el canto y aprendió el gemido con el que repite siempre: cruz, cruz, cruz. Oh! poesía religiosa ideal de fé, de ternura, de dulce melancolía y de pureza!

Mas prestemos oido á lo que canta este airoso jóven que se ha adelantado á los demás, y cuya voz ha atraido á la ventana á una linda muchacha, á quien oculta una cortina formada en la reja por la enredadera cubierta de sus flores amarillas.

EL RETRATO.

Tiene tu cabeza
Hermoso peinado;
Con hebras de oro
Lo tienes formado.

Tienes una frente
Que es plaza de guerra;
Donde amor triunfante
Puso su bandera.

Tienes unas cejas
Muy bien dibujadas,
No hay pincel que pueda
Tan bien colocarlas.

Tienes unos ojos,
Luceros del alba;
Que apagan sus luces
A la luna clara.

Es tu nariz, fina,
Cual filo de espada,
Que á los corazones
Todos los traspasa.

Tienes unos lábios.....
Son dos coralitos;
Ya esconden, ya enseñan
Tus dientes bonitos.

Tienes una barba,
Con un hoyo en medio:
Si en él me enterrasen,
Quisiera haber muerto.

Tienes la garganta
Tan clara, tan bella,
Que hasta lo que bebes
Se trasluce en ella,

Tienes unos brazos
Tan bien torneados.....
No los tuvo Eva
Mejor acabados.

Tienes, niña, el talle
Como hermosa palma,
Que airosa descuella
Por entre las plantas.

Tienes unos pies,
Pisas tan airosa,
Que por donde pasas
Florecen las rosas.

Ya están dibujadas
Niña, tus facciones;
Ahora viene mayo,
Que las de colores (1).

(1) Una lindísima tonada completa el encanto de esta preciosa cancion popular.

CAPITULO V.

UN ALOJADO.

Como ya hemos hecho observar, en este pueblo español rancio, cristiano viejo, tan alegre y pacíficamente alumbrado por las luces de sus altares y por las del sol, no habian penetrado las del siglo. Donde sonaban las armonías que hemos descrito, no se habian oido ni arengas políticas ni canciones patrióticas; no se tenia idea de un alistamiento ***voluntario*** para vestir casaca, ni menos del objeto con que se hacia. ¡Cuál seria, pues, el asombro de los atrasados Valdepacíficos, cuando vieron una tarde un tropel semi-paisano, semi-militar entrar en el pueblo, dando desaforados gritos de *¡viva la libertad!*

Al ver aquella banda de hombres armados y enpolvados, al oir aquel grito estraño para ellos, los habitantes de Val de Paz quedaron consternados. Cundió luego la voz de que eran presos que se ha-

bian fugado de la cárcel de la capítal, y que huian á la sierra victoreando su reconquistada libertad. La consternacion fué general; pero poco despues se serenaron los ánimos, al oir el severo toque del tambor, y ver bajar por la cuesta, en buen órden y con paso mesurado, una columna de soldados.

Es de advertir, que el pueblo tiene por los soldados que salen de su seno una simpatía profunda, en que se mezcla la lástima y la admiracion: míranlos como víctimas sí, pero víctimas consagradas á una santa causa, esto es, la de su religion, la de su rey y la de la *independencia*, no individual, sino la del pais, como se defendia en la heróica é inmortal guerra, que por lauro y distintivo ha conservado esta denominacion.

Todo, al llegar esta tropa, quedó aclarado. Decíase entonces (pero en Val de Paz no se sabia nada de eso) que existia en la sierra una partida de facciosos, y venia en su persecucion una columna compuesta de voluntarios nacionales y de tropa de línea; los primeros eran los que entrando algo estrepitosamente, habian alarmado al pueblo; pero aclarado el asunto, los ánimos se sosegaron, y solo les quedó á los Valdepacíficos el asombro, primero, de que hubiese soldados sin haber entrado en quintas: segundo, que los hubiese de menos de veinte, y de mas de cincuenta años: tercero, que se victorease la libertad, sin haber estado preso: y cuarto, que en la sierra hubiese *facciosos*.

Los voluntarios recorrieron aquellos alrededores, se hicieron vejigas en los pies, y no encontraron nada; por lo cual se volvieron por donde habian venido, y llegaron á sus casas un poco tostados del sol. Los zapateros de su pueblo hicieron una funcion á San Crispin.

La tropa tenia órden de permanecer en Val de Paz. Venia mandada por un capitan, que fué alojado en casa de la viuda de un rico y honrado labrador. Tenia esta un hijo que seguia llevando la labor tal cual habia enriquecido á su padre y abuelos, y una hija de quince años que era el sol de aquel modesto, cándido y virtuoso hogar doméstico.

El capitan, que se llamaba don Andrés Peñalta, era un hombre de no mala presencia, pero de carácter melancólico y agriado por repetidas decepciones en su carrera, en la que como muchos, en tiempos de trastornos y revoluciones, habia sido víctima de circunstancias adversas. Era esto aun mas sensible para este hombre, tipo de una clase que se ha hecho harto comun en nuestra época, esto es, de aquellos que se creen siempre superiores á la posicion que ocupan.

No obstante, la dulce atmósfera de aquella pacífica casa, pareció influir benéficamente en el ánimo tétrico y ensimismado que habia producido en él su no satisfecho orgullo. Inclinóse hácia aquella niña, ídolo de su casa y gala del pueblo, que tenia el encanto de la juventud y de la inocencia, las garantías de felicidad que aseguran las virtudes, y las de

bienestar que prometen los bienes de fortuna. Esto último, sobre todo, debia seducir á un hombre que tenia una ambicion por figurar y ser considerado, tanto mas ansiosa, cuanto contrariada se habia visto por las circunstancias.

Peñalta con su brillante uniforme y su porte *respetuoso*, segun calificaban su aire altivo en el pueblo, se habia captado la admiracion general, pero muy particularmente la de sus patronas; asi fué que el dia en que pidió á doña Mariana á su hija Rosalía, no pudo ni intentó la señora ocultar su satisfaccion. La dócil niña, al ver que estaba contenta su madre, no lo estuvo menos: las comadres y vecinas hicieron coro, y solo el hijo de la señora demostró desagrado, y decidida oposicion al proyectado enlace. Hizo presente á su madre que su caudal, que consistia en algunas fincas, pero principalmente en su vasta labor y numerosa ganadería, prosperaba unido; pero que si cada parte tiraba por su lado, si se dividia ó se realizaba, seria en perjuicio de todos. Demostró con buenas razones que su hermana debia casarse con un vecino del pueblo, sin salir del lugar en donde se habia criado, y en el que de que padres á hijos todos habian vivido felices, bienquistos y considerados. Pero nada pudieron estas juiciosas observaciones sobre la ilusionada doña Mariana, que estaba llena de entusiasmo por la brillante suerte de su hija Rosalía: y el insistir su hijo en oponerse, solo sirvió para exasperar á su buena y limitada madre, que acabó por

decirle, que su empeño en que no se dividiese el caudal, seria por sacar él la mejor parte. A pesar de tan dura é injusta razon (que habia sido sugerida á la buena señora) su hijo siguió combatiendo abiertamente el casamiento de su hermana, de suerte que incomodada la madre con esta pertinacia, y arrastrada á ello por los estremos que tenia por su hija, declaró que nunca se separaria de ella, y sí de un hijo díscolo, y que seguiria á la primera á donde quiera que fuese.

Este proyecto de la bien acomodada viuda no podia menos de convenir y agradar al capitan, que se apresuró á acogerlo y apoyarlo.

Poco despues se verificó la boda, y la nueva familia partió.

Siete años consecutivos vivieron en una paz no interrumpida, gracias al angelical carácter de la madre y de la hija, á su falta de toda pretension y exigencia, asi como á la pequeñez del círculo doméstico en que se movian; puesto que la existencia de ambas se reducia á admirar al capitan, á la sazon ascendido á comandante, y á adorar á los tres niños habidos de este matrimonio. Fuera de esto caian en la nulidad mas completa, anonadadas por el prepotente orgullo del comandante Peñalta.

¡Triste mundo este, donde no se adquiere un lugar sino conquistándolo, ni se conserva sino atrincherándolo! ¡Flaca y débil humanidad que subyuga al que modesto cede, y ataca al que insolente se en-

cima! Esto solo basta para probarnos nuestra inferioridad humana, y hacernos ansiar aquella justicia superior, para la que no hay brillo deslumbrador ni oscuridad impenetrable.

Asi fué que en aquellas mugeres, la modestia que aceptaba, la humildad que cedia, la bondad que se conformaba, lejos de ser apreciadas como las mas finas y perfectas perlas entre las joyas femeninas, no sirvieron sino para hacerlas aparecer como débiles y ruines, y para robustecer y entronizar en el que acataban, el menosprecio y el despotismo.

Siendo asi, que don Andrés Peñalta tenia un escesivo amor propio, y un ansia desmedida por ser apreciado como hombre de VIRTUDES, sin tenerlas, (hipocresía *Catonesca* que ha reemplazado á la religiosa) trataba á su muger y á su suegra en presencia de estraños con gran consideracion y afecto, y se hacia, como dicen los franceses, *buen Príncipe*, esto es, que se dignaba descender benévolamente á la esfera de aquellas que ante él se inclinaban; pero en la intimidad se desquitaba, tratándolas con suma altanería y recalcado desden.

Las torpezas ó impropiedades que solia cometer Rosalía en visita, le indignaban. Es consiguiente que la pobre jóven, criada en una aldea, nada sabia de los primores y etiquetas de una ciudad populosa; ni vestirse con elegancia, ni estar tres ó seis horas en su tocador; ni cantaba, ni bailaba, ni tocaba el piano; por lo cual el necio amor propio de su marido morti-

ficado con estas cosas, habia tomado para demostrar su encono una muletilla con la que contínuamente hería y humillaba á su pobre muger; era esta: ***tú no sabes nada.***

Sobre dos cosas nada puede el malévolo é injusto despotismo: sobre el hierro que resiste siempre con igual fuerza; y sobre el junco, que al punto cede: asi era que en aquella casa habia una paz profunda, pues el despotismo que la regía, solo hallaba suaves y débiles juncos. Pasaba la voluntad del déspota sobre aquel interior doméstico como uua ráfaga del huracan sobre un campo llano; campo no estéril ni desolado, sino cubierto de suave y fresco cesped.



CAPITULO VI.

LA PLANA.

En este transcurrido tiempo, las relaciones de doña Mariana con su hijo se habian ido agriando cada vez mas; porque esta buena señora, subyugada y en todo sumisa á su yerno, no se conformaba con las cuentas que le mandaba aquel, el cual habia seguido administrando el caudal de su madre, que continuaba unido al suyo. Conformándose al parecer, y dócil á los consejos de don Andrés, acabó doña Mariana por exigir la particion del caudal y la realizacion de su parte. Despues de muchos debates, se habia por fin verificado este arreglo, al poco tiempo de su llegada á M. *** Este suceso contentó á todos; y la buena señora se sentia alijerada de un peso grande, con haber cortado por este medio todo motivo de altercados para lo sucesivo, tanto con su hijo como con su yerno.

Una mañana, despues de volver de la iglesia, habia venido á hablar á la señora un escribano, que era el apoderado de su hijo, y la habia traido quinientas onzas en oro, última entrega de su capitalizado caudal. La señora habia á continuacion firmado el finiquito, y sentada al lado de su hija celebraba la conclusion de este negocio, cuando entró el mayorcito de sus nietos, que venia de la escuela. Traia muy ufano una plana escrita por él, la que enseñó á su abuela. Tomóla esta en la mano con aquel agrado y aquella complacencia que escitaban en ella cuanto hacian sus nietos, y leyó la máxima que escrita con firme pulso encabezaba la plana, y se repetia en cada renglon, copiada por el niño; decia asi:

«No cuentes con el dia de mañana; que no lo tienes seguro.»

La señora miró cada renglon con aire de aprobacion, y dijo al niño:

—¿Siempre dice lo mismo, Andresito?

—Si señora, contestó éste, todos los renglones dicen lo que la muestra, ménos el último.

La abuela bajó la vista y leyó. *La hizo Andrés Peñalta el* 20 *de marzo de* 1840.

—Chiquillo, dijo la señora, si estamos hoy á 19, dia del Patriarca!

El niño se echo á reir, y repuso:

—Verdad es que me equivoqué; pero ¿qué le hace? supongamos que la escribiria mañana.

—¿Tan pronto te olvidas de las sentencias que

escribes, niño? le dijo su abuela. No dice acaso: *¿No te cuentes con el dia de mañana; que no lo tienes seguro?*

—Bueno, yo la enmendaré, repuso el niño, cogiendo la plana y echándose á correr. Un momento despues volvió y se la entregó á su abuela.

—¡Muchacho! exclamó ésta apenas la vió. ¿Porqué has enmendado estos números con tinta encarnada? ¡Jesus! parece una fecha sangrienta!

—Estaba la tinta encarnada sobre la mesa de padre, y es muy bonita, contestó el niño.

—Pues á mí me parece muy fea, observó su madre, y que hace muy notable la enmienda. Rómpela, hijo, y mañana, si Dios quiere, escribirás otra plana mejor á tu abuela.

—No, no, dijo ésta; dámela, gloria mia. Para mí la hiciste, en ella me dices una cosa muy buena y muy santa, y es que no cuente con el dia de mañana; que no es seguro; esto es, que debemos estar siempre preparados para la muerte que nos lleva ante el tribunal del gran Juez de las almas: asi es que la quiero conservar como buena memoria y mejor consejo. Y mira (añadió tomando sobre la mesa una pila de veinte onzas) estoy tan satisfecha de tu aplicacion y de esta plana que la atestigua, que estas veinte onzas te las destino, y por mi muerte serán tuyas. Para que se sepa voy á escribir esta mi voluntad al pié de la plana y á liar en ella las onzas.

La señora cogió la pluma con la que acababa de

firmar los recibos, y escribió al pié de la plana y debajo de la roja fecha y del nombre del niño, que era el mismo de su padre: «esto le deja en memoria ***Mariana Perez.***»

En seguida lió las veinte onzas en la plana, las que guardó con el demás oro en una caja que cerró, y se llevó á su cuarto.

Aquella noche se consumó en la persona de esta anciana el atróz asesinato referido al principio de esta relacion, en la que queda tambien pintado el dolor en que tan inaudita desgracia sumió á la pobre Rosalía, y la profunda impresion que causó en su marido, el cual quizás se arrepentiria entonces de lo amarga que hizo la vida á aquella infeliz víctima, que tanto le habia querido y considerado.

La pérdida que experimentaron con tan considerable robo de que nada se pudo recuperar, el misterio que envolvió el atentado, á pesar de las muchas diligencias é investigaciones que se hicieron, la conviccion de tener algun enemigo oculto pero perspicaz, hicieron insufrible al matrimonio su permanencia en aquel pueblo, y á instancias del Comandante fueron trasladados á un punto lejano de aquel.

CAPITULO VII.

UNA NOTABILIDAD.

Diez años habian pasado en su nuevo domicilio, en el que desde que llegaron, habian hallado tanto el marido como la muger, la mejor acogida. Su suerte mejoró mucho. Don Andrés heredó á un tio muerto en América, se retiró del servicio, afincó y se dedicó con buen éxito á varias empresas, entre ellas á derribar conventos, cuyos materiales de gran valor vendia baratos. Habia sido alcalde y era en la actualidad diputado provincial; en una palabra, llegó á ser una ***notabilidad***, y el tipo del ciudadano moderno, esto es, gran expendedor de frases retumbantes salpicadas de términos heterogéneos, celoso apóstol de la moralidad, ferviente pregonador de la filantropía, arrogante antagonista de supersticiones, entre las que contaba la observancia del domingo y dias

festivos; preste de la diosa ***Razon***, archipreste de ***San Positivo***, gran maestre de prosopopeya, profesor en las modernas ***nobles artes*** del menosprecio y del desden, habil arquitecto de su propio pedestal: nada faltaba á este moderno tipo, que era reputado por el Salomon de los juicios de conciliacion, y por el Demóstenes de una recien instalada junta formada para la construccion de un canal, cuyos trabajos á fuerza de juntas y expedientes, estaban muy adelantados, no faltando más para la realizacion del proyectado canal, sino el dinero para abrirlo, y el agua para llenarlo.

No es nuestro ánimo personificar la época en el señor don Andrés, sino sus influencias, y es seguro que en un órden de cosas opuesto, habria sido el centinela avanzado de la intolerancia, el seide de la rutina, el cancerbero de los aranceles y el carabinero de útiles y necesarias innovaciones. Esto lo decimos en honor de la verdad, y en favor de la exactitud del tipo que pintamos, y de ninguna manera por lavarle su feísima cara á la época (1).

Con la ventaja que gozan las almas mansas de no dejarse abatir por la desgracia, la que tienen los temples suaves de estar exentos de sentimientos efervescentes y violentos, y la que es propia de los caracteres pacientes, de no irritarse ni aferrarse en sus sufrimientos, Rosalía habia vuelto á su estado natural

(1) Esta novelita se imprimió en mayo de 1850.

de calma y de tranquilidad de espíritu, que es, á no dudarlo, una señal de predestinacion.

Habríase aun llamado feliz, á no haber sido por la manera con que la trataba su marido, el cual cada vez mas ensoberbecido, por su buena posicion, por el éxito de sus empresas, y por la consideracion general que habia sabido granjearse, trataba á su pobre muger con una dureza y un menosprecio que iban en aumento cada dia.

La educacion de sus hijos, á quienes Rosalía mimaba, era el continuo tema de sus reconvenciones, y la ocasion de repetir su incesante ultraje: *tú no sabes nada.* A veces al oirlo lloraba Rosalía; á veces se resignaba paciente; pero nunca replicaba: haciéndose á sí misma esta reflexion: natural es que eso piense y eso diga mi marido, que tanto sabe, cuando yo nada sé, sino coser y rezar.

¡Cuán cierto es, que la virtud innata, lo mismo que la inocencia, se ignoran á sí mismas! Pero el tiempo habia de demostrar á don Andrés cuánto sabe la muger, que sabe ser cristiana, y cuán preferibles son las virtudes humildes á las heróicas.

CAPITULO VIII.

EL LEGADO.

Un dia en que Rosalía enseñaba á su hija, suave niña, como lo habia sido su madre, lo que ella sabia, esto es, *rezar y coser*, entró el menor de sus dos hijos.

—Madre, le dijo alargándole un papel, mirad una plana hecha por Andrés cuando era chico.

Rosalía lo tomó y leyó con ojos asombrados:

No cuentes con el dia de mañana; que no lo tienes seguro.

Al fin de la hoja, se veia roja y sangrienta la fecha del 19 de marzo de 1840, *lo hizo Andrés Peñalta*, y debajo, de letra de su madre, de la víctima del misterioso é impune crímen este su solo testamento: «esto le deja en memoria *Mariana Perez.*»

—¿Dónde hallaste este papel? preguntó Rosalía con una voz tan estraña y demudada, que sus hijos la miraron sobrecogidos.

—En el cuarto de padre, entre unos papeles viejos, contestó el niño.

Rosalía se levantó lívida, corrió á su cuarto, echó el cerrojo, y cerró las ventanas para no ver la luz del dia.

El velo que por diez años cubria al asesino de su madre estaba descorrido á sus ojos; el horroroso secreto salia de su sombra; la víctima desde su tumba recordaba la sangrienta fecha, en un documento guardado con el dinero robado que solo podia hallarse en poder del ladron y asesino, y este documento acusador se hallaba en poder de su marido!

Rosalía se dejó caer sobre un sofá, y ocultó su rostro entre sus manos. Asi permaneció tres horas, inmóvil como el estupor, fria como dejan la falta de la circulacion de la sangre á un cadáver, muda como pone la parálisis á aquel á quien hace su presa.

La primera hora no pensó: todas sus ideas se confundieron en un espantoso vértigo. En la segunda, la desesperacion vagó por su alma como el leon por su jáula, viendo por donde salir y hallar ancho ámbito en que lanzar su rugido. En la tercera se presentó digna y severa la reflexion trayendo de una mano, á la moderacion cristiana, y de la otra á la prudencia humana: la primera, con su freno; la segunda, con su anteojo. Entonces la cristiana, la madre y la esposa, cruzó sus manos y esclamó: ¡tuya, tuya, Padre y juez nuestro, es la justicia! ¡tuya, tuya la vindicta!

Levantóse animosa; encendió una vela, en cuya llama quemó con resuelta mano el papel acusador y se arrojo en su lecho.

A poco llegó su marido, y le preguntó con su usual aspereza lo que significaba aquel encierro.

Al oir la voz del asesino de su madre, al sentir su cercanía, un temblor espantoso se apoderó de la infeliz, la cual entrechocándose sus dientes respondió que estaba enferma.

El marido se alejó impaciente; ¡no le concedia ni aun el derecho de estar enferma!

Ocho dias permaneció Rosalía encerrada, sin permitir que la viese nadie, ni aun sus hijos, pretestando para ello un agudo dolor de cabeza; pero en realidad, porque temia se exhalase en clamores desesperados, el tremendo secreto que queria ahogar en su destrozado pecho.

Queria además para lograr esto, perder fuerzas físicas, debilitando su cuerpo con ayunos y lágrimas; y cobrar fuerzas morales, en la oracion y en su amor de madre.

Cuando se levantó y la vió por vez primera su marido, retrocedió asombrado, ¡y razon tenia! El pelo de la jóven madre, se habia encanecido. Sobre sus facciones demagradas se habia estendido la palidez verdosa de la ictericia; sus ojos estraviados y hundidos brillaban calenturientos en un círculo morado.

—Es cierto, le dijo, que estás mala, y muy mala! ¡Debes haber sufrido mucho!

—*Mucho*, contestó la paciente.

—Pero ¿por qué no has llamado á un médico? repuso impaciente su marido. *¡No sabes nada*, ni aun cuidarte cuando padeces!

¡Un año aun sobrevivió la mártir, con el golpe de muerte en el corazon, sin mas alivio que la certeza de que era mortal!

¡Un año entero duró su descenso al sepulcro! La vida es tenaz á los treinta años.

—Pero ¿qué tiene la señora? preguntaban sus numerosos amigos á don Andrés Peñalta.

—Una ictericia negra que le aniquila el cuerpo y el espíritu, respondia éste: mucho le mandan los médicos, pero nada la alivia. Estoy ciertamente con mucho cuidado. Y á su muger á solas decia: «el médico dice que no acierta la causa de tus males; y que tú no se la indicas. ¡Si nada sabes, ni aun explicar lo que padeces!»

Por fin la quinta víctima del crímen cayó postrada. Los facultativos desorientados, agotados sus recursos, se cruzaban de brazos. La hora del eterno descanso era llegada; el confesor derramaba lágrimas y consuelos á la cabecera de la moribunda.

Ya preparada y pronta á aparecer ante el tribunal de Dios, y cuando sintió que solo pocos instantes de vida le quedaban, la noble víctima hizo seña á los presentes de que se alejasen, y llamó á su marido.

—¡Padre de mis hijos! le dijo con voz solemne, dos cosas he sabido en esta vida.

—¿Tú? esclamó asombrado el marido.

—¡Si!

—¿Y cuáles han sido? preguntó aterrado el delincuente, con los ojos espantados y fuera de sus órbitas..

—CALLAR EN VIDA, porque era Madre; Y PERDONAR EN MUERTE, porque soy Cristiana! respondió la santa mártir cerrando sus ojos para no volver á abrirlos mas.

FIN.

NO TRANSIGE LA CONCIENCIA.

RELACION

NO TRANSIGE LA CONCIENCIA.

¿Por qué, pues, el mortal ciego se lanza
tras mentida ilusion que poco dura?
Solo asegurará su bienandanza
la paz del alma y la conciencia pura.
Francisco Javier de Búrgos.

Un seul printemps suffit á la nature,
á reproduire ses fleurs et sa verdure;
Hélas! jamais la vie ne reproduit
la paix du cœur qu'un seul instant détruit.

Bástale á la naturaleza una primavera para recobrar sus flores y su lozanía; pero ¡ay! que no alcanza la vida del hombre para devolver al corazon la paz que puede destruir un solo instante.

CAPITULO I.

Así como en las desiertas costas del mar se ve blanquear un nido de gaviotas en la concavidad de una peña, así aparece Cádiz en la concavidad de sus murallas. Hánla labrado tan denodadamente entre las olas, que la tierra alarga un razo para asirla. Lleva este angosto brazo de piedra y arena, como un bra-

zalete, la Cortadura; esto es, una fortaleza construida en tiempo de la gloriosa guerra de la Independencia: separa las violentas olas del Océano de las tranquilas aguas de la bahía, y conduce á la ciudad de San Fernando, que en el fondo de la ensenada abre sus arsenales de la Carraca como hospitales, á los barcos que, heridos y maltratados en sus azarosas carreras, regresan á sus lares. ¡Pobres barcos, á los que los huracanes dicen: *¡marcha! ¡marcha!* como los acontecimientos se lo gritan á los hombres! y que al llegar á su pátria se asen á ella con sus áncoras, como niños con sus manos al cuello de su Madre.

Pasada la ciudad de San Fernando,—gallarda y digna vecina de Cádiz,—que ostenta su Calle Larga parecida á un estrado, y sus casas brillantes y sólidas como si fuesen de plata maciza; y atravesando el puente Zuazo, tan antiguo que se atribuye su construccion primitiva á los fenicios, el camino se divide en dos: el de la izquierda sigue costeando la bahía, y el de la derecha se dirige á Chiclana. Se entra en este precioso pueblo por una arboleda de álamos blancos, que toman asiento entre verdes huertas,—á la manera de nobles ancianos encanecidos,—estimulando con su susurro á las plantas pequeñas y tiernas á crecer y fortalecerse, para resistir como ellos á los vendavales. El pueblo es grande, y el rio Liro lo divide en dos mitades como un cuchillo de plata.

Domínábanlo otras veces sobre dos alturas, una torre morisca ruinosa, como imágen de lo pasado en

la una; y una lindísima capilla, como imágen de lo presente, en la otra. De pocos años á esta parte la torre ha desaparecido, y la capilla es una ruina.

Era un templo, era un altar
donde llora el desvalido:
yo lloré; volví á pasar...
¡y era polvo consumido,
que tambien me hizo llorar! (1)

Era esta capilla (dedicada á Santa Ana) de construccion redonda, y estaba ceñida de una columnata, que formaba en su alrededor una galería, desde la cual se admiraba un hermoso panorama, esto es, una bella vista circular.

La aislada y abandonada torre tenia á sus pies el cementerio; como si los hombres muertos buscasen simpáticamente la sombra de la muerta torre! Esta torre, que parecia un sello de piedra que ostentase los archivos del pueblo; que era una herencia de generaciones guardada por la comarca, como la mómia de un vencido caudillo, embalsamado por los aromas de las flores del campo; esta torre austera, que no tenia conexiones ya sinó con los muertos, que á su alrededor se volvian esqueletos; con las aves nocturnas que en sus oscuros antros, huian del bullicio y de la luz del dia, y con los vientos, que venian á gemir tristemente en las brechas, que podian consi-

(1) Don Juan Arolas.

derarse como heridas causadas por el tiempo: ¡esta torre inofensiva no pudo escapar al moderno vandalismo! ¡Ni el respeto á los recuerdos que evocaba; ni el respeto al cementerio que tan expresivamente presidia; ni lo romántico de su aspecto; ni lo histórico de su orígen, pudieron valerle! ¡Fué demolida bajo el sábio pretesto de que... *estaba ruinosa*!!! ¡Ruinosa una ruina!! ¡ruinosa aquella torre, que llevaba los siglos, como vosotros los dias! ruinosa aquella mole petrificada, que hubiera vivido más que todas vuestras construcciones de yeso y de madera!

Tambien la capilla, cerrada y abandonada, ha sido presa de la destruccion. Ya ha desaparecido la columnata que tan noblemente la ceñia. Arbolado, edificios, conventos, santuarios, castillos, palacios feudales, hasta las ruinas van desapareciendo! sin que ni siquiera se levanten fábricas, ni se planten huertas para reemplazarlos, para vestir con cocos (1) y flores á la noble matrona España, en lugar de los tisús y joyas de que la despojan!—¿Qué nos quedará, pues?—Dehesas para criar la fiera salvaje y feroz, cuyas lides forman el ameno y culto placer que goza con preferencia del favor del público!!! ¡Dios mio! ¿Será que la ferocidad y la crueldad del hombre necesitan un desahogo, como lo necesita y lo halla la atmósfera alguna vez en sus tormentas, relámpagos y truenos, para descargarse de su electricidad?

(1) *Cocos*, percales.

En los tiempos en que Cádiz era el Rotschild de las ciudades; en aquellos tiempos en que segun decian los forasteros de fuste, hacian los comerciantes de dicho pueblo la vida de rumbo, y con la grandeza propia de Embajadores; la mayor parte de ellos tenian casas de campo en Chiclana, que se labraban y amueblaban con extraordinaria riqueza y buen gusto. Aunque deslustrado, aun quedan grandes vestigios de aquel elegante lujo, á que la venida de los franceses de Napoleon dió el golpe de muerte.

En la época presente, en la que se cumple en muchos casos aquel conocido adagio, *se abajan adarves y se levantan muladares*; cuando los ancianos cuentan las grandezas y fáusto de aquella época; la gente, no dirémos *jóven*, sino *nueva*, cree oir cuentos de *Las mil y una noches* y alternan en sus lábios el asombro y la crítica. Garbo, generosidad, esplendidez, son—al parecer de nuestra época,—materia para un apéndice al don Quijote, es decir, virtudes fantásticas, que solo pueden existir en un cerebro sobreexcitado (1).

Cuando empiezan los sucesos que vamos á referir, —que es á fines del siglo pasado,—Chiclana estaba en todo su auge, brillaba el oro por Cádiz, y esparcia

(1) Aunque la época lejana que aqui se pinta, no nos permite dibujarla con la autoridad de testigos oculares, podemos, no obstante, afirmar la exácta verdad de la pintura de aquella época, y todos sus pormenores, porque las fuentes de donde hemos sacado estos datos, son las mas autorizadas y fidedignas.

sus rayos en sus alrededores, como el sol en el cielo. Solo en la Habana se sabe hoy,—cual allí se sabia entónces,—echar por ahí las onzas con la misma sencilla indiferencia con que arrojan los niños globulillos de espuma de jabon en el espacio, y con el señorio de Príncipes, que ni miran ni ponen precio á lo que dan ó gastan en obsequio de otros. Cuéntase que fué en esta época cuando la famosa duquesa de Alba dijo á un jóven, que al ver en su mesa veinte mil duros, opinaba que esta suma, que era para ella tan poca cosa, haria la fortuna de un hombre: ¿los quieres? El jóven admitió. La duquesa le mandó el dinero, y... le cerró su casa. Hoy dia sucedería lo contrario: no se daria el dinero; pero en cambio no se cierran las puertas al que lo adquiere, sea cual sea el medio de que para ello se haya valido.

En una de las anchas y alegres calles del mencionado pueblo, descollaba entre todas una hermosa casa, aunque solo tenia un piso algo elevado del suelo. Subíase á ella por una escalinata de mármol, y era su puerta de caoba, tachonada de grandes clavos de brillante metal. Coronaban el Frontispicio las armas de su dueño esculpidas en mármol. La nobleza y la riqueza se buscan, porque primitivamente fueron hermanas—Hoy dia, ni aun primas son! La casapuerta,—asi como el patio y todas las habitaciones, hasta las oficinas interiores,—estaban soladas con magníficas losas de mármol azules y blancas. Sostenian las cuatro galerías que rodeaban el patio, colum-

nas de jaspe; en el centro de éste, rodeada de macetas y estátuas de alabastro, corria una fuente sin cesar, celebrando con su pura é infantil voz, lo mismo al pimpollo entreabierto como una esperanza, que á la flor que caia deshojada como el desconsuelo. Entre columna y columna pendian cubiertas de verdes y floridas colgaduras de jazmines y mosquetas, doradas jaulas con vistosos pájaros; un toldo de lona con puntas ribeteadas de color, cubria el patio y conservaba la frescura, esparciendo una sombra suave como un *duerme-vela* en una siesta de verano. Las paredes de la sala eran de estuco blanco sobre un fondo celeste; la sillería y sofá, de ébano con adornos de plata maciza, y forros de gró de Tours celeste. Era su hechura sencilla y mezquina, á la griega, moda que habia entronizado la revolucion de Francia, poniéndola á la órden del dia con el gorro frigio, los nombres de *Antenor*, *Anacársis*, *Temístocles*, *Arístides*, y otras cosas menos inofensivas. Sobre la mesa, que ostentaba cuatro pies derechos é istriados, habia un magnífico relój de mármol blanco y bronce negro y dorado. Pasado á la sazon en las artes tambien el gusto por lo pastoril é idílico, privaban entonces las graves y clásicas alegorías á las que en breve debian seguir los cañones, banderas y coronas de laurel bélicas, con que Bonaparte habia de hacer evaporarse en ancha atmósfera, el ardor de la calentura revolucionaria francesa. A su vez la época de la Restauracion, —en la que acabó la legitimidad con el despotismo

de la democrácia,—(1) trajo las ideas monárquicas y los sentimientos religiosos, con el caballerismo, la lealtad, la fidelidad y la religiosidad antiguas, que habian de introducir el romanticismo en la literatura, y el gusto gótico en las artes y modas, siguiendo luego el gusto á lo Luis XIV y Luis XVI, llamado *rococó*. Cual niños, los hombres son entusiastas de lo nuevo y pisan en seguida con desprecio lo que era su ídolo un momento antes. Shakespeare ha dicho: «¡*fragilidad*, tu nombre es muger!» Bien pudiera haber añadido: «¡*cambio*, tu nombre es hombre!»

Formaba el relój un grupo compuesto de un anciano que representaba al Tiempo; de dos bellas jóvenes desnudas y enlazadas, que se apoyaban en el anciano, y personiticaban la Inocencia y la Verdad, y de otras dos figuras envueltas en negros velos, que figuraban la Maldad y el Misterio huyendo del anciano, que con el dedo levantado parecia amenazarlas. La efigie del viejo estaba bien y característicamente esculpida, y cuando á su expresivo gesto se unia la clara y vibrante voz de la hora que contaba á sus muertas hermanas, parecia la amenazante voz del austero anciano, y no podia menos de conmover al

(1) Dice Dumas, á quien no se tachará por cierto de antibonapartista ni de legitimista:—«Por espacio de setenta y dos años llevó Luis XIV la corona y REINÓ;—por espacio de diez y nueve años tuvo Napoleon en su mano el cetro, y gobernó con el despotismo.»

que meditando sobre el sentido de aquella alegoría, oia resonar sus compasados ecos.

A cada lado del relój habia un candelero formado de un negro de bronce, posado sobre una basa redonda de mármol adornada de cadenitas del mismo metal: llevaba el negro sobre la cabeza y en cada mano, unos cestos de flores doradas, en cuyos centros se colocaban las velas. El techo de la sala estaba pintado, figurando leves nubes blancas y grises, entre las que asomaba una Ninfa ó Hija del Aire, que en sus manos parecia sostener los cordones y borlas celestes, de que pendia una lámpara de alabastro destinada á filtrar una luz suave como la luna, luz q favorecia en estremo la belleza de las mugeres, era adoptada para tertulias de confianza. En medio del cuarto, sobre un velador de mosáico, habia un gran globo de cristal, en que nadaban pececitos de colores, que ostenta el agua en competencia con el aire, que muestra sus encantadores pajaros, y con el jardin que ostenta sus deliciosas flores. Allí vivian suaves y callados, sin que les intimidase la transparencia de su círculo de accion mirándolo todo con sus grandes ojos sin comprender nada, cual pequeños idiotas. Coronaba este globo otro mas chico, que estaba lleno de flores; y habia profusion de ellas colocadas en jardineras en los huecos de las ventanas. Pendian de estas, cortinas de muselina guarnecidas de encajes, poco mas ó menos como se ven hoy dia, con la diferencia de que la muselina de aquellas no

era inglesa, sino de la India, y que los encajes no eran de algodon y de telar, sino de hilo y de bolillos. Como era verano, las persianas no dejaban penetrar en la sala sino una débil claridad: la atmósfera estaba embalsamada por las flores y por las pastillas de Lima.

Sobre el sofá estaba recostada una muger de extraordinaria belleza: una profusion de rizos rubios cubrian una de sus manos de alabastro, en la que se apoyaba su cabeza, reclinada sobre uno de los cojines del sofá. Un peinador de olan, guarnecido de encajes de Flandes, cubria sus perfectas y juveniles formas; y solo asomaba por entre el encaje la punta de su pié, calzado á la moda de entonces, con media de seda y zapato de raso blanco. Las damas de importancia no gastaban otro á ninguna hora del dia, y llegó el lujo hasta gastar zapato de encaje forrado de raso de color. Los apóstoles de la última moda, sobre todo si viene de allende, grandes admiradores de los *brodequins*, echan una mirada de soberano desprecio sobre ese rico y elegantísimo uso, que tiene dos pecados mortales—*el ser antiguo, y el ser español.*

Brillaba en la mano izquierda de la jóven acostada en el sofá un magnífico brillante; y con un pañuelo de olan, bordado en Mejico, que en ella tenia, enjugaba de cuando en cuando una lágrima, que se deslizaba lentamente por sus anacaradas mejillas. Sin duda piensa el lector haber adivinado que esa lágrima

solitaria que vierte una mujer jóven y hermosa, rodeada de aquel lujo, indicio de una posicion envidiable, es y no puede ser sino una lágrima de amor. Sentimos decirlo: el lector ha adivinado mal. Y en obsequio á la verdad, y aun á costa de desprestigiar á la heroina de nuestra relacion, tenemos que decir que esa lágrima no era de amor, sino de coraje. Si esa lágrima tan brillante que caia de aquellos ojos, azules como el cielo de la tarde, y que pasando por entre sus largas y obscuras pestañas, resbalaba por aquellas mejillas de tan suave y fresco sonrosado, era de coraje.—Pero antes de proseguir, es preciso referir lo que la originaba.



CAPITULO II.

La jóven que hemos descrito, se llamaba Ismena, y era hija única de D. Patricio O-Carty, cuya familia habia emigrado de Irlanda, como otras muchas, huyendo del usurpador Cromwell, que perseguia dos cosas que suelen unirse: la religion y su constancia; el principio monárquico y su lealtad. La mayor parte de estos fieles, que abandonaron sus empleos, casas y tierras, siguieron á Cárlos Eduardo Stuart el *Pretendiente*, á Francia, y le acompañaron cuando en 1690, auxiliado por Luis XIV, hizo este desgraciado Rey un desembarco en Irlanda, y despues de muchas vicisitudes, mandó en persona la desgraciada batalla de la Boyne. Despues de esta derrota entraron aquellas tropas, que se componian de la primera nobleza de Irlanda, al servicio de Francia y España. Acogiólas, como de suponer era, Felipe V, favorablemente, y formaron en 1709, los regimientos de

Ibernia y Ultonia, y mas adelante otro tercero, que se llamó Irlanda. Mandaba estas tropas Jacobo Stuart, Duque de Berwick, hijo natural que tuvo Jacobo II de Arabela Churchill, hermana del famoso Marlborough. Ganó el Duque de Berwick la batalla de Almansa, y tomó á Barcelona por asalto; y el Rey premió sus grandes servicios á la corona con los ducados de Liria y Jérica, y con la grandeza de España. Tuvo este bizarro general dos hijos: el primero se naturalizó en España y llevó los títulos de Berwick, Liria y Jérica, uniéndose despues por enlace á la noble casa de Alba, que habia recaido en hembra; el hijo segundo se estableció en Francia, donde existen sus descendientes, que llevan el título de Duques de Fitz-James. Los arriba mencionados regigimientos han llegado hasta nuestros dias con los hijos de aquellos fieles; pues, segun se nos dice, existen aun noventa apellidos irlandeses en el ejército español, que honran á los que los llevan, por su lealtad, bizarría y nobleza hereditaria (1).

(1) Creemos curioso apuntar aqui algunos de los más ilustres de estos militares irlandeses, á quienes en atencion á sus méritos, á sus servicios y al lustre de sus familias, ha compensado el gobierno español parte de lo que en su pátria perdieron.

Además de lo concedido al ilustre caudillo de estas tropas, Jacobo Stuart, se le concedió á un descendiente suyo, Pedro Stuart, el título de Marqués de San Leonardo, que andando el tiempo recayó en hembra, la que casó con el Brigadier D. Simon Wall, descendiente del General Ministro don Ricardo Wall.

En 1776 hizo el Rey Conde de Ophalia al Teniente General Don

Casó D. Patricio con una española, y su hija Ismena reunió la belleza de ambos tipos. Cubria sus delicadas y graciosas formas de andaluza, la alba y

Bernardo O-Connor, señor de Ophalia en Irlanda, del castillo de Philipstown, y baronía de Grashill. Cayó en hembra, y es heredera de este título la señorita Condesa de Tilly. En 1771 creó el rey el Condado de O-Reilly; su actual poseedor reside en la Habana. Cárlos III hizo Conde de Lacy al Teniente General D. Guillermo Lacy: hizo dicho Rey Marqués del Norte al Brigadier O-Neill por sus servicios en la Florida; reside en la Habana ó Puerto-Rico. En 1729 concedió el Rey el título de Marqués de la Cañada á D. Guillermo Tyrry, vecino del Puerto de Santa María, hombre muy rico, que habia hecho su caudal en el comercio con América, y que aplicó sus fondos á fundar un mayorazgo. Descendia en línea recta de varon, de Domingo Tyrry, poderoso caballero del Condado de York en Irlanda, creado en 1631 Vizconde de Limerik, de cuya dignidad fué despojado por Cromwell, en atencion á su fidelidad á su Rey y religion. En esta época emigraron otros muchos que se establecieron en Cádiz y otros puntos. Usan sus títulos irlandeses en España los Condes de Clonard: la rama primogénita de los O-Reillys usa su título de Baron de Klonket.

En la Ibernia sirvieron los Condes de Mac-Mahon. Los Butlers son, por ramas colaterales, de la familia de los Duques de Ormond. Los Clairacs son Condes de Clairac. Los Magenis son Condes de Ibeag. Sarsfield es de una gran familia, asi como los Obrian, Walsh, O-Linsh, O-Donojú, Camesford, Kindelan, Burk; etc.

Hoy dia ocupan altos grados en el ejército: D. Leopoldo O-Donnell, descendiente de los reyes de Irlanda, Conde de Lucena, Duque de Tetuan, como Capitan General: el Conde de Clonard, D. Guillermo Stuart y don José Lemery, como Tenientes Generales; D. Tulio O-Neill, Marqués de la Granja, D. Demetrio O-Daly, D. Enrique O-Donnell, D. José Grases (de

rosada tez de las hijas de la nebulosa Erin, á la que daba la impasible frialdad de su dueña esa limpieza y tersura transparente de la esperma que nada en-

artillería) como mariscales de campo. Todo lo antedicho, salvo error ú olvido.

En un artículo que trae la *Revista Británica* publicada en París en el mes de abril de 1861, hallamos una nota análoga á la nuestra, y que esta misma analogía nos lleva á traducir y poner á continuacion. Los irlandeses habian derramado tantas veces su sangre por la Francia que habian adquirido el derecho de ser mencionados y merecido los aplausos de la nacion y del ejército. Bajo el reinado de Luis XIV se contaron hasta 18 y 20,000 irlandeses bajo las banderas francesas, y ellos fueron los que reconquistaron al famoso príncipe Eugenio de Saboya la ciudad de Cremona. Bajo Luis XV la brigada irlandesa al servicio de Francia se componia aun de cinco regimientos, cuya lista por órden alfabético es esta:

de Berwick;
de Clarc;
de Lee;
de Nugent;
de Rooth.

La parte que esta brigada tomó en la batalla de Fontenay fué brillante y decisiva.

Cuando en ocasion de la consagracion de Cárlos X compuso Lamartine su famoso y magnífico canto, pone en boca del Rey estas palabras al hablar de uno de los pares del reino de orígen irlandés:

¡Macdonald! Des héros le juge et le modéle dans un nom étranger il porte un cœur fidèle; dans nos sanglants revers, moderne Xenophon, la France et l'avenir, ont adopté son nom, et son bras dans les champs d'Arcole et d'Iberia. En sauvant les français á conquès sa patrie.

turbia. Sus rasgados ojos azul turquí tenian entre sus oscuras pestañas la altiva y entendida mirada de las hijas del Sur; su porte un poco estirado, era, no obstante, gracioso y natural. La *naturalidad* es el mayor, encanto de la gracia española, tan justamente célebre y decantada. El irresistible atractivo que de ella nace, y que en otro tiempo esparcian las mujeres alrededor de sí como la llama su brillo y las flores su perfume, se lo debian á los hombres, que aborrecian cuanto era afectado y supuesto, amanerado y estudiado, anatematizándolo bien y varonilmente con la despreciativa voz de *monadas*. Hoy dia parece que se tiende á lo opuesto: lo que es lo mismo que si los florentinos vistiesen á sus Vénus de Médicis por un figurin de modas. En la naturalidad está la verdad, y fuera de la verdad no hay perfeccion; en la naturalidad está la gracia, y sin la gracia no hay elegancia genuina.

En cuanto á lo moral,—peor dotada Ismena, que en su persona—unia al alma fria y serena de su Padre el génio altivo y dominador que habia heredado de su Madre, exaltado todo por el orgullo de la niña mimada, rica, hermosa y adulada. No se ocupaba la celebrada Ismena, la rica heredera, sino de sí y de un porvenir, que se forjaba en su imaginacion, lucido y brillante, cual los que pronostican las Hadas. Asi fué que despreció con impertinencia el amor de cuantos jóvenes se le ofrecieron sinceramente, no pareciéndole ninguno digno de realizar su soñado porvenir.

Pero los cambios de la suerte son repentinos é inesperados, como las transformaciones de las comedias de mágia. En pocos meses perdió el padre de Ismena todo su caudal, merced á la traicion de los ingleses, que tantos barcos y caudales apresaron antes de haber declarado la guerra á España; ¡infausta guerra que nos atrajo el infausto Pacto de familia! D. Patricio, que por entonces tambien perdió á su mujer, se retiró arruinado á la bella casa de campo que en Chiclana tenia; pero en breve, ni aun ese recurso le quedó, y la casa fué puesta en venta por los acreedores.

El primer comprador que se presentó, fué el general Conde de Alcira. Volvia este General de América, donde habia pasado largos años. Aunque no tenia sino cincuenta y cinco, parecia mucho mayor, gracias á la accion corrosiva del clima de América, que con su ardiente humedad, destruye al europeo, como corroe el hierro. A pesar de su edad, habia heredado á un jóven sobrino suyo, cuyo título y mayorazgo escluian hembra.

El General, á su regreso, se trasladó á Sevilla, su pueblo natal. Allí, su cuñada,—que por él veia á sí y á sus hijas privadas del caudal que antes poseian, y del título que llevaban,—le recibió de una manera tan ágria y tan hostil, que el General,—á pesar de ser el hombre mejor, mas honrado, noble y generoso del mundo,—se indignó, y se resolvió dejar á Sevilla, y establecerse en Cádiz.

Hacia bien. En aquella época Sevilla, la grave matrona, con su rosario en la mano, vestía aun la tiesa cotilla, el alto promontorio empolvado,—que mas que peinado parecia una carga,—y los tontillos, con los que sólo por una puerta muy ancha podia pasar de frente una señora. Jugaba exclusivamente en sus austeros saraos á la báciga ó al tresillo con sus Canónigos y Oidores, con sus Veinticuatros y sus Maestrantes: no tenia teatro; un voto religioso se lo impedia: no tenia mas alumbrado que las piadosas luces que ardian ante sus numerosos retablos; no tenia baldosas, ni Delicias, ni paseo de Cristina; y tenia *actualidad*—como se diria ahora—aquella regla de:

En dando las diez,
Dejar la calle para quien es:
Los rincones para los gatos,
Y las esquinas para los guapos.

No habia,—es claro,—Vapores, esos *corre, ve y diles*, que han estrechado los vínculos de amistad entre ambas ciudades, joyas de Andalucía. Cádiz, tan bella ó mas que lo es hoy, vestía en esta época descotadísimamente á la griega, como vemos en sus retratos á Josefina, á Mad. Recamier y Mad. Tallien, nuestra paisana, que murió no hace mucho princesa de Chimay, y otras beldades de entonces. Cádiz, la seductora sirena de desnudo pecho y escamas de plata, nadaba en un mar de saladas aguas, en un

mar de placeres y en un mar de riquezas. Sabia hermanar admirablemente la cultura y el arte de la elegancia extranjera con el señorío, la gracia y la expontaneidad de la elegancia española; y asi, aunque tomaba ciertas cosas y formas extranjeras que le agradaban, no por eso dejaba la graciosa y entendida andaluza de ser esencialmente española; con lo que probaba su buen gusto, su delicado tino y apego á su nacionalidad.

¡Cosa extraña! En aquellos tiempos no se conocia el pomposo y campanudo *españolismo*, que hoy dia llena las *sábanas no santas* de los papeles públicos; y que resuena por todos los discursos, como esos truenos huecos y prolongados que se deslizan por entre oscuras y pesadas nubes. Ni brillaba en composiciones líricas, ni mucho ménos se hacia con él un arma de partido, aplicándolo á tales ó cuales opiniones, ni se le buscaba con entusiasmo al toro *Señorito* (1) por símbolo; nada de eso. Se tenia amor y apego á lo español, sencilla y naturalmente, como tiene el valiente su denuedo, sin pregonarlo; como las estátuas griegas tienen su belleza, sin adornarla; como tiene el campo sus flores, sin ostentarlas. No estaba el españolismo en los labios, pero estaba en la sangre,

(1) El toro Señorito, de la ganadería del Excmo. Sr. D. José María Benjumea, de Sevilla, mató en 1850 en la plaza de Madrid á un tigre con quien le echaron á luchar.

N. del E.

en la índole, en los gustos, y se hacia tan fino, tan amable, tan donoso, tan caballero, se le conservaba tanto su gracioso tipo meridional, que era la admiracion y encanto de los extranjeros. Hoy dia es al contrario: se reniega de él, se le desconoce, se le desprecia; y al revés del asno que cubrió su piel gris y pobre con la rica y dorada piel del leon,—nosotros, mas asnos que aquel, —en lugar de peinar y alisar la nuestra, la cubrimos de una piel inferior y extraña. Entónces no reinaba el *spleen*, sino la mas franca alegría, identificada con la mas exquisita finura. No habia *clubs*, ni *casinos;* no habia sino tertulias, en las que la galantería tenia por código estos versos antiguos (1):

Vosotras sois las temidas
Nosotros somos temientes,
Vosotras sois las servidas,
Vosotras obedecidas,
Nosotros los obedientes;
Vosotras sojuzgadoras,
Nosotros los sometidos:
Vosotras libres señoras:
Vosotras las vencedoras,
Nosotros siervos vencidos:
Vosotras las adoradas,
Nosotros los denegados;
Vosotras las muy loadas,
Vosotras las estimadas,
Nosotros los desechados.

(1) Del Poeta Suarez, que floreció en el siglo XVI.

Entonces no se conocia la voz de ***darse tono;*** pero sí se practicaba la de DARSE DECORO. Los oficiales de marina, principal galardon de la sociedad gaditana, finos y caballeros como ahora, pero ricos y galantes más que ahora, habian formado una alegre hermandad, á cuya cabeza estaba la oficialidad del navío San Francisco de Paula (1), que se titulaba, con alusion al mote del Santo,—CHARITAS, BONITAS,—la devota hermandad de las ***caritas bonitas:*** dábanse en el teatro las piezas nacionales de nuestros poetas, y entusiasmaban los sainetes de D. Ramon de la Cruz. A las ferias de Chiclana y del Puerto, brillantes como fuegos artificiales, acudia toda la sociedad de Cádiz como una bandada de pájaros de vistoso y dorado plumaje; en fin, muy posteriormente guardaba Cádiz bastantes hechizos para ser cantada por Lord Byron, grande é inteligente apreciador de la belleza.

El general Conde de Alcira, á su regreso á Cádiz,

(1) Por la época á que nos referimos, mandaron succesivamente este navío dos de nuestros mas insignes marinos, los entónces Brigadieres D. Federico Gravina y D. Juan Ruiz de Apodaca, caballeros los dos del hábito de Calatrava, tipos cumplidos de castellana hidalguía y tan célebres despues, el primero, por sus heróicos hechos mandando nuestra flota en la funestamente honrosa batalla de Trafalgar; el segundo, por la rendicion de la escuadra francesa en Cádiz en 1808, por su embajada en Lóndres, y por su Vireinato en Méjico. Muertos ambos de Capitanes Generales de la Real Armada, conserva esta respetuosamente su recuerdo, llevando hoy por nombre dos de sus buques el apellido del primero, y el título de *Conde del Venadito* del segundo.

deseó comprar una casa de campo; le propusieron la de D. Patricio O'Carty, y fué á verla. El desgraciado dueño de la casa se la franqueó tan luego como se presentó. Quedó admirado el Conde de cuanto vió en aquella rica morada que hemos descrito; pero de nada tanto como de la hija del dueño, á la que, enlutada y cubierto el albo cuello de rubios rizos, hallaron escribiendo y llorando en un apartado gabinete, que tomaba del jardin luz y fragancia. Ismena lloraba al contestar á dos amigas suyas que le habian participado el casamiento que hacian, la una con un Lord inglés, la otra con un Marqués Madrileño. ¡Cuán amargamente hacian contrastar estas cartas la suerte de sus amigas con la de Ismena, que, sola y pobre, tenia que abandonar hasta esta casa, último resto de su brillante posicion pasada!

Aquellas lágrimas interesaron y conmovieron tanto al bondadoso General, que suplicó á su dueño, despues de comprar la casa, que se quedase viviéndola, y le admitiese en ella como uno de la familia, uniéndole á su hija. Excusado es decir que D. Patricio recibió esta oferta como una embajada de felicidad, y su hija como un medio quc la impedia rodar hasta el fondo del abismo en que la precipitaba la suerte.

Difícil sería pintar la furia que se apoderó de la cuñada del Conde, cuando supo el proyectado enlace. Desfogóla esparciendo calumnias sobre Ismena, y cubriendo de ridículo este enlace, escupiendo su veneno en amargos sarcasmos, vaticinando, por último,

que la ambiciosa arruinada, que por interés se casaba con un anciano gastado y valetudinario, no tendria succesion, burlando asi una justa prevencion de Dios sus ambiciosos cálculos, y haciendo volver,—por falta de su actual poseedor,—el mayorazgo á su familia.

¡Cuánto no se resentirian el excesivo orgullo y el altivo amor propio de Ismeua,—tan exageradamente susceptibles desde sus desgracias,—con estos escarnios y vilipendios!—Exasperábase más, viendo los vaticinios de su contraria verificarse, puesto que hacia dos años que estaba casada sin haber tenido succesion. No parecia sino que Dios en su alta justicia negaba la bendicion de los hijos á un matrimonio, en que la consorte no los deseaba por el santo instinto del amor de Madre, sino por vil orgullo y despreciable codicia; no por la bendita gloria de rodearse de su descendencia, sino por la soberbia y despreciable ánsia de humillar y triunfar de una contraria!

En esta época, y llena de estos pensamientos, es cuando hemos presentado á Ismena, Condesa de Alcira, vertiendo lágrimas.—Y por eso dijimos que aquellas lágrimas frias y amargas no eran de amor, sino de despecho y de coraje.

CAPITULO III.

La persona que habia indicado la posesion que hemos descrito, al General, habia sido su secretario Lázaro, que la conocia porque era hijo de la casera de dicha casa. Explicaremos esto en breves palabras.

El General, cuando jóven, tuvo por largos años un asistente á quien queria mucho. El asistente español es el criado modelo, es el ideal del sirviente: Es todo corazon, todo lealtad: nada exige, todo le sobra: cuanto se le pide, hace á ojos cerrados, y con gusto; y si se le diesen con este objeto, sembraria las cebollas podridas, como Santa Teresa, por ciego espíritu de obediencia. El asistente tiene el corazon de niño, la paciencia de santo, la fidelidad y apego del perro, ese tipo del amor consagrado. Cual éste. ama y cuida de la propiedad de su amo, y sobre todo, de sus hijos si los tiene, y esto á tal punto que

ha dicho uno de nuestros mas célebres y distinguidos generales que los asistentes son las mejores amas secas. No tiene voluntad propia; no conoce la pereza; es humilde y valiente, amigo de complacer y agradecido; y siempre en el alojamiento—en el que se le vió llegar con la natural é irritada repulsa que causa todo lo que á la fuerza invade el hogar doméstico,—se le vé marchar con sincero sentimiento. El General, que era entonces capitan, vivió mucho tiempo con su asistente en la mayor intimidad, sin que esta hiciese perder al último ni un ápice del respeto que á su gefe tenia. El respeto es propio y anexo al asistente, como lo es al sáuce la inclinacion de sus ramas.

Cuando el General fué á América, su asistente se separó de él con gran sentimiento de ambos, para venir á Chiclana, su pueblo, á casarse con su novia, que hacia quince años le aguardaba con una constancia muy comun en España. A los pocos años murió de un tabardillo ó insolacion, dejando á su desconsolada muger, un niño. La desamparada viuda entró de casera en casa del Sr. O'Carty con una sobrina suya pequeña. En cuanto al niño,—que era ahijado del General,—éste mandó por él, le educó á su lado con mucho esmero, y le hizo su secretario. En esta calidad le trajo con él á España á los veinte y cuatro años de su edad. Lázaro—así se llamaba,—era uno de aquellos séres que la nobleza marca con su sello, y que ayudados por las circunstancias,

llegan al heroismo, sin ostentacion ni premeditacion, y solo por instinto y espontaneidad.

Enterado Lázaro por su madre de que la casa en que hacia de casera, iba á ser vendida, se la habia indicado al General, y éste la habia adquirido, y con ella una jóven y bella consorte.

¡Hermosa estaba aquella mujer, blanca y delicada como una ninfa de alabastro! ¡Fria tambien é inmóvil,—cual esta—aquella mujer, que nunca habia amado, sino á sí misma! desabrida y sin fragancia, como un jazmin que nunca hubiesen vivificado los rayos del sol!

A la caida de la tarde entró en la sala para abrir las vidrieras otra mujer llamada Nora, que era el ama que habia criado á Ismena, y nunca se habia separado de ella. Mujer astuta y soberbia, que mucho habia contribuido á desarrollar en la niña las perversas propensiones que ya hemos indicado.

—¡Siempre llorando!—dijo con un movimiento de impaciencia al ver las lágrimas de la Condesa.—Todo lo habrás perdido cuando falte tu marido; caudal, consideracion, juventud y belleza! No te quedará mas que meterte á beata, y vestir Santos.

—Ya sé que todo lo habré perdido; ¡y por eso lloro! contestó Ismena.

—¿Y quién te dice que tu suerte no puede ser otra? repuso Nora. No es tu cuñada la que dispone de tu porvenir. Mas puedes tú misma contribuir á hacerlo bueno, que no ella á hacerlo malo. La esperanza es

lo último que se pierde. Pero no hay que cruzarse de brazos mientras estos puedan servirnos.

—¡Palabras vanas!—interrumpió con áspera tristeza Ismena.—Sabes que son estériles mis esperanzas, como lo es mi matrimonio.

—Lo mismo es parir un hijo que prohijarlo, dijo Nora.

La Condesa fijó en Nora la profunda mirada de sus rasgados ojos azules, y exclamó:

—No querria el conde.

—No es necesario que lo sepa, repuso Nora.

—¡Un fraude, un delito, un expolio, un engaño! ¿Deliras?

—Déjate de palabras altisonantes, repuso Nora: no es sino una obra de caridad, que harás con algun infeliz desvalido. Tus sobrinas, que están bien casadas, y tu cuñada, que disfruta de una pingüe viudedad, no necesitan del caudal del conde, y si por él ansían, es solo por ambicion, y por el mal deseo de que no lo disfrutes tú.

—¡Nunca! ¡nunca! dijo Ismena. Hay mas orgullo en no exponerse á ser esclava de un secreto que nos pueda deshonrar, que no en sostener una su rango y su posicion. ¡Nunca, nunca!—repitió sacudiendo su cabeza, como si de su mente quisiese sacudir tan funesto pensamiento.

—El secreto solo lo sabré yo, y yo soy la responsable. Asi, mas seguro estará en mi pecho que en el tuyo.

—Tendrias que valerte de otra persona.

—Sin confiarme á ella, sí. Pero esa persona ya la tengo hallada. Tu marido se embarca para la Habana; á su vuelta hallará un hijo.

—¡Nora, Nora, no hay maldad que no inventes!

—Lo que invento es cuanto puede combinarse en provecho tuyo.

—¡Engañar á un hombre como el Conde, sería la mas imperdonable de las infamias!

—Te he oido cantar esta estrofa, Ismena:

Es el engaño leal
y el desengaño traidor;
el uno, mal sin dolor,
el otro, dolor sin mal.

Pero por lo visto estás hoy mas remontada que los mismos poetas.

—Esa letra alude á querellas de amor.

—Esa sentencia, que es muy entendida, se puede aplicar á todo. ¿Acaso no se ha visto mil veces poner en práctica el caso que te propongo? ¿No es aun mil veces peor combinarlo con la infidelidad?

En este momento entró el Conde.

—Ismena, hija mia, dijo acercándose cariñosamente á su mujer. Vengo para sacarte á dar un paseo: ya tus amigas te estarán aguardando en la Cañada. ¿Cómo es que no te animan estas hermosas tardes de primavera á ir á disfrutarla en su reino, esto es, al aire libre que embalsama, en el campo que atavía?

—Me incomoda el andar, y me fastidian las gentes, contestó Ismena, que al ver entrar á su marido habia palidecido.

—Te encuentro descolorida, hija mia, —repuso lleno de interés el Conde;—y sobre todo, te hallo desde algun tiempo á esta parte, abatida. ¿Acaso te hallas enferma?

—No me aqueja mal alguno, contestó Ismena.

—A lo ménos los que sufres no son de aquellos para cuya curacion se llama á un facultativo, dijo Nora, mirando al Conde con una maliciosa y significativa sonrisa.

El rostro de Ismena se puso encendido como la sangre que á él hicieron afluir unidas la irritacion y la vergüenza.

—¡Nora! gritó,—¿estás demente?—¡calla!

—Callaré: Señor Conde, dícese que mientras más se calla la venida, mas hermoso es lo que viene.

En el bondadoso rostro del General brilló una santa esperanza paternal.—¿Será cierto? murmuró fijando una enternecida mirada sobre su hermosa mujer.

—Señor, dijo Nora; ¿acaso de tres meses á esta parte no notais su desgana, su languidez, su malestar, sin que otra causa las motive? No está convencida ni se quiere convencer; pero yo, que tengo mas experiencia que ella, lo estoy.

—¡Mientes, Nora! gritó demudada Ismena.

—¡El tiempo!.. repuso esta con el mayor aplomo.

—¡El tiempo! repitió Ismena indignada.

En este momento, el relój que figuraba á Saturno, dió seis campanadas con su claro y metálico son.

—Ya acudió el tiempo á la cita, señor Conde,—dijo Nora con afectada risa;—de aqui á seis meses contestará.



CAPITULO IV.

Seis meses despues de estas escenas, el General,—que habia ido á la Habana á asuntos propios,—anunciaba en una cariñosa carta á su mujer su vuelta, y esta pasaba á Cádiz para recibir á su marido, acompañándola en la berlina un ama, que llevaba en brazos á su supuesto hijo.

Este niño habia sido traido de la Inclusa (1), y el secreto de esta iniquidad no era conocido sino de Ismena, de Nora, y de Lázaro, que era el que por disposicion de Nora le habia sacado del hospicio de los expósitos. Como esta mujer perversa pudo persuadir al noble jóven á prestarse á esta infamia, solo se comprende considerando que ésta, segun ella afirmaba á Lázaro, se hacia no solo con autorizacion, sino por disposicisn del General. Lázaro dudó; pero

(1) Establecimiento dedicado á acoger los niños expósitos.

Nora, que habia previsto su oposicion, habia prudentemente conservado en su poder la última esquela que antes de partir habia escrito el General á su mujer, y que decia así:

Ya se despliegan las velas que me van á alejar de tí, y contigo, de todas las dulzuras de mi vida! Adios, pues! Espero á mi vuelta hallar en tus brazos un niño, que consolide aun nuestra felicidad.

Ya te dije que para el consabido asunto, así como para todos, te valgas de Lázaro, en el que tengo yo y puedes tener tú, la mas ilimitada confianza.

El General añadía aun algunas frases cariñosas, y firmaba.

Nora desde luego comprendió todo el partido que podia sacar de esta carta, haciendo ver á Lázaro que el *consabido asunto*—que era uno de dinero—era el que ella traia entre manos; y la guardó.

Lázaro, pues,—con el mayor dolor, pero todo consagrado á su bienhechor,—trajo á la inocente criatura abandonada por el vicio, y recogida por la iniquidad; como la suave flor, que del seno de una prostituta, pasa á las manos de un envenenador.

Poco antes de la época en que volvemos á reanudar este relato, habia acontecido que el administrador de la Inclusa habia reclamado á Lázaro la criatura. Nora no halló otro medio de salir de este espantoso conflicto sino el que Lázaro pasase á los Estados Unidos: Ismena apoyó con calor este pensamiento, y la consagrada víctima se convino, sabiendo que su

ausencia, esa ausencia inmotivada y mal explicada por el, iban á partir el corazon de su madre y el de su prima, con la que estaba tratado su casamiento.

Embarcóse ocultamente en un místico que partia para Gibraltar, el cual, sorprendido frente de la peligrosa costa de Conil por un espantoso temporal, zozobró, sin que se salvase uno solo de los que iban embarcados en él.

Esta catástrofe de que se creyó causa, asombró á Ismena, y su espanto se aumentó por un amenazante presentimiento, que le hizo no poder fijar su vista ni en lo pasado ni en lo porvenir, sin estremecerse. En el primero veia una reconvencion; en el segundo una amenaza.

¡Infeliz de aquel que entre estas dos fantasmas arrastra una angustiosa vida! ¡Feliz aquel que entre desgracias y penas conserva con una buena conciencia la paz del alma, supremo bien que en este destierro prometió Dios al hombre!

CAPITULO V.

Durante muchos años quedó deshabitada la hermosa casa de Chiclana. La Condesa rehusaba con obstinacion el ir á gozar allí de la primavera; porque para esta mujer no habia ya ni primavera ni goces. La justicia divina hacia pesar sobre ella de una manera espantosa, los resultados de una culpa fria y voluntaria, que ni una sola disculpa tenia para aminorar su horror. Quiso esta alta y poderosa justicia imprimir en un corazon duro é impávido, por la fuerza de los hechos, lo que los sentimientos no habian podido comunicarle. ¡Y estos hechos eran terribles! Pues habia dado sucesivamente dos hijos al Conde; cuyo nacimiento inesperado aterró á la madre. Habia más aun: veia al mayor de los tres niños, hermoso muchacho, franco, valiente y sincero, pero que no podia sufrir, ocupar en el cariño del General el lugar

preferente. Porque, no solo simpatizaba Ramon—así se llamaba este niño,—con el General, sino que en el equitativo anciano, el desvío y hostilidad que le mostraba la Condesa, eran motivo para que compensase esta injusticia, redoblando su amor é interés hácia el que de ella era víctima. ¡Así habia traido la Providencia, por la fuerza terrible de los hechos, á aquel corazon frio é inerte, al remordimiento; y éste habia ahuyentado á aquella mujer culpable, de la casa en que todo le recordaba su culpa!

¡Remordimiento! Tú, que ciñes la cabeza de una corona de espinas, y el corazon de un cilicio; tú, que tan ligero haces el sueño, y tan pesada la vigilia; tú, que te interpones entre la clara mirada que viene del alma, y los ojos, para empañarla; y entre la sonrisa pura que viene del corazon, y los lábios, para amargarla; tú, que callas cuando aparece la culpa seductora de frente, y que tan alta y espantosamente lanzas tus saetas, cuando, pasada ya, no se puede retroceder! ¡cruel é inexorable remordimiento! ¿quién te envia? ¿Es el espíritu del mal, para gozarse en su obra y desesperar al hombre, ó es Dios, para avisarle, á fin de que espíe sus faltas?

La clemencia divina abrió con el remordimiento dos sendas al hombre: la desesperacion y la penitencia. Las almas tibias, las voluntades flojas fluctúan entre ambas, agonizando así entre la hoguera, que las ha de purificar, y el mar sin fondo, en cuyo amargo abismo se corromperán para siempre.

Estos tormentos, de que era víctima Ismena, este remordimiento,—¡gusano eterno!—habian roido su corazon y su vida, como un cáncer incurable. Iban sus torturas en aumento, á medida que sentia acercarse su fin. En sostenida lucha con su conciencia, que no transigia con razones ni con miras mundanas, cada dia mas incierta sobre entrar por la senda que ésta le trazaba, y que su orgullo rechazaba, Ismena, igualmente horrorizada de la terrible hogue ra y del espantable abismo, caminaba á su fin, como el reo al patíbulo, deseando á un tiempo alargar y acortar la distancia. Casi postrada ya, los facultativos insistieron,—como por último recurso,—en que respirase su abrasado pecho las frescas brisas del campo.

Habiéndose anunciado en Chiclana la venida de los Señores, la casa estaba preparada para recibirlos. El toldo cubria el patio como un movible techo · la limpieza mas exquisita brillaba en ella como un barniz: los pájaros cantaban, y las flores mostrábanse lozanas, aunque María ya no cantaba al regarlas!

El sonido de los cascabeles anunció la berlina, que llegó pausadamente, y se paró á la puerta. ¡Ya no era la hermosa y brillante Ismena, sino su sombra, la que apoyada sobre el brazo del General, y sostenida por un facultativo, se arrastró bajo el soberbio portal de mármol, como un cadáver en su suntuoso mausoléo! A los veinte y ocho años Ismena, habia perdido todo el brillo de la juventud: sus claros y brillantes. ojos estaban empañados y abatidos; sus

dorados cabellos habian encanecido, y su tez blanca y mate parecia una mortaja que cubriera un esqueleto! Pocos años habian bastado para producir este cambio; puesto que no era el tiempo el que con su pausada y suave mano le habia traido, sino el sufrimiento con su destructora garra.

La Condesa fué llevada al sofá, en el que quedó por mucho rato tan postrada, que parecia insensible á cuanto la rodeaba. Mas cuando la dejaron sola, dijo con febril agitacion á Nora que llamase á María. Nora, previendo la fuerte sacudida que habia de producir la vista de la desgraciada anciana, víctima de su infortunio, quiso replicar; pero la Condesa reiteró la órden con tal exasperacion, que fué preciso obedecer. Cuando entró la anciana, Ismena extendió sus convulsos brazos hácia ella, la estrechó en ellos, y reclinó su cabeza ardiente y su ruborizada sien sobre el pecho de la anciana que la habia visto nacer. Pero María estaba serena: en aquel pecho latia tranquilo su puro corazon. Sus ojos habian perdido la expresion de contento que ántes tenian: pero no la de la paz del alma.

—María, exclamó al fin Ismena, ¿cómo habeis podido soportar vuestra desgracia?

—Con la resignacion que Dios dá cuando se le pide, Señora, contestó la anciana.

—¡Oh! ¡Bienaventuradas las penas con que ésta no es incompatible! exclamó mentalmente Ismena.

—Un dia os dije, señora, prosiguió María, que me

inspiraba orgullo mi hijo; y Dios ha permitido que ese hijo, mi galardon y mi gloria, fuese difamado por todas las apariencias de un delito!

—¡Apariencias! dijo Nora; ¿quién dice eso?

—Todos, contestó María con suave firmeza.

Y despues de algunos instantes, continuó con la misma serenidad:

—Un profundo misterio cubre á mis ojos,—como á los de todos,—las circunstancias de su huida. Pero si alguna persona está complicada en ella, ¡perdónela el divino Juez, como la perdono yo! Dios y yo sabemos, que mi hijo no fué ni pudo ser criminal: esto me basta: ¡callo y me conformo!

—¡Y no os engañaron vuestro corazon y vuestra conviccion de Madre! exclamó Ismena, cayendo exánime sobre los cojines del sofá.

Ismena fué acostada en su lecho, y se atribuyó su peor estado á la agitacion y fatiga del viaje.

Un narcótico fué calmando gradualmente su agitacion, y la sumió mas tarde en un sueño facticio, por lo que todos,—ménos su ama,—se fuéron á descansar de las fatigas y emociones del dia.

El General,—por delicada prevision,—habia mandado cerrar la llave de la fuente, para que su murmullo no turbase el débil reposo de su mujer. Sonaron las doce en el reloj de la sala, y doce veces sonó la voz del Tiempo como una aterradora profecía. ¡Doce contó el austero anciano con su inflexible memoria, y doce años cumplian ahora que sobrevivia Ismena cul-

pable en la molicie del lujo, y con la aureola de la consideracion y del respeto público! ¡Doce años hacia que despues de sacrificar su conciencia á su soberbia, habia sacrificado una noble existencia á su orgullo!

Ismena despertó sobresaltada, y se incorporó en su lecho: sus ojos desatentados vagaban por todas partes; su sangre hervia precipitada por la fiebre.

Su devoradora inquietud la ahogaba; el peso que oprimia su pecho, la sofocaba! Se arrojó del lecho, y corrió á la ventana, pues anhelaba cual la Margarita en el Fausto de Goethe, aire para respirar.

La suave luna y el dulce silencio, se unian en aquella templada noche como hermanos. Eran tan profundos el sosiego y la calma, que pesaron sobre el alma agitada de Ismena, como el ambiente sereno, pero sofocador, que precede á la tormenta.

Apoyó su ardorosa frente en la reja de la ventana que daba al pátio, negra y dorada como su existencia! Oyó entonces á lo léjos dos voces que se unian para rezar, tan hermanadas como la Fé y la Esperanza! Eran las voces de María y de Piedad, que rezaban el Rosario. Habia algo de solemne en aquel sonido dulce y monótono, con el que la palabra sin pasion, sin movilidad, sin modulaciones terrestres, se alza al cielo, como lo hace el humo del incienso sobre el altar suave, sin color y sin ímpetu, como impulsado por la atraccion del cielo. Algo, que conmovia hondamente, habia en esas palabras mil veces repetidas, porque mil veces son sentidas; en esos rezos, en que

se unen millares de corazones al pié del trono de Dios; en esos rezos, que son tradicion verbal no interrumpida de Jesucristo y de sus Apóstoles; que han santificado las almas de miles de generaciones; en esos rezos tan perfectos y cumplidos, que en vano querrian perfeccionarlos todos los adelantos y todas las ilustraciones del espíritu humano.

¡Qué doloroso contraste formaban aquellas graves y apacibles voces, con el estado del alma de Ismena, en la que rugia el remordimiento! ¡Quiso unirse á ellas, y no pudo!

—¡Oh, Dios mió, exclamó apartándose de la ventana, no puedo rezar!

Pero pronto volvió, atraida por el santo é irresistible imán de la oracion. Entónces oyó á María pronunciar estas palabras: ¡POR LA PAZ DEL ALMA DE MI HIJO LAZARO!—y la oracion de las dos católicas continuó, sin que sus voces se inmutasen.

—¡Ah!—exclamó Ismena, retorciendo desesperadamente sus manos.—No soy digua, Dios Santo, de unir mi voz maldita á esas voces puras que no empañó la culpa, ni sofoca el remordimiento!—Postróse en el suelo con el rostro sobre la tierra, hasta que el último *amen* subió al cielo. Entónces se levantó, causándose á sí misma horror como un espectro, y vió á Nora que se habia quedado dormida en un sillon: acercóse á ella; y asióla fuertemente por un brazo con su mano, antes tan hermosa, y que ahora parecia la garra de un águila de mármol.

—¡Duermes! exclamó; ¡duerme la iniquidad, en tanto que la inocencia vela y ora! ¡Despierta! que tu reposo es mas horrible aun que tu culpa. Ves á la que sacáste con esmero de su dulce cuna, entrar por tus infames sugestiones en su féretro; y ¡duermes..... mientras ella agoniza! ¿Qué ves en lo pasado? El delito impune. ¡Y duermes!—¿Qué ves en lo presente? Una usurpacion, un despojo, una traicion, un crimen frio de todos los dias; ¡y duermes!—¿Qué ves en lo futuro? La divina y universal justicia de Dios, tan dulce para el justo, tan tremenda para el criminal; ¡y duermes!—¡Pero esta justicia hará que recaiga sobre tu cabeza la maldicion que pesa y oprime ya la mia! ¡Lleva, pues, unida al anatema de Dios, la maldicion de la que sedujíste! Pues culpable soy, cual ninguna; pero, ¡Nora, Nòra, sin tí no lo hubiera sido!

A los gritos que dió Nora, acudieron todos los habitantes de la casa, y hallaron á la Condesa en un espantoso y convulso estado, que se asemejaba á la demencia. Nora estaba aterrada y desvariaba; pero esto se atribuyó al dolor que le causaba el cercano fin de su Señora.



CAPITULO VI.

Al dia siguiente fué espantosa la agitacion de la enferma. A la noche se vieron los médicos precisados á suministrarle un fuerte narcótico, que la hizo caer en un profundo sueño.

El General se ocupó en arreglar los papeles que yacian dispersos en un lindísimo escritorio antiguo de ébano, ornado de riquísimo trabajo de talla y pinturas de Rubens en sus varios compartimientos, en el que guardaba Ismena sus papeles. El escritorio habia sido abierto por órden de su dueña aquella tarde, para sacar de él papel y pluma que necesitaba.

Ismena habia aprendido de su padre el inglés, que poseia como su propia lengua. El General fijó con dolor su atencion sobre una traduccion empezada por su mujer, considerando que ya no la concluiria! Era la traduccion del *Hamlet* de Shakspeare: el Ge-

neral se puso á leer lo último que su mujer habia escrito. Era el monólogo del rey Claudio, en el tercer acto; la letra era temblorosa, como si la hubiera trazado una mano trémula. La traduccion, en la que un inteligente hubiera notado algunas supresiones voluntarias, era esta.

«¡Maduró ya la culpa, y clama al Cielo! ¡Sobre »ella pesa la primera maldicion que entró en el mun»do, la del fratricidio!—No puedo rezar, aunque á »ello me impelen el deseo y la voluntad; pero la pos»tracion de la culpa es mas que la fuerza del propó»sito; y así como el hombre en quien dos poderes »luchan, vacilo entre sucumbir al peso de mi delito, »ó entregarme al esfuerzo del buen propósito. ¿De »qué sirve la misericordia, sino para bajar sobre la »frente del pecador? ¿Y no tiene la oracion la doble »virtud de precaver la caida, y de levantar al caido, »obteniendo el perdon? Quiero, pues, levantar al »Cielo mis miradas. ¿Pero cuál es la forma de oracion »que se apropia á mi delito? ¿Puedo pedir y esperar »perdon? ¿Hay acaso bastante agua en las suaves »nubes del Cielo para lavar la mancha de sangre en »la mano del fratricida? ¿Hay, por ventura, remision »para aquel que sigue disfrutando los beneficios de »su delito, su reina, su corona, su vanagloria? No »puede ser.

»Puede la dorada mano de la iniquidad sumergir »la equidad en las corrompidas corrientes del mundo, »y le es dado á un vil soborno falsear á veces la ley

»humana. ¡Pero no así allá arriba! ¡Allá no vale el »artificio, ni nada puede la mentira! Allá aparece el »hecho en su desnudez, y el delincuente habrá de »acusarse á sí mismo en el reino de la verdad. ¿Qué »nos queda, pues?—Probar hasta donde alcanza la »virtud del arrepentimiento. ¡Ah, si! Todo lo pue»de..... Pero, ¡ay! ¡Si *quisiese* el pecador y no *pudiese* »arrepentirse!—¡Oh infausto estado!—¡Oh pecho ne»gro como la muerte!—¡Oh alma, que al esforzarte »por libertarte de la red del pecado, te envuelves en »ella! —¡Angeles, acudid á su socorro! Ablándate, »corazon de acero, hasta ser cual las fibras del niño »recien nacido.—¡Inflexibles rodillas, dobláos! *(Se »arrodilla, y despues de un momento de silencio prosigue).* »¡Ah! ¡Las palabras han volado! pero faltan álas al »corazon y las palabras que sin el corazon llegan al »Cielo, no hallan en él entrada!»

Esta traduccion literal y mala, aunque apenas daba una idea de la magnífica, profunda y elevada poesía del poeta que fué y es gloria de su patria, llenó, no obstante, de admiracion al General, cuya alma era accesible á todo lo bello y á todo lo bueno. Pero al echar una mirada sobre su mujer, que yacia blanca sobre su blanco lecho, como una marchita azucena sobre nieve, hizo esta sencilla reflexion:

—¿Por qué busca estos cuadros de delitos y pasiones? ¿Por qué imita la paloma el grito fúnebre del buho? ¿A qué remeda la oveja sencilla el rugido del herido y sangriento leon?

Despues de haber guardado los papeles, el General se sentó en un sillon á los pies de la cama de su mujer, y levantó á Dios su corazon en una ferviente plegaria por la vida de la que amaba.

El relój de la sala contigua á la alcoba dió las once, con la tenacidad de un recuerdo que se rechaza, y que constantemente vuelve: sus ecos y metálicos sonidos vibraron en el silencio, como si llamase á una cerrada puerta la Justicia, para la que no hay puerta que pueda permanecer cerrada. Estos claros sonidos estremecieron á Ismena en su sueño, y despertó dando un sordo gemido.

El General, que vió á su mujer con los ojos desatentados, y que la oyó pronunciar palabras incoherentes, se acercó á ella, y rodeándola con sus brazos:

—Serénate, Ismena, la dijo: has tenido alivio. Dios oye nuestros ruegos: hace alguas horas un sueño benéfico restaura tus fuerzas.

—¿He dormido? murmuró Ismena: ¡he dormido en el borde de mi sepultura, como si esta me prometiese descanso! ¡He dormido, cuando tan poco tiempo me queda para arreglar mis cuentas sobre la tierra! ¡Sentáos, señor!.... que como á tal quiero hablaros, y no como á mi marido; porque digna no soy de ser vuestra mujer. Hablaros quiero no como á mi compañero, sino como á mi juez, cuya clemencia imploro.

El General atribuyó estas extrañas palabras al delirio; y sin hacer alto en ellas, quiso tranquilizar á su mujer, proponiéndola diferir las explicaciones que

queria hacer, para mas adelante. Pero Ismena insistió con energía en que la escuchase, y prosiguió:

—Voy á morir..... y dejo sin sentimiento todos los bienes de la tierra. Solo uno es el que ambiciono, y quisiera llevar conmigo á la tumba. Vos, que fuisteis para mí padre, marido y bienhechor, no me lo negareis, puesto que solo vos podeis dármele. Porque este bien que imploro es, señor, vuestro perdon.

Al oir á su mujer, el General se confirmó en que deliraba, y volvió á suplicarla que no se agitase como lo estaba haciendo. Pero Ismena insistió de nuevo y con ahinco, en que la prestase atencion sin interrumpirla.

—Si una mujer, dijo, que ha expiado una culpa con todo lo que el remordimiento tiene de terrible y de destrozador, arrebatándole éste su sosiego, su salud y su vida; si esta desgraciada, en el momento de morir desesperada, puede inspirar alguna compasion..... ¡oh, vos, que habeis sido el mas generoso de los hombres; vos, que sembrásteis mi vida de flores, tened para mi muerte una rama de oliva! Recibid sin rechazarme, sin huir de mí en mis últimos instantes, sin hacer horrible mi agonía con maldecirme, una confesion que os probará que mi corazon no está del todo pervertido, cuando tiene valor para hacerla.

Un sudor frio bañaba la frente de la moribunda: sus yertas manos temblaban convulsivamente: sus palabras salian débiles, pálidas de sus lábios, como

las últimas gotas de sangre que vierte una herida de muerte! Sin embargo, haciendo un postrer y heróico esfuerzo, prosiguió así:

—Sé que voy á traspasar vuestro corazon con un agudo puñal: empero, solo ese medio puede impedir el que yo muera desesperada. Aquí teneis,—prosisiguió sacando un pliego cerrado que tenia debajo de su almohada;—una declaracion firmada por mí y atestiguada por dos testigos venerables, con el fin de impedir una infame usurpacion, un criminal expólio y un horrible abuso de vuestra noble buena fé. Por ella veréis, señor, que... ¡Ramon no es nuestro hijo!

El General, al oir estas tremendas palabras, por un movimiento involuntario se alzó de su asiento con ímpetu; pero al punto recayó en él anonadado, y cubriendo su rostro con ambas manos, exclamó con asombro y dolor:

—¡Ramon, Ramon no es hijo mio!!!

—¡Tened piedad de mi agonía! gimió Ismena torciéndose las manos.

—¡Eres una *infame!* exclamó el General con toda la indignacion de la probidad contra la traicion, y con toda la repulsa de la virtud hácia el crímen.

Jamás habia oido Ismena la bondadosa y paternal voz de su marido tomar el terrible y viril acento con que le arrojó el oprobio á la faz; y se sobrecogió cual herida de un rayo. El profundo dolor, y la severa condena de su marido, le parecieron abrir un abismo entre ambos, y hacer imposible que los lábios que

articulaban aquel acerbo fallo, pronunciasen la dulce palabra que anhelaba en su agonía, y que deseaba mas que la vida. Esa palabra, que solo podia dulcificar su muerte, era el perdon, que es el mas bello y perfecto fruto de la caridad; el perdon, cuyo valor es tan grande, que con toda su sangre lo compró el Hijo de Dios, y que concede su Padre por una lágrima,—¡tal es su misericordia!—El perdon, don divino que ni pide ni otorga el orgullo, y que implora y concede la mansedumbre; ese perdon, que llevaria la culpable al Cielo como una eficaz intercesion. ¿Acaso habia tardado demasiado en pedirlo? ¿Iria á morir quizás en el momento en que las olas de la sangre sumergian en el corazon del ofendido la santa misericordia, la generosa clemencia? La infeliz, en su desatiento, se arrojó fuera del lecho, cayó postrada, y levantando sus cruzadas manos, que apoyó sobre el noble pecho del hombre á quien habia engañado, gritó con voz gutural y moribunda:

—¡Perdon!

Su último pensamiento, su último sentir, su último aliento se disolvieron en esta última palabra. El General se estremeció al oir aquel grito destrozador lanzado en el estertor de la muerte; se inclinó hácia su mujer, y la cogió en sus brazos: ¡no levantó sino un cadáver!

En aquel instante se oyeron las doce lentas y graves campanadas del relój!: ¡como si hubiese aguardado el Tiempo ese momento para lanzar su metálico sonido, cual un expontáneo y piadoso doble!

CAPITULO VII.

Una culpa secreta, arrastrando sus terribles consecuencias, enlazadas unas á otras cual un grupo de serpientes, habia ya costado la felicidad y la vida á la que la cometió, y la razon á la que la concibió; pues el anatema y la muerte de Ismena condujeron á Nora á la casa de locos. Y sin embargo, su horrenda rastra y sus amargas influencias no habian parado aquí; y emponzoñaban los últimos años de la existencia, hasta entónces tan serena y apacible, del General conde de Alcira. Se reconvenia el excelente anciano, sin cesar, por la palabra dura y acerba que la indignacion arrancára á sus lábios, y que era la sola con la que en su vida toda habia herido á un corazon destrozado y marchito, que imploraba una suave y santa palabra para dejar de latir tranquilo, y que solo halló un cruel baldon, con el cual murió desesperado.—Lloraba ardientes lágrimas por no

haber concedido aquel perdon, que solo pudo faltar un instante á su corazon generoso; ¡y este instante habia sido el último de la infeliz que lo imploraba! Aquel perdon que quizás hubiese prolongado su vida, calmado sus sufrimientos, dulcificado su muerte ¡se lo habia negado!!!—Este recuerdo, que era á su vez un remordimiento, envenenaba su vida!

La reaccion que experimentaba, llegaba en su bondad natural, hasta hacerle casi disculpar un delito compensado por tan sobresalientes cualidades, borrado por un remordimiento sin igual, y por sufrimientos mortales, puesto que la muerte tiene la dulce prerogativa, al asir su presa, de llevar consigo á la tierra lo malo que tuvo, y dejarle lo bueno por epitáfio.

El General compensó aquel momento, en que se habia olvidado de ser cristiano, con multiplicadas obras de caridad, ofrecidas á Dios en holocausto, para lograr del cielo el perdon,—que negó la tierra, —á la arrepentida pecadora, y con incesantes sufragios para obtener el descanso de su alma; preces que el Eterno escucharia, porque Él oye al hombre á quien crió, cosa que no puede negar el más aferrado incrédulo, que no hizo el Criador del hombre un expósito; sino que le reconoció por hijo, le dió preceptos, y le prometió una gloriosa herencia desde la Cruz.

Todas las mañanas un Sacerdote ofrecia el santo sacrificio de la Misa, por el descanso de un alma que

eternamente vivia en el corazon del anciano, el cual arrodillado al pié del altar, unia sus oraciones á las del sacrificante.

Amargaba, además, la vida del General el horrible secreto que le ahogaba, y envolvia con él á todos sus hijos, asi como en el soberbio grupo del Laocoonte, la fiera sierpe hace su presa del Padre y de sus hijos. No podia romper el arcano, sin sacrificar al que su bondadoso corazon amaba siempre con tierno cariño, sin difamar las sagradas cenizas de la Madre de sus hijos. El General guardó, pues, este infausto secreto: respetaba la infancia y la inocencia de sus hijos, y no se hallaba con valor para descubrirlo. Siempre será tiempo, pensaba, de descorrer el velo á tan triste y cruel realidad! Algunas veces habia pensado enterrarlo consigo. Pero ¿con qué derecho podia él, hombre de tan estricta y firme probidad, privar á sus hijos de sus bienes en favor de un extraño? ¿Cómo hacer cabeza de su noble casa á un individuo extraño, á un expósito, usurpando sus derechos á sus legítimos propietarios?

Hay padres mundanos que quieren hacer sonar mas alto que la voz de la conciencia el parecer del mundo, y pesar más que el fallo de aquella las consideraciones sociales, pretendiendo amoldarlas á las circunstancias. Pero ¡NO TRANSIGE LA CONCIENCIA! pues si lo hiciese, no sería lo que es. Sería entonces una encubridora, y no una centinela: sería una veleta, y no un cimiento; perderia la confianza que inspira, y

el respeto que merece. La conciencia dá sus fallos como el sol difunde sus luces, sin que nada las empañe, ni tuerza su direccion.

Háblase,—para turbar á los que ciegamente por la conciencia se guian,—de las lágrimas que su inflexibilidad hace derramar, de los males que á veces origina, y de los trastornos que suele causar en un estado de calma exterior y de tranquila superficie; y para tildarla, se exponen razones bellas y brillantes, pero falsas, y que pecan por la base. Si la conciencia exije una dolorosa operacion en una parte gangrenada del cuerpo social; que no vengan la ciega bondad,—ó á veces la hipocresía con nombre de humanidad,—á clamar contra una decision que llamarán cruel, y que puede que lo sea, pero que es necesaria, si la gangrena no ha de propagarse, y si ha de quedar sano el cuerpo y sin males solapados. La conciencia es el sentimiento del deber que puso Dios en el corazon del hombre, como puso su invariable direccion en el imán, para que, cual éste, nos sirva de norte. Este sentimiento del deber, admirémosle con el gran Schlegel, que ha dicho que «las dos cosas mas bellas que conocia, eran el cielo estrellado sobre nuestras cabezas, y el sentimiento del deber en nuestro corazon.»

Corrieron entretanto los años: el Conde habia envejecido, y veia acercarse su fin. Queriendo pasar sus últimos dias rodeado de sus hijos, y viéndose precisado antes de morir á descubrir el secreto que

no podia llevarse consigo á la tierra, los mandó venir á reunirse con él en Chiclana. Allí queria morir, para ser enterrado al lado de su mujer, y darle, aun despues de muerto, ese público testimonio de amor y de aprecio.

Hallábase recostado el General en su cama-sillon, del que ya no podia levantarse: sus hijos le rodeaban.

Aunque entonces no estaba puesta en uso la palabra *ilustracion*, ni los colegios estaban modernizados, no obstaba eso para que los tres hermanos fuesen tres jóvenes tan cumplidos como caballeros, que llenaban de placer y vanagloria al General. Ramon, el mayor, habia salido del colegio de artillería, colegio del que salieron por entonces DAOIZ y VELARDE. El segundo salia de las Academias de guardias marinas, á donde tambien habian pertenecido los héroes de Trafalgar, titanes que á un tiempo lucharon con las grandes fuerzas de un poderoso adversario, con la cobarde traicion de un aliado, y con la desencadenada furia de los elementos, y que fueron, NO VENCIDOS, sino *destrozados* por los tres enemigos conjurados. El tercero llegaba de la universidad de Sevilla, en la que estudiaban poco antes ó por entonces los Listas, Reinosos, Blancos, Carvajales, Arjonas, Roldanes, Calatravas y Gonzalez, y el digno, sábio y ejemplar Maestre, Gobernador que fué del arzobispado; porque bien pueden faltar á España caminos de hierro, buenas posadas, refinados y sensuales goces, pero en ninguna época le han faltado sábios ni hé-

roes. El General miraba á los tres por turno con una indefinible expresion de ternura; y cuando sus ojos se fijaban en Ramon, los bajaba para ocultar las lágrimas que á ellos se asomaban.

El vivo placer que tuvo de ver á sus hijos unido á la angustia que sentia mirando la espada de Damócles suspendida,—sin apercibirse el amenazado,—sobre la cabeza de Ramon, agitaron tanto al anciano, que pasó aquella noche mala y calenturienta.

A la mañana siguiente anunciaron los facultativos la conveniencia de que hiciese el enfermo sus últimas disposiciones. La afliccion de sus hijos, que le adoraban, fué desgarradora.

El General estaba tan preparado á dejar el mundo, y á comparecer ante el juicio de Dios, que fueron sus disposiciones solemnes, pero cortas y serenas.

Hácia el anochecer, sintiéndose debilitar por momentos, dispuso que le dejasen solo con sus hijos. Entonces estos se acercaron al lecho del anciano, reprimiendo sus lágrimas para no afligirle.

Despues de haberlos mirado por largo rato:

—Hijos mios, les dijo; un cruel secreto, que ha de hacer la desgracia de uno de vosotros, existe hace muchos años oculto en el fondo de mi alma! Peró.... pues voy á morir.... no me queda mas tiempo para ser su depositario. ¡Oh Dios mio! Mi corazon lo desmiente!—y, sin embargo,—¡uno de vosotros no es hijo mio!

El doloroso asombro que se manifestó en el rostro de los tres hermanos, los dejó mudos, pálidos y sobrecogidos.

—Bien conoceis, continuó el General despues de una pausa, en la que tomó aliento, que mi interés y cariño hácia vosotros son los mismos para todos, y que nadie ha conocido,—ni aun vosotros mismos,—cual era el que no me pertenecia.—Y vosotros, hijos mios, añadió enternecido, ¿cuál de los tres es el que no siente por mí la ternura de hijo?

La simultánea y elocuente rsspuesta de los tres hermanos fué arrojarse en los brazos del anciano, sofocados por sus sollozos.

—Pues si vuestro corazon no os lo dice, prosiguió el General profundamente conmovido, mi cruel deber es declararlo.

Los tres hermanos se miraron un instante, y arrojándose por un movimiento instantáneo y unánime en los brazos unos de otros.

—¡Padre! exclamaron á una voz; no queremos saberlo!

El General levantó los ojos y las manos al cielo.

—¡Dios mio, exclamó, os doy gracias!—Muero tranquilo y contento. ¡Hijos mios! ¡hijos mios! que la satisfaccion de haber ocultado para siempre un funesto secreto; que el recuerdo do haber cubierto con un santo velo de amor fraterno el infortunio de uno de los tres, haga vuestra vida feliz y tranquila, asi como vosotros habeis hecho mi muerte!

Y poniendo sus manos sobre las cabezas de los tres hermanos, que se habian arrodillado al lado de su lecho:

—Que sean mis últimas palabras, dijo en voz solemne y suave, vuestra recompensa. ¡Hijos mios, yo os bendigo!!!

FIN.

LA FLOR DE LAS RUINAS.

RELACION DE UN SUCEDIDO.

LA FLOR DE LAS RUINAS.

CAPITULO I.

A principios de este siglo, y ántes de la invasion de los franceses en la península Ibérica, se habia reunido una numerosa sociedad en una de las casas de campo, que circundan á Lisboa como macetas de flores.

Entónces la política estaba circunscrita al Gobierno. ¡Ojala sucediese hoy lo mismo! Asi podríamos decirle con el descanso que exclamaba un marido al contemplar el panteon de su mujer

Ci gît ma femme..... ¡Ah! qu' elle est bien
Pour son repos, et pour le mien! (1).

De esto resultaba que en las sociedades no disputaban, sino que se divertian, los concurrentes. No tomaban los hombres para darse importancia y talante

(1) Aquí yace mi mujer,
Ella descansa y yo tambien.

de hombres públicos, esos afectados aires de *madurez* —harto desmentidos en la vida privada;—ni se anticipaba una agria y criticadora vejez. Por el contrario, se prolongaba, alguna vez con exceso, una alegre y móvil juventud; lo que, á lo menos, no hacía á los hombres antipáticos, hipócritas y arrogantes, ni peor al Gobierno.

Las mujeres, sin tener pretensiones algunas al espíritu de independencia que les quieren inocular las ideas avanzadas, no aspiraban á ser *libres*; pero eran de hecho SOBERANAS: lo que engendraba el buen gusto y finura de aquella sociedad. La influencia de la mujer es la mas selecta cultura que recibe el hombre.

La señora de la casa en que se hallaba reunida la sociedad que hemos mencionado, estaba sentada á la mesa, cubierta esta de un opíparo refresco. A pesar de que habia pasado su primera juventud, era aun muy bella; y aunque con su acostumbrado buen trato se ocupaba sin cesar de las personas que tenia á su lado, sus negros y hermosos ojos no se apartaban de un jóven elegante y bien parecido, que estaba sentado á los pies de la mesa. Uno de sus vecinos, que era íntimo amigo de la casa, lo notó y se sonrió: entonces ella le dijo en queda y conmovida voz:

—¿No es cierto que es muy hermoso?

—Como que es vuestro vivo retrato, contestó su amigo.

—No, no, repuso la señora; yo soy pequeña, y él tiene la persona de su Padre.

—Verdad es, contestó su vecino, que tiene la aventajada estatura de su Padre; lo que no obsta á que tenga las perfectas facciones de su Madre.

Este hijo acababa de llegar de Inglaterra, en donde su Padre, que era Cónsul extrangero, habia dispuesto que se educase; y en regocijo de su regreso se daba la presente fiesta.

Habíase la concurrencia levantado de la mesa, y formaba ahora diferentes grupos; unos cerca del piano, otros al lado de las mesas de juego, y otros en el terrado ante la casa, para gozar del fresco y de la hermosa vista que desde allí se extendía en prolongada lontananza, más bella aun á la mágica luz de la luna, que reflejada en el mar, le daba un brillante horizonte de plata.

La dueña de la casa se sentó al lado de la abierta puerta del jardin, y á poco el recien llegado vino á sentarse á su lado.

—¡Qué hermoso es esto, Madre mia! exclamó con entusiasmo.

—Con qué... ¿no has olvidado del todo á tu patria en los diez años que has estado ausente, hijo mio?

—¡Oh! no: contestó el jóven. Pero las imágenes que conservaba mi memoria, eran las que ví en mi niñez con mis ojos de niño; y que son por consiguiente completamente distintas de las que percibo ahora.

—¿Y cuáles te agradan más?

—Me sería difícil decirlo, señora. Lo que si puedo aseguraros, es que lo que ahora veo tiene la ventaja de una sorpresa admirativa, sin haber perdido el indefinible encanto que el recuerdo le presta. ¡Asi es que gozan á un tiempo mis ojos y mi corazon.

—¿Te parece, pues, bella, aun viniendo de Lóndres, nuestra Lisboa? preguntó con patrio orgullo la hermosa portuguesa.

—Bellísima, Madre. ¿Cómo no me lo habia de parecer la hermosa ciudad, cuyos pies besan el Tajo con sus dulces lábios y el Océano con sus saladas olas, y que retirándose de ambos, como altiva doncella, se refugia á las faldas de su Madre, que la corona de mirtos, azahares y jazmines como á una Ninfa?

—¿La amas, pues, más que á la soberbia Inglaterra? preguntó con gozo su Madre.

—Si por cierto. Inglaterra es grande y bella; pero lo es como una estátua de mármol. Tiene el porte digno y frio de una Princesa; y no inspira amor y simpatía. Asi es que todo inglés que puede hacerlo, vive la mitad de su vida ausente de su patria; y nosotros no nos hallamos sino en ella. Y es que ellos aman á su país por reflexion, y nosotros al nuestro por sentimiento. Que hayan los ingleses formado á su país, ó que su país los forme á ellos, de ambas maneras preside á esta obra de cabeza la frialdad. Asi es que en aquel pais se piensa mas, y en el nuestro se siente más; el inglés ADMIRA á su país, nosotros AMAMOS al nuestro.

—¡Muy cierto! exclamó su Madre. Tu Padre me llevó recien casada á Inglaterra. Todo lo hallé muy hermoso en aquel país de las perfecciones materiales. Pero, hijo mio, añadió poniendo su mano sobre su corazon, éste rinconcito que tenemos aqui no lo hay allí! (1).

(1) Bellísima y significante expresion de una señora española á su regreso de Lóndres.

CAPITULO II.

Tenía Pedro, que asi se llamaba el recien llegado, una naturaleza esencial y profundamente poética. No porque tuviese una imaginacion vasta y creadora, sino porque tenia un manantial perenne de poesía en su corazon. Por lo cual, si bien no expresaba un pensamiento bello engarzado en buenos versos, lo impregnaba todo de ese maná poético bajado del cielo sobre esta árida vida, sin que por eso prestase una disposicion ó viso *romanesco* á las cosas; pues para él era lo poético lo sencillo y lo cuotidiano, pero no lo extravagante. Su ideal era restricto, y alumbraba con su divina luz interna cada objeto, aunque pequeño, siempre que fuese por naturaleza bueno, inocente y sincero. Apartábase instintivamente de los volcanes y sus ardientes lavas las pasiones; de los fuegos fátuos, de las falsas brillantes ideas, del ruido y de la

pompa de la retumbante palabrería, teniendo, cual los Reyes de Oriente, una estrella en el cielo, á la que con fé ciega seguia.

De esto resultaba que era Pedro un jóven modesto y reconcentrado, porque solo en su madre hallaba aquella paridad de ideas y de sentimientos, que inspiran y engendran una entera confianza. Divorciado por inclinacion y por deber, de todos los vicios, no habia intimado con los jóvenes de su edad, que los suelen ostentar, no sabemos si como prerogativas, si como despreocupaciones, si como gracias, ó como trofeos de rebeldía.

Así sucedia que solia pasear solo, sin dejar por eso de gozar entre aquellos mirtos y laureles, que hacen del de Lisboa uno de los mas bellos paseos de Europa.

Muchas veces habia notado Pedro con extrañeza á una jóven de condicion humilde, pero de hermosura notable, que se sentaba solitaria en uno de los bancos del paseo, y que puesta la mano en la megilla, no levantaba sus ojos del suelo sino para fijarlos en él. Habia en aquellas miradas una mezcla de tristeza, de inocencia ó ignorancia de los usos establecidos, unida á un interés tan sentido, sin ser provocado por el que lo inspiraba, que no pudo menos de sorprenderle. Empero en el sentir delicado de Pedro, lo chocante de la provocacion superó todo el atractivo que la hermosura y todo el interés que la tristeza debian naturalmente inspirarle. Cada tarde hallaba Pedro á

la muchacha en el mismo sitio; cada tarde veia á algunos jóvenes calaveras, á quienes aquella linda aparicion atraia, rudamente rechazados, y cada tarde era mas marcado el dolor que se iba grabando profundamente en aquel rostro jóven y hermoso.

Dice Kératry que Dios ha dado la compasion por abogada á la desgracia. Asi sucedió que algunos dias despues, al llegar la entrada de la noche, y al notar que la muchacha se levantaba para retirarse, y que por despedida fijaba en él sus grandes ojos, de los que corrian abundantes lágrimas, Pedro, á pesar de la timidez de su carácter y de la rigidez de su conducta, fué arrastrado á seguirla, más por la compasion que las lágrimas inspiran, que no por la seduccion que la belleza ejerce.

Despues que en su seguimiento se hubo internado por algunas calles solitarias, Pedro se acercó á ella, y le preguntó con timidez, si la aquejaba algun pesar, y si era de naturaleza que pudiese él remediarlo ó aliviarlo.

—¡Soy muy desgraciada! contestó ella prorumpiendo en un amargo llanto.

—¿Cuál es vuestra desgracia?

—No puedo decirla.

—Así no hallareis consuelo. ¿Por qué venís todas las tardes al paseo?

—Antes venia porque me obligaban; ahora vengo por mi propia voluntad.

—¿Quién era, y cual el motivo que os obligaba,

á vos, tan linda y tan niña, á venir sola á un paseo público?

—No puedo decirlo.

—¿Y por qué venís ahora de motu propio?

La muchacha calló. Pedro repitió su pregunta.

—¿Qué os importa? respondió ella con una mezcla de despecho, de afliccion y de *brusquería*, que aunque unidos, se hacian cada cual palpables en sus palabras duras, en su acento amargo, y en sus dolorosas lágrimas.

—Me importa, puesto que lo pregunto, dijo Pedro.

—¿Y por qué os importa?

—Porque me interesais.

—¿De veras? exclamó ella.

—Muy de veras, respondió Pedro. Decidme, pues, el motivo de vuestra afliccion.

—¡No puede ser! si os intereso, demostrádmelo de otra suerte que no con preguntas.

Pedro sacó del bolsillo una moneda de oro, que presentó á su interlocutora.

—¡Eso no! exclamó esta con vehemencia; no me lo demostreis ni con preguntas, ni con monedas. Las unas demuestran curiosidad; las otras caridad; pero ninguna demuestra...

Se detuvo y añadió con tristeza; *interés!*

—Dejad que os acompañe á vuestra casa, dijo Pedro, cada vez mas empeñado, y cada vez mas interesado por aquella extraña mujer. Esta no pudo disimular un estremecimiento, y exclamó:

—¡No, no! ni pensarlo! ¡eso no puede ser!

—¿Sois casada? preguntó Pedro.

—Ni soy casada, ni me casaré nunca; ¡nunca!

—Entónces ¿en qué puedo serviros? tornó á preguntar Pedro, absorto de encontrar tantas anomalías, tan extrañas reticencias en aquella criatura singular.

—¿Servirme? En nada podeis servirme, repuso ella.

—¿Pues en qué puedo al menos complaceros y mostraros mi interés?

—Con dejarme que os mire, que os hable, y que os ame, sin rechazarme como hasta aquí habeis hecho.

El morigerado carácter de Pedro, la delicadeza de sus ideas y sentimientos en cuanto á la reserva y modestia de la mujer, tan instintivas en ella que no necesita la educacion ingerírselas, llevaron un rudo choque al oir aquellas palabras.

Viendo que callaba, la jóven volvió á prorumpir en un amargo llanto, exclamando: ¡Madre, madre! ¡por qué me pariste! ¡Qué crueles son los hombres todos!

—Pero... ¿Y si yo os amase á mi vez, como de cierto sucedería? preguntó Pedro.

—¿Y qué mal habria en eso? repuso ella.

—Es, dijo Pedro, que yo no puedo ni debo amar sin saber á quien amo,—á un ente misterioso que se oculta de mí; á una mujer, que cual una nube, apa-

rece sin saber de donde viene, y cual aquella, puede desaparecer, sin que se sepa donde irá.

—Yo creia, repuso ella, que el amor no hacia mas pregunta, ni necesitaba saber mas, sino si era correspondido; pero ya veo que hasta para amarse se pide pasaporte. ¡A Dios! olvidad á una infeliz, que creyó por un momento hallar un corazon que le diese tan solo un poco de amor, en cambio de todo el suyo.

Diciendo esto se alejó. Pedro corrió tras ella. Entonces la muchacha se paró, y le dijo cruzando sus manos:

—¡Por Dios! ¡por Dios! ¡no me sigais! os juro que mañana me hallaréis en la alameda!—Y rápida como esas exhalaciones que se ven sin dar tiempo á fijarlas, desapareció cual ellas en la oscuridad.

CAPITULO III.

Al dia siguiente Pedro,—sin premeditada intencion, y aun sin notarlo,—salió mas temprano que otras tardes para ir á su acostumbrado paseo. Mas á pesar de eso, cuando llegó, ya estaba aquella extraña muchacha en su misma actitud triste, en su acostumbrado asiento.

Al poco rato se levantó y salió del paseo. Pedro la siguió á distancia, hasta que internados por calles solitarias, y debilitada la luz del dia por la total ausencia del sol, pudo alcanzarla y dirigirle la palabra sin que fuese notado.

Cuanto por ambas partes se dijeron fué con poca variacion lo que se habian dicho la tarde antes, acabando la entrevista por parte de ella, con la vehemente y angustiosa prohibicion de que la siguiese, y la promesa de volver á la tarde siguiente. Cada tarde volvia Pedro mas empeñado, mas interesado y mas

seducido por aquella hermosa jóven, que era á un tiempo tan delicada y tan inculta, tan sentida y tan áspera, tan franca y tan misteriosa; llegando esta última peculiaridad al extremo de no poder averiguar Pedro lo mas mínimo sobre su persona, su familia y su condicion.

Por más que la reciente confianza que se establece entre dos personas que sienten ambas, como por mitad, un mismo sentimiento autorizase á Pedro á ser exigente en sus preguntas, y obligase á ella á ser franca en sus respuestas, nada supo Pedro; porque la tierna y feliz jóven que sonreia con dulzura, se tornaba al oir sus preguntas en taciturna y áspera; y si él persistia, ella le amenazaba con alejarse para siempre de su lado. Sobre lo que más insistia Pedro, que era en saber su domicilio, no pudo arrancarle otra respuesta que la singular y afirmativa repeticion de que vivia entre ruinas, sirviéndole esta declaracion á un tiempo de respuesta á las indagaciones de su amante, y de pretexto para no introducirle en su casa. Asi era que Pedro, á falta de otro nombre, le habia puesto el de FLOR DE LAS RUINAS; pues mientras existan el amor y la poesía, siempre será la flor el emblema de una hermosa, ó de una querida jóven.

El amor y la poética mente de Pedro, unas veces le llevaban á pensar que fuese la que amaba alguna huérfana encerrada desde niña en algun convento ó instituto de enseñanza, que hallaba medio de disfra-

zarse y escapar por algunas horas de su encierro. Otras conjeturaba que podria ser un miembro de alguna familia arruinada, que vivia aislada y oscuramente en algun ángulo de su derruida casa solariega. Otras, en fin, se estremecia con la idea de que pudiese ser alguna mal casada, que huyese sigilosamente del techo conyugal. Sobre esto le tranquilizaba la seguridad que le habia dado ella de que no era casada; pero al mismo tiempo le habia dado otra, y era que no se casaria nunca. ¿Ligábala quizás algun voto? Si habia vivido reclusa, ¿cómo era tan atrevida y tan llena de decision? Si habia vivido en el mundo ¿cómo era tan completamente ignorante de sus usos, de sus miramientos, y casi de su lenguaje? Pedro se perdia en sus conjeturas, se desesperaba en medio del caos de confusiones en que vivia, gracias al capricho de una niña, que le dominaba y seducia, á pesar de su temprana razon y de la severa delicadeza de su sentir.

Pedro habia exigido, para que sus relaciones no fuesen notadas,—cosa de que por una de sus muchas anomalías, no parecia cuidarse su querida,—que esta no volviese á la alameda, y que fuesen sus entrevistas en un lugar más apartado y solitario. Siempre en estas citas ella se adelantaba á Pedro; y la señal para encontrarla, era la que en el Mediodía prefiere el amor, porque es el idioma del corazon, esto es, el canto, en que á la vez expresa su pensamiento con la letra y su sentir con la armonía. Pedro

apresuraba sus pasos cuando llegaba á sus oidos una voz clara y sonora que cantaba estas y otras parecidas estrofas:

He de amar, amar eu quero
Pro mas que murmure a gente,
Q' esa gente que murmura
Tal vez nao seja inocente.
Se o amar fôra pecado
Era eu gran pecador;
Mas o Ceu facil perdoa
Culpa que nasce d' amor (1).

Cuando ella le divisaba, salíale alegre y ligera al encuentro, se asía á su brazo como el pámpano á la rama del olmo, y paseaban en el crepúsculo, abstraidos de todo, sin pensar en el AYER ni en el MAÑANA, que amargan el HOY con recuerdos, y con cuidados lo agitan; desapareciendo de un todo el sol, sin que lo notasen, y acudiendo en el cielo las estrellas sin que las percibiesen. Porque el sol y las estrellas de su existencia eran aquellos momentos en que reunidos paseaban, y en los que se embelesaban repitiendo las eternas variaciones de aquellas palabras TE AMO, que segun dice un autor, nunca envejecen.

(1) He de amar; amar yo quiero
Aunque murmure la gente;
Que esa gente que murmura
Tal vez no sea inocente.
Si el amar fuese pecado
Yo fuera gran pecador;
Mas perdona el cielo fácil
Culpa que nace de amor.

De esta suerte pasó la primavera, la que con otras flores habia visto brotar y amparado este amor al aire libre, entre el cielo y la tierra, en medio de las flores, como el amor de los pájaros, como el de las mariposas; cantando cual aquellos, jugando cual éstas; sin pensar en el mañana cual unas y otros! Pero pasó la primavera, y su hermano el verano, siguiendo el otoño que acorta las tardes y enturbia su cielo; y las entrevistas de los amantes se hicieron mas cortas y menos frecuentes. Entonces Pedro resolvió salir de la situacion singular y subyugada en que se hallaba.

Tenía él una gran ventaja para poder imponer su voluntad, aun en el corto reinado de la mujer, esto es en el tiempo que es amada; y era la que tiene aquel de los dos amantes que es querido con mas pasion que la que él mismo siente. Asi fué que confiado en el ascendiente que ejercia sobre su querida, le intimó la terminante resolucion que tenia de hacerla optar entre la alternativa de terminar unas relaciones envueltas en un misterio que desunia sus almas, y que no podian satisfacer de esta suerte ni á su corazon ni á su razon, ó de introducirle con franqueza y lealtad en su domicilio y en su vida interior.

—¿Para qué quieres, le dijo ella apurada y cariñosa, conocer las RUINAS? ¿No te basta LA FLOR?

—Bástame la flor, respondió Pedro; pero la quiero con raices, la quiero sacar de sus ruinas, y traerla á un suelo que sea mio, y en que pueda cultivarla, sin temor de que me sea arrebatada.

—La FLOR DE LAS RUINAS tiene espinas, y sabe guardarse, repuso ella; y no puede, añadió con tristeza, transportarse! Además..... ¡las ruinas van á desprestigiar á la flor!

—Más la desprestigiará esta prolongada y singular ocultacion, dijo Pedro.

La pobre y apurada niña rehusó, suplicó, lloró; pero fué inútilmente. Pedro exasperado por su obstinada negativa, insistió inflexible en su determinacion, y la pobre FLOR DE LAS RUINAS cedió al fin con violenta repugnancia y profundo dolor, fijando para complacer á su amante un determinado dia.

CAPITULO IV.

Por aquel tiempo habia en la parte alta de Lisboa, un barrio que destruyó el terremoto de 1755, y que no habia sido reedificado. Formaba anchas calles de ruinas sin belleza ni prestigio, decrépitas sin recuerdos, viejas sin nobleza, restos sin antecedentes y sin la solemne calma de la muerte,—como los tienen las ruinas que hace el tiempo,—teniendo aquellas el repulsivo sello de la destruccion, como las que hace el hombre, ó produce un cataclismo.

Alzábanse aun trozos de paredes con los huecos que tuvieron; pero los unos despojados de sus vidrieras y celosías, parecian ojos sin párpados, y los otros privados de sus puertas, parecian entradas de cuevas. Los pátios, y las habitaciones en alberca y rellenos de escombros, mostraban por sola gala alguna díscola ortiga, ó algun silencioso lagarto, que vestía del color de las piedras, para no ser apercibido. Un débil

eco respondia desde algun lóbrego pasadizo, con exhausta é indistinta voz á las melancólicas reflexiones que infundian y hacian formular al que las pisaba, aquella aglomeracion de cosas finadas. ¡Nada quedaba de lo que les diera vida! Con sus moradores habian desaparecido las bellezas, los adornos y las comodidades, con que aun la mas modesta existencia suaviza su domicilio, como los pájaros sus nidos con plumas y musgo. Nada podia verse que fuese mas antipático á la vista y al sentir, que aquellas filas de aglomeradas y desnudas ruinas, que parecian la residencia del misterio absoluto, la mansion del crímen impune, y el refugio de la desolacion solitaria.

Verdad es que al pie de la altura en que se hallaban, estaba el magnífico paseo, en el que, entre mirtos y laureles, paseaba la elegante muchedumbre. Verdad es que algo mas lejos, y á orillas del Tajo, corrian presurosos por las soberbias plazas, el comercio y la vida. ¡Pero estaban separados de los tristes vestigios de la gran catástrofe, por lo que desune y aparta mas que la distancia, que es el abandono; por lo que anonada y destruye mas que la muerte, que es el olvido!

No obstante, ¿dónde habrá lugar en que no se encuentre la vida, cuando hasta en la caja en que se encierra un cadáver y es sepultado en las entrañas de la tierra, renace?

Así era que, aun entre aquellos desamparados y

lóbregos esqueletos de los que fueron edificios, se habia instalado alguno que otro de esos párias voluntarios, que viven aislados, porque ese aislamiento que se compadece, á ellos les simpatiza ó les conviene.

Una techumbre de anéas, un pedazo de estera colgado ante los huecos de las ventanas, algunas malas tablas unidas unas á otras por la parte alta, y por la parte baja por barrotes, y cerradas por el interior con una tranca formando puerta, eran los reparos hechos para hacer habitables parte de aquellas ruinas. En lo que habian sido habitaciones interiores y en los patios y corrales, se veian algunos cerdos arrellanarse como sibaritas sobre camas de inamovibles inmundicias, y algun gallo flaco subido en lo mas elevado de los amontonados escombros, cacareando con la arrogancia que gastar pudiera aquel guerreador que hubiese tenido la infausta gloria de haberlas hecho.

¡Cuál no seria, pues, el espanto de Pedro, cuando precedido de su guia, llegó á este lugar de desolacion, que fué al que lo condujo; y cuando empujando una de las descritas puertas, le introdujo en uno de aquellos antros lóbregos y miserables!

—¿A dónde me conduces? exclamó Pedro con horror, deteniéndose á la entrada.

—¿No te lo decia yo? respondió ella con abatimiento, ¿no te lo decia? ¡que las ruinas despojarian á la flor de su prestigio!

—Pero, exclamó Pedro; ¿por qué no me has confiado la manera miserable en que vivias? ¿Por qué con inconcebible extrañamiento y orgullo, has rehusado los socorros del hombre que te amaba?

—No podia admitirlos; en vista de que no puedo variar en un ápice mi existencia.

—¿Por qué?

—Porque soy esclava.

—¡Esclava! ¿de quién?

—De mis perversos hermanos. He intentado libertarme, y huir de su cruel tiranía, ¡y siempre estos ensayos me han salido fallidos, y me han costado caro! Mira esta cicatriz en mi cuello, este brazo aun sin movimiento, por una dislocacion que ha sufrido; y comprenderás no solo el yugo que sobre mí pesa, sino tambien el peligro en que estaria mi vida si me escapase de ellos, pues en todo lugar que me escondiese, sabria encontrarme su puñal.

—¿Y á qué te obligan, infeliz?

—Me obligan á cuidar de su casa, y á preparar sus alimentos. Me obligan ¡gran Dios! á traerles aquí á aquellos hombres ricos, que imprudentes se obstinan en seguir mis pasos, cuando me fuerzan á ir para ser vista á los sitios públicos.

—¿Qué dices? exclamó Pedro aterrado.

—¡Sí, sí! prosiguió ella con vehemencia desesperada; ¡sí, sí! ¡Para eso aprovechan la hermosura que dicen que Dios me ha dado! Y una vez que han entrado entre estas ruinas que encubren y callan cual

cómplices, los despojan; y para que este delito no se sepa ni se trasluzca.....

La voz se anudó en la garganta de la que hablaba, que miró en torno suyo con pavor, como si temiese apercibir entre las grietas de las carcomidas y hendidas paredes, oidos que la escuchasen, y ojos que la espiasen.

—Acaba, dijo Pedro con ansiosa suspension; ¿qué hacen?

La interpelada se acercó á su amante, y le dijo en queda y profunda voz: ¡los... asesinan!..

—¡Qué espanto! exclamó Pedro desviándose de ella. ¡Y yo he amado á esta funesta mujer, á este reclamo del crímen, á esta sirena de cementerio!

—¡Por eso, prosiguió ella, nunca he querido traerte á mi casa! ¡por eso me he resistido á ello con tanta obstinacion! Y cuando obligada por tí te he complacido, aprovechando la ausencia de mis hermanos; cuando con obedecerte, he querido probarte mi cariño, ¡infeliz de mí! solo he conseguido perder el tuyo!

El tédio, el horror y el asombro sellaban los lábios de Pedro.

—Y no obstante, prosiguió ella, tú eres el solo hombre, el solo ser que he querido! Por el amor que te tenia, que me hacia imposible traerles mas víctimas, he recibido la herida cuya cicatriz conservo! ¿Y qué te ha pedido en cambio esta pobre *flor de las ruinas*, sino lo que la mas humilde pide al sol, florecer

al calor y brillo de su luz? ¿Qué te espanta en la que poco há amabas, que de ella apartas tu vista? ¡Oh¡ ¡infelices mujeres, siempre empujadas al mal por los hombres, y nunca sostenidas por ellos cuando quieren hacer el bien! ¡Míseras desheredadas de perdon, del que son sus corazones inagotables fuentes! ¡Existencias de cristal, de las que con despotismo se apodera el hombre, y que empaña con su amor, quiebra con su crueldad, su abandono ó su desden!

Cuanto esa mujer decia era tan cierto, aplicado á ella, que Pedro compadecido iba por fin á contestarle, cuando sonaron fuertes golpes dados en la puerta.

CAPITULO V.

—¡Cristo crucificado! ¡ellos son! exclamó la jóven aterrada al oir los golpes.

—¿Quiénes?... preguntó Pedro.

—¡Mis hermanos, los asesinos sin piedad, los verdúgos sin misericordia! respondió ella alzando las manos con espanto.

Los golpes redoblaron.

—¿Qué hacer, Madre de piedad, qué hacer? murmuró la infeliz volviendo en torno suyo sus desatentados ojos, como para buscar un medio de salvacion que era imposible.

La mal pergeñada puerta cedió en este instante á un vigoroso empuje, y tres foragidos entraron en aquella estancia, mal alumbrada por un candil colgado en una de las salientes asperidades del descarnado muro. Despues de hacer á su hermana algunas cortas y brutales reconvenciones por su tardanza en

abrirles, se dirigieron hácia Pedro, sin demostrar extrañeza por hallarle allí. Mas su hermana, precipitándose á su encuentro, escudó á su amante con su cuerpo, exclamando con vehemencia:

—¡No, no le mataréis sin atravesar antes mi pecho!

Por única respuesta, el mayor de los tres la cogió por un brazo, y la tiró al suelo á distancia, apartándola así del lugar en que pasaba esta escena.

Pedro estaba desarmado; pero aun en el caso de que hubiese tenido armas, toda resistencia contra tres foragidos era tan inútil como insensata, y solo habria servido para precipitar la inevitable catástrofe: por lo cual los foragidos le despojaron de cuanto llevaba, sin que opusiese resistencia.

—¡Por Dios, hermanos! gimió su pobre hermana, que se habia arrastrado sobre sus rodillas hasta sus pies; ¡os pido que no le mateis! ¡Es el solo hombre que he amado! ¡Con su vida me arrancais la mia! ¡Tened piedad... una vez siquiera! ¡tened piedad de él y de mí!

Los foragidos no hicieron caso alguno de estos angustiosos ruegos, y se apoderaron de Pedro.

—¡No, no le matareis! exclamó su hermana levantándose erguida. Si no le soltais por compasion, lo hareis por temor de mi venganza. Y eso que vosotros no sabeis hasta dónde puede llevar la venganza una mujer, que si no tiene vuestra mala alma, tiene en sus venas la misma sangre que corre por las vuestras!

—¡Atadla! mandó el hermano mayor.

—¡No, no! ¡matadme de una vez, si no quereis que vengue la muerte de aquel á quien amo, y que vosotros, tigres sanguinarios, fieras malditas de Dios, quereis matar ante mis ojos! Pero yo lo impediré; que la desesperacion dá fuerza y valor: y si no lo logro, me vengaré,—¡tan cierto como hay en el Cielo Dios que nos juzga, y sol que nos alumbra!—delatándoos á la justicia.

El hermano mayor dió un paso hácia ella; mas el menor le detuvo diciéndole:

—No exasperarla más; está fuera de tino, y es capaz de todo.

—Pero no se puede dejar ir á este hombre, repuso el mayor.

—Saquémosle de aquí, propuso el menor.

—¡Cómo! ¡si hace una luna que deslumbra!

—¿Y quién pasa por este sitio á esta hora? Para mas seguridad lo disfrazaremos; repuso el menor, que en seguida sacó de un arca un hábito de fraile.

—Saca tambien la mordaza, advirtió el que hasta entonces habia callado, el que en seguida se puso con el mayor á atar de pies y manos á su infeliz hermana, que se repercutía con violencia y rechazaba con desesperados, pero inútiles esfuerzos, á sus hermanos, que la dejaron atada y presa de una espantosa convulsion tendida en el suelo.

Habiéndole igualmente atado las manos á Pedro, puéstole la mordaza, revestido el hábito de fraile y caládole la capucha, salieron á la ancha calle que

tenian que atravesar para internarse, como lo intentaban, en las ruinas del lado opuesto.

Estaba la calle tan bañada de la luz de la luna, que caia perpendicularmente sobre la tierra, que apenas hacian sombra los objetos. A cada lado de Pedro se colocó uno de los hermanos mayores, siguiéndole el tercero; y así se puso en marcha la fúnebre caravana en absoluto silencio; pues hasta sus pasos cautelosos pisaban mudos la tierra.

Apenas habian llegado á la mediacion de la calle, cuando de repente oyeron una voz récia y de mando que les gritó:

—¡Alto ahí!

Cual una centella reanimó y encendió esta voz las apagadas esperanzas de Pedro.

—¡Es una ronda, y somos perdidos; huyamos! dijo el menor de los hermanos.

—¡Quietos! mandó el mayor, y sacando un puñal, cuya hoja brilló á la luz de la luna como un relámpago;—si haceis un solo movimiento, sois muerto! dijo á Pedro.

El otro hermano le imitó, y Pedro se halló preso entre las afiladas puntas de dos puñales ocultos en las mantas de sus dueños.

En este momento llegaba la ronda.

—¿Quién vá? preguntó el que hacia de cabeza.

—Un padre que llevamos para auxiliar á nuestra madre moribunda, respondió con serena voz el hermano mayor.

El jefe de la ronda se cercioró de que lo que decian era cierto, viendo al callado religioso; y Pedro sin poder exhalar el más leve sonido, ni hacer el más mínimo movimiento, oyó con desesperacion alejarse á la ronda, y debilitarse gradualmente el mesurado compás de sus pisadas.

—Alijerar el paso, dijo el mayor de los foragidos, volviéndose los tres á encaminar hácia las ruinas. Mas ántes de llegar á ellas, volvió á oirse al jefe de la ronda, que gritó con voz enérgica:

—¡Alto ahí!

Los ladrones se pararon murmurando imprecaciones. La ronda se acercaba con pasos apresurados, precedida por una mujer, que con el cabello suelto, el rostro desencajado y con las muñecas ensangrentadas, corria y gritaba con desgarrador acento:

—¡Salvadle! salvadle! y precipitándose en el grupo de los detenidos, arrancó la capucha que cubria la cabeza y el rostro de Pedro, exclamando con delirio: ¡está salvo! ¡Bendita sea la Providencia y la justicia de Dios! ¡Líbrese la sangre inocente, aunque sea á costa de la culpable!

—¿Qué has hecho, infeliz? esclamó Pedro.

—Lo que solo me quedaba que hacer, contestó ella: procurar tu salvacion y buscar mi muerte.

—¡Oh! no morirás, que yo te salvaré! exclamó Pedro.

—No de mi puñal, dijo en voz ahogada por la ira el mayor de los foragidos, el cual ántes que nadie hu-

biese previsto ni podido impedir su accion, habia cumplido su amenaza.

—¡Oh! ¡qué frio es este acero! dijo la herida poniendo la mano sobre su traspasado pecho. ¡A Dios... Pedro! añadió dirigiéndose á éste que se habia precipitado á ella y la sostenia en sus brazos:—muero por haberte salvado; y así es mi muerte mas feliz que lo ha sido mi vida!

—¡No mueras, no! exclamó desesperado Pedro. Mi salvadora será mi compañera á la faz del Cielo y del mundo.

—¡No, no! repuso en balbuciente voz la moribunda: la FLOR DE LAS RUINAS debe morir entre ellas... ¡sola y abandonada como ha vivido! ¡Juez de los corazones, añadió alzando sus ya quebrantados ojos, ten conmigo la compasion que los hombres no han tenido!

Algun tiempo despues, se ajusticiaban en Lisboa tres bandidos, entre los cuales, uno atraia con particularidad la atencion de la muchedumbre por llevar la señal de Cain en la frente. Mientras, en una de las casas mas ricas y conocidas se celebraba una junta de facultativos por hallarse en inminente peligro, de resultas de unas calenturas cerebrales, el hijo de los dueños.

FIN.

LOS DOS AMIGOS,

RELACION.

LOS DOS AMIGOS.

Lanzaba el sol sus ardientes rayos sobre una llanura de Andalucía, árida y estéril. No corrian por ella rios ni arroyos: secas yacian las flores y tiernas plantas de la primavera; solo verdegueaban allí algunos espinos, lentiscos, y alóes, cuya dureza resiste el rigor de las estaciones. Un furioso levante formaba nubes de polvo, ardiente como lava de volcan.—El cielo puro, y el dia claro, parecian sonreirse al dar tormentos á la tierra.—Solo los ganados del país, con su dura piel, y el animoso é impasible español, que desprecia todo padecimiento físico, podian tolerar aquella encendida atmósfera; ellos, durmiendo; y él, cantando!

Veíanse sobre esta llanura el 20 de agosto de 1782

las muestras de un reciente combate: caballos muertos, armas rotas, plantas pisadas y teñidas de sangre.—A lo lejos desfilaba en buen órden un destacamento inglés.—A otro lado el Comandante de un escuadron español; ocupábase en formar sus impacientes soldados y sus caballos fogosos, para perseguir á los ingleses, que inferiores en número, se retiraban con la calma de vencedores.

En el que habia sido campo de batalla, un jóven sentado en una piedra al pie de un acebuche apoyaba en el tronco su pálido rostro; mientras que otro jóven, en cuya fisonomía se manifestaba la mas violenta desesperacion, arrodillado á sus pies, procuraba detener con un pañuelo la sangre que le corria del pecho por una ancha herida.

—¡Ah, Félix, Félix!—exclamaba con la mayor angustia,—¡vas á morir, y por mi causa! Has recibido en tu fiel pecho el golpe que me estaba destinado. ¿Por qué, generoso amigo, me libraste de una gloriosa muerte, para entregarme á una vida de desesperacion y de dolor?

—No te desesperes, Ramiro, le decia su amigo con apagada voz. Estoy debilitado porque he perdido mucha sangre; pero mi herida no es mortal. Entretanto, Romiro, ¿tú no reparas que tu mano, que supo vengarme, está herida tambien?

—¡Socorros (decia Ramiro sin escucharle), prontos socorros podrian solo salvarte! Pero aislados, abandonados como estamos, ¿cómo te los podré procurar?

No me encuentró capaz de separarme de tí; pero, Félix, moriremos juntos!!!

En este momento oyeron el galope de un caballo. Ramiro, lleno de ansiedad, dirigió su vista al lado por donde el ruido se sentia, y descubrió á su fiel criado, que habiéndolos perdido en el combate, los buscaba lleno de inquietud.

Félix del Arahal y Ramiro de Lérida, pertenecian á dos familias unidas mucho tiempo hacia por la amistad mas sincera. Educados juntos, servian en un mismo regimiento, á donde muy jóvenes pasaron de Capitanes, habiendo sido pajes del Rey.

Félix, de alguna mas edad que Ramiro, con un carácter mas firme, con un temperamento mas tranquilo, y con razon mas madura, tenia sobre su amigo un ascendiente que en vez de disminuir la ternura de su amistad, añadia á este sentimiento, en el uno, la consideracion y reconocimiento que inspira la proteccion que se recibe; en el otro, el interés y apego que engendra la proteccion que se concede. Despues de tan evidente prueba de afecto como la que Félix acababa de dar á Ramiro, exponiéndose á morir por salvar la vida de éste arriesgada con imprudencia, el vehemente cariño de Ramiro para con su amigo, ya no tuvo límites. Le miraba como á su ángel tutelar; y extremoso como era, habria destruido sus fuerzas y

su salud, asistiendo á su amigo en la larga enfermedad ocasionada por su herida, si el mismo Félix no lo hubiese impedido, valiéndose de la autoridad que le prestaban su amistad y su estado doliente.

Por las calles de San Roque, donde estaba destacado para el sitio de Gibraltar, desfilaba el regimiento de la Princesa, precedido de su música militar, irreflexiva y animada como una Bacante. Lindas mujeres se asomaban á los balcones para ver á los oficiales, que las saludaban con su música alegre y con sus miradas lisonjeras.

—Mira á allí, y verás, ¡por vida mia! una hermosa mujer, dijo Ramiro á Félix, que marchaba á su lado.

Alzó Félix la cabeza, pálida aun, y vió en el balcon de una de las mejores casas de la ciudad, á una jóven de maravillosa belleza, medio oculta detrás de las macetas de flores que cubrian su balcon, como una hora de felicidad precedida por las de la esperanza.

—Eres buen huron para descubrir muchachas lindas, respondió Félix sonriéndose.

Pasaron. Pero Ramiro volvia de cuando en cuando la cabeza á ver de nuevo á aquella que habia llamado tanto su atencion; mientras que ella seguia tambien con sus miradas á los dos oficiales; el uno alto, pálido, de porte interesante y noble; el otro mas pe-

queño, pero ágil, bien formado, arrogante y vivo.

—Harías muy bien en retirarte, Laura;—dijo el Corregidor, tirando del brazo á su mujer, y quitándola del balcon.—Esos pisaverdes te miran, como si tuvieses una danza de monos en la cara.

—Al menos, si no muy brillante, podemòs decir que estuvo bien alegre el baile de anoche, decia Ramiro á un grupo de Oficiales reunidos en la plaza de la ciudad.

—Debió parecerte así, contestó un teniente de cazadores, cazador tan infatigable en el baile como en el campo de batalla. Porque, á fé mia, que te divertistes en él muy bien. Yo, me divertí observando al Corregidor, que queria tragarte con los ojos.

—¿Tragarme? ¿y por qué? preguntó Ramiro.

—¡Me gusta la pregunta! ¿Quiéres que un marido celoso vea con buenos ojos al que los pone en su mujer?

—Y mas si el tal es buen mozo, añadió un oficial de granaderos, apartando de su frente las mechas de pelo de oso de su gorra.

—Y elocuente como un San Agustin, dijo otro oficial.

—Y emprendedor como Colon, continuó otro.

—Y que sabe insinuarse como la serpiente de Eva, dijo un tercero.

—Si asi fuese, contestó Ramiro con aire sério, el Corregidor se inquietaria por cosa muy corta, y deberia gastar mas flema.

—Eso estaria mas de acuerdo con su gran barriga, replicó el de cazadores; pero amigo; es que él guarda un tesoro que no merece poseer.—Lérida, prosiguió el mismo, mas gloria y placer hay en esta conquista, que en la de la plaza de Gibraltar.

—Basta ya de chanzas, señores, repuso Ramiro. Desgraciadamente el sitio de la plaza, que marcha con tanta lentitud, nos tiene ociosos, y hé aquí lo que ocasiona estas vaciedades y habladurías.

—Ya te veo en cuerpo y alma metido en una intriga, dijo Félix á su amigo al separarse de los demás, pues te has formalizado. No olvides, Ramiro, la copla:

Yendo y viniendo
fuíme enamorando;
empecé riendo,
¡y acabé llorando!

—¡Reflexiones! ¡Raciocinios! respondió Ramiro. Mira, Félix, esas fortificaciones que nos vomitan muertes. ¡Sabe Dios cuántas horas viviremos! Además... pregunta á los viejos, cuánto duraron sus veinte y cinco años! Gocemos, Félix... gocemos de la vida!

Nada gozaba, no obstante, el pobre Ramiro, cuando al abandonar su lecho sin haber conciliado el sueño, y apoyándose en la barandilla de su balcon, miraba y apenas veia el sol, que elevándose sobre el horizonte, despertaba al universo como una campana de luz. Vehemente como era, su amor habia llegado al último grado, por los insuperables obstáculos que se le oponian. En vano su ternura era correspondida con igual ardor: un marido celoso levantaba impenetrables barreras entre los dos amantes. Laura no salia de su casa desde que su marido habia principiado á sospechar. Mudas y temerosas entrevistas en la iglesia; algunas palabras por la noche en la reja, cuando Ramiro podia pasar disfrazado; pobres billetes, que mas que palabras contenian lágrimas, eran el único alimento de su exaltada pasion; pasion en todo jóven, en todo lozana, y en todo andaluza; sedienta de lo futuro, y sin pasado para vivir de recuerdos. Maldecia Ramiro tantos obstáculos, y se entregaba á una verdadera desesperacion.

Estaba tan embebido en sus tristes pensamientos, que por dos veces fué necesario le advirtiera una disimulada tosecilla, que la buena vieja María, nodriza y confidenta de Laura, pasaba por debajo de su ventana, para que él lo notase. Apresuróse Ramiro á bajar, y siguió á lo lejos á la buena mujer; no atreviéndose á mirar á nadie por miedo de ser visto.

Despues de muchos rodeos, María llegó á una callejuela solitaria, pues de un lado se levantaban las

altas y severas paredes de un convento, y del otro las del jardin del corregidor. Paróse entonces María, llegó Ramiro, y ella le entregó un billete que él abrió precipitadamente, y que contenia estas pocas palabras: «Mi marido se va al campo. Estoy libre esta noche, y podré verte. Es la primera, y será la última!»

¡Quién podrá dar su justo valor al arrebatamiento de Ramiro, careciendo de su ardiente alma, y no estando apasionado como él!! Besó con el mayor ardor el billete, que por esta vez no estaba empapado en lágrimas, pero cuyas letras temblorosas y mal trazadas probaban la agitacion con que se habia escrito. Con el mismo enagenamiento besaba las descarnadas manos de la anciana María. Sacó despues una bolsa bien llena, y se la entregó, llamándola su genio tutelar, su madre y su amiga benéfica! Mas la fisonomía de María cambió de repente de expresion, enderezó su encorvado cuerpo, sus apagados ojos se vivificaron, y miró á Ramiro de pies á cabeza con arrogancia é indignacion.

—Señor, ¿quién ha creido vd. que soy yo? le dijo. Lo que acabo de hacer por amor de mi niña, puede ser una debilidad; pero si lo hiciese por interés, sería una infamia.—Y desapareció, entrándose por el postigo del jardin.

Félix al entrar en el cuarto de su amigo para desayunarse, quedóse espantado al encontrarle entregado á la desesperacion mas violenta.

Arrancábase los cabellos de sus hermosos y negros rizos, tiraba con rabia cuanto encontraba á la mano... rompia los muebles!

—¿Qué tienes, Ramiro? le preguntó.

Pero él solo repetia:

—¡Maldito sea el estado militar! ¡maldita esta dorada esclavitud! ¡maldito el coronel, tirano absoluto! ¡maldita la hora, en que con estas charreteras recibí una cadena, que no me es posible romper!

—Pero, hijo mio, le dijo Félix; nada comprendo de tus arrebatos.—¿Has tenido algun disgusto con el coronel?

—¡Ah! respondió Ramiro, ¡no se trata de disgustos, sino de la felicidad de mi vida!—Nada tengo oculto para tí:—¡toma y lee!

Dióle el billete de Laura, y Félix despues que lo leyó.

—¡Y bien! dijo.

—¡Y bien! replicó Ramiro; ¿no soy yo el mas desgraciado de los hombres?

—Estos renglones, contestó Félix, me hacian suponer lo contrario.

—¿No sabes, pues, exclamó Ramiro, que estoy nombrado de guardia para la avanzada?

Félix se echó á reir.

—¿Y es esa la causa de tu desesperacion? le dijo. Eso sí que es propiamente lo que se llama ahogarse en una gota de agua. Yo haré el servicio por tí; tú lo harás por mí cuando me toque.

Ramiro estrechó entre sus brazos á su amigo, diciéndole:

—Félix... Félix mio!... naciste para mi felicidad; eres mi providencia; un sér benéfico que siembra de flores mi vida. ¿Cómo podré yo jamás pagar tu ternura y tu amistad generosa?

—Pero ¿hé hecho yo alguna cosa, contestaba Félix, que no hubieras tú hecho en mi lugar, mi querido Ramiro?

Este no dió otra respuesta, que estrechar á su amigo contra su corazon tan lleno de amor y de amistad, como de esperanza y de gratitud.

———

Elevábase el sol sobre el horizonte con su magestuosa monotonía.

—Mucho te apresuras hoy, rubio mio, decia Ramiro, echándole una colérica mirada y deslizándose por la puerta del jardin, que María cerró con prontitud luego que aquel salió.

¡Qué dichoso se encontraba Ramiro! Estaba lleno de orgullo, de reconocimiento y enternecido. Todo su sér parecia haberse triplicado. Saboreaba en el profundo santuario de su corazon, cuantas emociones produce una verdadera pasion correspondida. Embriagado de felicidad, bendecia su suerte. En su éxtasis no reparó en el teniente de cazadores que salia á su

encuentro. Al verle quiso, haciendo el distraido, echar por otro lado. Mas el teniente se apresuró á unírsele, diciéndole:

—¡Cuánto me alegro de verte, Lérida! ¡te creia de servicio en la avanzada!

—Bien, ¿y qué? contestó Ramiro.

—¡Es una friolera! respondió el de cazadores.— Los ingleses han hecho una salida, y el comandante del puesto ha sido muerto.

Ved la antigua Sevilla sentada sobre una llanura, como una viuda en su poltrona. Vedla envuelta en sus viejas murallas, como en un manto Real desechado. Mirad al viejo Bétis besando sus piés, con la respetuosa galantería española. Oid cual le pregunta dónde están sus flotas que daban la vela, llevando á los Colones, los Corteses y Pizarros, al descubrimiento y conquista de un nuevo mundo, y volvian cargadas de plata y oro.—Sevilla suspirando le enseña sus barcos de vapor! ¡Oh progresos del tiempo!—Aproximáos.—Hablad con ella. Como vieja, le gusta hablar de las épocas de su juventud y grandeza.—Ella, pues, os llevará desde luego á su catedral. Os enseñará el cuerpo de San Fernando. Pero... arrodilláos... adorad... venerad con ella!... sino, estad seguros de que la vieja Sevilla no volverá á hablaros; no podríais comprenderla.

Despues la seguireis al Alcázar, palacio de Reyes, viejo y romántico como ella. En los baños de las Reinas moras, de Doña María de Padilla, es donde os contará en romances su historia, sus vicisitudes, sus triunfos, sus glorias y sus creencias;—y los ecos del palacio, habitado solo de recuerdos, repetirán sus palabras con sus aéreas bocas. En seguida os sentaréis con ella á la fresca sombra de floridos naranjos en las orillas del Bétis, y os hablará de sus hijos queridos: os recitará con mágia y encanto los versos tan bellos de Herrera, Rioja y Góngora; las hazañas de los Ponces de Leon y los Guzmanes, y os llevará de la mano á admirar las portentosas obras de su Murillo, su Velazquez y su Montañés.—La veréis jóven, ardiente, poética, exaltada: mas luego volviendo á su verdadero estado de mujer anciana, acabará por deciros suspirando: ¡Cómo han mudado los tiempos!

Saliendo por la puerta llamada de Triana, seguireis dos calles de árboles que conducen á los *Malecones*, que son unas gradas elevadas para precaver la ciudad de las inundaciones del rio, cuando éste sale de madre. Pasados aquellos, encontraréis una llanura llamada el Arenal; de donde sale el puente que conduce á Triana. Vereis en esta llanura una concurrencia elegante, dirigiéndose hácia la izquierda, donde principian los hermosos paseos, que adornan á Sevilla cual una guirnalda de flores. La vecindad del rio es quien sostiene ese lujo de vegetacion, esa multitud tan variada de flores que los embellecen; pues no pudiendo

ya enriquecer á su amada con tesoros, la adorna con flores.

A la derecha de la puerta de Triana. veréis la ***Plaza de Armas***, que hizo construir el General Marqués de las Amarillas. Los pilares que sostienen sus cuatro puertas, están adornados de un leon de bronce destrozando un águila; y hacen alusion á los nombres que llevan aquellas, que son Bailén, Vitoria, San Marcial y Albuera. ¡Honor al noble español, que eleva un monumento á la gloria de su Pátria!... que procura libertarla del injusto olvido donde la sepulta el culpable descuido nacional! que conservó en su corazon, verdaderamente patriótico, el recuerdo de esta gloria potente, elevada, sublime, que existirá en los venideros siglos, cuando yazgan en el olvido las disensiones domésticas que la hacen descuidar hoy!

———

Un domingo del año 1833, muchas damas adornadas con mantillas blancas, flores y cintas; muchos elegantes jóvenes, á pié y á caballo, se apresuraban á llegar al paseo. Dirigíase la alegre multitud á la izquierda, en tanto que á la derecha se observaba un contraste notable. Un misionero capuchino, subido sobre el malecon, predicaba á un gran número de gente del pueblo, que en pié y con la cabeza descubierta, formaban en derredor suyo un círculo á ma-

nera de abanico. A cierta distancia, un inglés apoyado en un árbol, dibujaba en su álbum el venerable rostro del capuchino. Un paisano, mirando el dibujo por encima del hombro del inglés, se sonrió y dijo con la franca cordialidad española, á quien basta una mirada para hacer conocimiento:—¡Por vida mia, que se parece, como un ojo de la cara á su compañero! Usted es un gran pintor, señor; y si vd. es inglés como pienso, muy ageno estará al mirar á ese pacífico y santo varon, de que haya echado quizás debajo de tierra á algunos de los abuelos de vd.

El inglés miró al español con admiracion, y éste le volvió á decir:—Si señor: ¡valiente espada era la suya el año 1782!—En el sitio de Gibraltar se distinguió mucho, hasta que... pero es historia larga.—Suplicóle el inglés se la contára, y el buen hombre que no deseaba otra cosa, le hizo la relacion que se ha leido.

Viendo—añadió por último el español,—con tanta claridad el dedo de Dios, que le castigaba con tan espantosa catástrofe, fuera de sí de dolor por haber causado con su criminal pasion la muerte de su amigo, D. Ramiro de Lérida, solo vió dos alternativas: morir ó hacer penitencia.—¡Gracias á Dios era cristiano, y tuvo valor suficiente para escoger la última!

El inglés miró ya con un nuevo interés al misionero.—Tenia, por decirlo así, el microscopio, que podia penetrar aquella cubierta, humilde y silenciosa.

Mas en vano buscó en aquel semblante, envejecidos surcos de lágrimas, un tinte de dolor, ó una mirada que denotase un recuerdo.—¡Todo habia desaparecido en aquella tranquila y venerable fisonomía! No era obra del tiempo esta total variacion; una elevada virtud habia desprendido de este mundo su corazon, y conducídole á aquella altura, en que segun el elocuente poeta Lamartine:

«¡Hasta el recuerdo huyó, sin dejar huella!»

FIN.

LA HIJA DEL SOL.

RELACION.

LA HIJA DEL SOL.



¿Est-ce vrai?—Oui; mais qu'importe?
BALZAC.

Tocaban á ánimas las campanas de la ciudad de Sevilla, y muchos corazones religiosos se alzaban al cielo en aquella hora dedicada por la Iglesia á recordar á los muertos. Todo yacia frio, silencioso, y triste en la invadiente oscuridad de una noche de diciembre: una espesa cortina de nubes cubria las estrellas, que son,—segun dice un poeta,—los ojos con que mira el cielo á la tierra.

En la sala de una de las hermosas casas de Sevilla, que los extranjeros llaman palacios, frente á una chimenea en que ardia y daba luz como una antorcha la alegre leña del olivo, estaba sentada una señora, sumida en los pensamientos graves y tristes, que in-

fundian la hora y lo lóbrego de la noche. No se oia sino el gemido del viento, que daba tormento á los naranjos del jardin, y que penetrando por el cañon de la chimenea, caia sobre la llama, á la cual abatia temblorosa, esparciendo ráfagas de vacilante luz por la estancia. Parecia que la soledad la abrumase; y cual si un génio benéfico se ocupase en prevenir sus deséos, abrióse la puerta, apareciendo en el umbral una persona cuya vista debió serle grata, puesto que al verla, hizo la señora un ademan y exclamacion de alegría, y se levantó para ir á su encuentro.

La recien entrada era una señora de edad, bajita, trigueña, cuyos ademanes animados y cuyos ojos vivos y alegres denotaban que los años habian pasado por aquella naturaleza juvenil y activa, sin doblegarla, y sin que su dueña los notase.

—Vaya, Marquesa, dijo la recien llegada, que para venir desde donde yo vivo hasta tu casa, se necesitan *amor* y *coche*.

—Te ha bastado el amor; ¡y cuánto te lo agradezco! Ahora conozco la verdad que encierra este refran: «amor con amor se paga.»—¡Salir en una noche como esta!

—¡Hija mia! no habia otra, repuso la amiga. ¿Sabes, añadió, que te he estado mirando por los cristales, y he visto que tienes un aire de languidez, segun dicen los poetas del dia, que maldito si te sienta bien? Si te hubiese visto tu amigo el Baron de Saint Preux, diria que echada como estás en tu sillon ante la chi-

menea, parecías la estátua de la Lealtad llorando ante la hoguera de un trono.

—Por fortuna, repuso riendo la Marquesa, el trono que arde aquí, lo fué siempre de un jilguero.

—Si te viese Joaquin Becker (1) le servirias de modelo para algun cuadro de la Viuda de Padilla, prosiguió la que habia entrado.

—Desahoga ese buen humor que rebosa en tí como la alegría en los niños, respondió con resignacion la Marquesa.

—Tu recomendado Sir Robert Bruce diria al verte, que lo que verdaderamente progresa en el mundo, es el *spleen*.

—Pero, amiga mia, replicó la Marquesa, cuando se tienen penas.....

—Si me hablas de penas, tomo el portante, interrumpió la señora: tengo una cáfila de ellas á tu disposicion, que me dejo en casa cuando salgo. Vengo á que nos distraigamos un rato en sabrosa plática, como dicen los buenos hablistas, exóticos ya entre nosotros. Dejemos las lamentaciones para Semana Santa.

—De ningun modo me entretendrías mejor y mas á mi gusto, repuso la Marquesa, que contándome la historia de aquella hermosa dama que debió á su extraordinaria belleza, el nombre por el que fué conocida.

(1) Ilustre pintor de Sevilla contemporáneo.
(N. del E.)

—¿La HIJA DEL SOL?... Verdad es, que prometí referírtela; y cierto es tambien que nadie te la podrá contar con mejores datos que yo, habiéndolos adquirido en la isla de Leon, teatro del suceso, donde pasé mi primera juventud, siendo mi Padre Capitan General del Departamento.

Sentáronse ambas amigas frente á la chimenea, avivaron el fuego, y la Marquesa se puso á escuchar con ansiosa curiosidad el siguiente relato.

«Quedó viuda la señora de*** con solo una hija, de tan maravillosa belleza, que mereció el dictado de la HIJA DEL SOL, por el cual era conocida. Crióla su Madre léjos del mundo, en silencio y soledad, velando incesantemente sobre su tesoro, hasta ponerla en manos del hombre digno y honrado, que uniéndose á la hermosa jóven, le dió su nombre y hacienda. Don A. F. era un hombre de mérito, y la HIJA DEL SOL se unió á él, sin desear y sin oponérsele la boda: siguió en esta ocasion el dictámen de su Madre, que nunca habia hallado oposicion en la dócil niña.

Gozaban hacía algun tiempo los esposos de una felicidad sin nubes, cuando un acaecimiento inútil de referir, obligó á D. A. F. á hacer un viage á la Habana.—Entónces rogó á su suegra que se encargase de su hija, y la llevase fuera de Cádiz durante su ausencia. Hacíalo, porque en aquella época—por los años de 1764—era Cádiz rica y poderosa, y el oro arrastraba en pos de sí, ese lujo, esos placeres, esas vanidades, esa embriaguez, y esas pasiones que son

su séquito ordinario. Para alejarse de este foco de seducciones y peligros, D. A. F. les suplicó que se trasladasen á la Isla, ciudad de arsenales y de marina, vasta y solitaria, porque Cádiz lo absorbía todo en sus cercanías.

Mientras un barco salia lentamente de la bahía de Cádiz, entónces animada como una feria, una berlina con cuatro caballos, cuyos cascabeles sonaban alegremente, corria por el arrecife que conduce de Cádiz á la Isla, y que se alza entre dos mares, que se unen tanto en las altas mareas, que entonces, más que camino, parece el arrecife, puente.

En la berlina se hallaban dos señoras, la una anciana, cuyo semblante expresaba cuidados y zozobras; la otra jóven y hermosa, cuyo rostro estaba bañado de lágrimas. Frente de ambas iba sentada una negra aun jóven, doncella y compañera desde su infancia de la que lloraba; la que por sus visajes, gracias y niñerías, logró que á una legua de Cádiz las lágrimas de su ama llegáran á secarse, y que una sonrisa reemplazase los suspiros que antes salian de sus lábios.

La isla de Leon es una ciudad larga y angosta, que se levanta blanca y brillante entre los montones de sal, como un cisne rodeado de sus polluelos. Tres cosas descuellan en ella, las palmeras de su arenisco suelo, el Observatorio de su sabia marina, y la cúpula de sus católicos templos. La Isla es triste como una bella muger, arrinconada por una feliz competidora;

ó mas bien, la Isla con sus arsenales, sus diques, sus cordelerías, sus astilleros y machinas, parece la muger del marino en su soledad, sentada en la playa y mirando al mar.

La berlina se paró delante de una hermosa casa, que como la mayor parte, era de piedra, y estaba solada de mármol, y cuyas puertas eran de caoba. Frente de la puerta de la calle se abria la del jardin. Precedíale una galería que formaban columnas de mármol, entre las cuales habian confeccionado los jazmines, las madreselvas y los rosales guirnalderos, columpios para mecer sus flores.—Caminitos de ladrillos dividian el jardin en cuatro partes. Las paredes desaparecian bajo un espeso velo de enredaderas. En el centro del jardin habia un cenador ó merendero tan espesamente cubierto por rosales de Pasion, que en lo oscuro y fresco, más que cenador, parecia gruta. En medio, sobre un pedestal, se hallaba un Amorcito de mármol, que con una mano escondia sus flechas, y con un dedo de la otra, que llevaba á sus lábios, imponia silencio.

En este merendero era en el que pasaba la HIJA DEL SOL largas y solitarias horas. Algunas veces le decia Francisca, su negra, despues de prolongados ratos de silencio:—Ese niño, mi señora, nos hace señas que callemos. Mas valiera que nos mandase hablar, pues lo vamos á olvidar. Mi amo tiene en el barco la mar, los vientos y los peligros: pero acá nosotras no tenemos nada sinó las flores.

La HIJA DEL SOL bostezaba y respondia.

—Mi marido piensa;

«que entre dos que bien se quieren,
con uno que goce basta.»

¡Asi pasaba su vida aquella muger, que, por desgracia, no habia sido enseñada á llenar su tiempo, y á ocupar su mente, y á la que pesaba la ociosidad, como al desvelado las tinieblas! Necesitaba la vida activa, para revolotear ligeramente y sin objeto, de flor en flor, como la mariposa.

Un dia estaba la hermosa solitaria sentada, abanicándose, en su ventana ó cierro de cristales. Francisca, echada en el suelo, se entretenia en teñir de azul con agua de añil el blanco perrito habanero de su señora.

—¿Sabe vd. mi ama, dijo de repente, que ese oficial, ese Brigadier de guardias marinas que nos sigue cuando vamos á Misa, se ha mudado aqui enfrente?

La HIJA DEL SOL, al oir á su negra, volvió la cabeza por un irreflexivo é involuntario impulso, y vió en el balcon de la casa á que Paca aludia, á un jóven, el cual aprovechando el instante en que ella fijó su vista en él, la saludó con la finura y gracia que ha distinguido siempre á los oficiales de la Marina Real.

La reconvencion que iba á hacer la HIJA DEL SOL á su negra, expiró en sus lábios al ver al jóven, en el que de sobra habia reparado anteriormente. Asi fué que Francisca prosiguió:

—Se llama D. Cárlos de las Navas; tiene veinte y cuatro años, y es el mejor mozo de la brigada. Es tan bueno y tan llano, que todo el mundo le quiere...

—Parece que estás muy impuesta en todo lo concerniente á ese caballero, dijo su ama interrumpiendo á la negra. Pero como todo eso ni me atañe ni me importa, guárdalo para tí y otros curiosos.

—Aqui tiene mi ama á su perrito mas azul que una pervinca, dijo la humilde muchacha para distraer á su ama.

Pero la HIJA DEL SOL no pensaba ni en el perrito azul, ni en su doncella negra. Dias habia que un gallardo jóven la seguia por todas partes: le veia en todas partes, en la calle, en la iglesia, en sus pensamientos, en sus sueños! Ahora se le encuentra alojado frente á su ventana; se le han nombrado; se halla casi en relaciones con él, por medio de un saludo que no ha podido excusar!

Demás está el que se añada que las Navas, que fué uno de los mas cumplidos caballeros de su época, al ver á la HIJA DEL SOL, habia concebido por ella, una de aquellas pasiones, que en tiempos en que no absorbia la política completamente á los hombres, henchian y exaltaban sus almas á punto de intentar lo imposible, movidos por ellas.

Mucho tiempo fueron inútiles todas sus gestiones; porque á la HIJA DEL SOL habian sido infundidos principios religiosos, que si no siempre alcanzan—en vista de la fragilidad humana—á evitar una culpa, siem-

pre llegan á enmendarla ó á corregirla. Las Navas estaba desesperado; la HIJA DEL SOL por su parte habia trocado su anterior tranquilo fastidio por un constante dolor que la consumia. Francisca, la negra, llena de compasion por los sufrimientos de ambos, y cediendo á sus instintos de raza incivilizada, sin reflexionar en la culpable causa de estos voluntarios sufrimientos, ni en las trascendentales consecuencias de su necia complacencia, cedió á los ruegos de las Navas, y una noche, en que estaba su ama tristemente sentada en el cenador del jardin, le abrió una puertecita que éste tenia, y que daba á la *Albina*, sitio solitario y pantanoso que se extiende entre la Isla y el mar.

Es una verdad muy conocida, la de que el primer paso es el que cuesta. La puerta que tan imprudentemente abrió la negra, lo fué ya cada noche. En aquella galería, poco ha tan sola y vacía, entre aquellas flores, poco ha tan desdeñadas, á la claridad de aquella luna, poco ha tan desatendida, pasaban los amantes noches de encanto, y cuya felicidad adormecia hasta á la conciencia. De esta suerte pasó un año.

Entonces acaeció, que el Capitan General del Departamento, qne habia ido á Jerez, murió allí repentinamente: toda la Brigada de guardias marinas tuvo que trasladarse á aquel pueblo, para acompañar el entierro. Esta ausencia—por corta que fuese—causó un vivo dolor en dos séres que habia un año que no podian vivir sino en la misma atmósfera, y para los

cuales era la ausencia un compuesto de dolor, de inquietud, de ansiedad, de temor y de celos.

En la noche del segundo dia, estaba sentada la HIJA DEL SOL en la galería de su jardin: Francisca lo estaba á sus pies. La luna se levantaba pura y tranquila, como un corazon exento de pasiones y de inquietudes.

—Mi ama, dijo Francisca poniéndose de un salto en pié, ahí está el señorito de las Navas, ¿no ha oido su mercé la señal?

—No es posible, Francisca; respondió azorada y con corazon palpitante la HIJA DEL SOL.

—Escuche, mi ama, escuche, repuso la negra.

La HIJA DEL SOL aplicó el oido, y oyó distintamente el silbido particular que usabá las Navas para darse á conocer.

Francisca corrió á buscar la llave del postigo, corrió hácia él, lo abrió, y las Navas envuelto en su capa entró con pasó acelerado.

Pero Francisca no pudo volver á cerrar el postigo, porque le empujaron dos hombres que entraron y siguieron á las Navas.

Sobrecogida de un asombro que la paralizó, la negra no pudo ni moverse, ni gritar. Los que habian entrado alcanzaron á las Navas; y ántes que pudiese defenderse ni parar el golpe, le clavaron sus puñales en el pecho. Las Navas cayó sin dar un gemido; cuando le vieron tendido en el suelo, los asesinos huyeron.

Por algun tiempo, el mas profundo silencio siguió reinando en aquel lugar, mudo testigo de la catástrofé. Francisca permanecia paralizada bajo la doble impresion del espanto y del horror. La HIJA DEL SOL yacia desmayada sobre las gradas de mármol de la galería; las Navas no daba señal de vida! La luna plateaba tranquilamente este cuadro, y las flores lo embalsamaban.

Al cabo de un rato, vuelta Francisca en sí por la activa angustia que sucedió á su pánico espanto, vuela hácia su ama, á quien mira ya deshonrada y perdida: la coge en sus brazos, la despierta, la anima.

—¡Ama mia! ¡ama mia! exclama; sois perdida si aquí hallan á ese cadáver!—Ama mia, vuestra honra y vuestra suerte dependen de lo que podamos hacer en estos momentos; ¡y son contados! Es preciso sacar de aquí ese cadáver que os compromete.—Valor, mi señora, valor! si no lo haceis por vos, hacedlo por el amo!—Saquemos de aquí ese cadáver para evitar el escándalo y la afrenta. Ayudadme á arrastrarlo á la Albina; que yo no puedo hacerlo sola!

Y la valerosa negra arrastra á su infeliz ama, y la obliga á ayudarle á arrastrar el cadáver á la *Albina*,

—¡Basta! que no puedo mas! gemia su ama.

—¡Más todavía, mi señora! replicaba con angustia la negra; ¿quereis aparecer ante los tribunales?

Y las dos, dominando su dolor, su asombro y su flaqueza, volvian á coger el yerto cadáver para alejarlo más de allí.

Despues Francisca, sosteniendo á su señora, la

arrastra á su cuarto, la acuesta; vuelve al jardin, echa agua sobre las manchas de sangre, y hace desaparecer todo rastro, todo vestigio de aquel lúgubre crímen, con esa energía hija del cariño, que es la mas perseverante.—Regresa al lado de su señora, y al verla tendida, tan blanca y tan inmóvil como si fuese aquel lecho su féretro, cae de rodillas, y elevando hácia su señora sus temblorosas manos, prorumpe en sollozos exclamando:

—¡Ama mia, yo os perdí!

—No, Francisca, no, murmuró su señora; me has salvado!—Y echando uno de sus brazos de marfil al cuello de ébano de la esclava, la atrajo á sí prorumpiendo en sollozos.

—Ya viene el alba, dijo poco despues Francisca, que fué á abrir las ventanas, como para poner cuanto ántes fin á aquella espantosa noche!

Por más que digan los poetas,—que por lo regular no conocen al alba sino de oidas,—el alba es triste. Cuando el dia cae, todo se prepara al reposo; al alba todo se prepara al trabajo y al sufrimiento! La luz del dia alumbra á una ciudad muerta; tanto brillo en el cielo y tanto silencio en la tierra contrastan penosamente!—La HIJA DEL SOL bella y silenciosa, se parecia á esa madrugada sin vida.

Francisca la obligó á levantarse y á sentarse en su cierro de cristales, como tenia de costumbre, para evitar toda sospecha. Francisca entraba y salia en el gabinete.

—¿Qué se dice? le preguntaba su señora á media voz.

—Todavía nada, respondía Francisca en el mismo tono.

—¡Dios Santo! ¡Ese cadáver abandonado! gemia infeliz.

Francisca cruzaba las manos y le hacia seña de que callase, señalándole á su Madre, que rezaba tranquilamente sentada en el canapé.

De repente, se oyeron los brillantes y animados sonidos de la música militar. Era la Brigada de marina, que regresaba de Jerez.

Cada nota de la música, que tantas veces habia oido cuando precedía á la Brigada, y á su cabeza venia el hombre á quien amaba, y que ahora yace muerto y abandonado cadáver en la Albina; cada una de estas notas es un puñal que se clava y destroza el corazon de la infeliz mujer, en la que hasta su dolor es un delito!

De repente, aquella mujer que gemia, quédase muda; sus ojos se abren espantados y fijos, un temblor convulsivo se apodera de ella, y solo tiene accion para estender el brazo con un ademán lleno de espanto hácia la calle. Francisca se arrojó al cierro, y sigue con la vista la direccion que indican el brazo y las miradas de su ama, y vé..... vé á las Navas á la cabeza de su Brigada, que en aquel instante alza la cabeza, sonrie y saluda alegremente á su amada! Francisca da un grito, y cae sin sentido: la HIJA DEL

SOL fuera de sí, clama al cielo pidiendo misericordia: refiere á voces los acaecido aquella noche. La creen loca, y su madre manda llamar á un facultativo; pero Francisca, vuelta en sí, confirma la relacion de su ama. Van á la Albina; pero allí no se halla cadáver alguno: preguntan á las Navas; éste no ha faltado, no ha podido faltar de Jerez, lo que confirman unánimes sus compañeros.

La HIJA DEL SOL, despues de restablecida de una larga enfermedad, escribe á su marido, se confiesa culpable, le ruega que la perdone y le dé licencia para entrar en un convento á hacer penitencia. El marido le dá esta licencia, la bula es otorgada; y la HIJA DEL SOL entró y profesó en las Descalzas de Cádiz, en el que, despues de una vida ejemplar, murió como una Santa. Francisca la siguió al convento.»

—¿Y cómo se explicó eso? preguntó con profundo interés la Marquesa á su amiga, cuando esta hubo concluido.

—Esto no se explicó NUNCA para los incrédulos; pero sí MUY LUEGO á las almas creyentes, respondió su amiga.

NOTA. Esta Relacion es verídica. La HIJA DEL SOL nació en 1742, y murió monja Descalza en Cádiz, en 1801, á los cincuenta y ocho años de edad. El señor D. Francisco Micon, Marqués del Mérito, compuso á la HIJA DEL SOL, cuando profesó, el siguiente soneto,

que si bien no tiene mucho del título de su autor, puede servir de comprobante á lo referido.

A LA HIJA DEL SOL.

SONETO.

Ya en sacro velo esconde la hermosura
En sayal tosco garbo y gentileza
La HIJA DEL SOL, á quien por su belleza
Asi llamó del mundo la locura.
Entra humilde y contenta en la clausura;
Huye la mundanal falaz grandeza:
Triunfadora de sí, sube á la alteza,
De la santa Sïon, mansion segura.
Nada pueden con ella el triste encanto
Del siglo, la ilusion y la malicia;
Antes los mira con horror y espanto.
Recibe el parabien, feliz novicia,
Y recibe tambien el nombre santo
De HIJA amada del que es SOL DE JUSTICIA.

FIN.

INDICE.



OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.

RELACIONES

POR

FERNAN CABALLERO.

SEGUNDA PARTE.



MADRID: 1861.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE DON F. DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

PRÓLOGO.

Natural parece, al escribir un prólogo para FERNAN CABALLERO, probarse en el empeño de hacer un juicio crítico de este autor, sometiendo á detenido exámen, ora la índole de su talento, ora la importancia de sus obras. Pero si asi generalizásemos el asunto de nuestro trabajo, diríase con razon que usurpábamos parte de su terreno á escritores mucho mas aptos, con quienes compartimos la honra de sacar á luz los volúmenes de la coleccion presente. Fuerza es, pues, concretarnos al tomo que tenemos á la vista, y buscar si hay en él algunas circunstancias, de poca ó mucha monta,

que dándole carácter propio, merezcan ser aquí mencionadas.

¿Las hay realmente?

Segun la intencion del autor, los escritos contenidos en este tomo forman, en efecto con CALLAR EN VIDA Y PERDONAR EN MUERTE, un grupo aparte en la coleccion de sus obras. Las otras son NOVELAS DE COSTUMBRES, mientras que estas no pasan de meras RELACIONES. Y así como en el prólogo añadido á CALLAR EN VIDA por religiosa y bien cortada pluma, se fijaron satisfactoriamente los caractéres distintivos de tal linage de composiciones, asi ha querido ahora explicarnos el autor en persona lo que al escribirlas se ha propuesto. He aquí sus propósitos. Ha querido trazar *calamo currente* algunos desenfadados rasgos, para tornar con mayor apacibilidad á sus delicadas y prolijas labores, á sus análisis del corazon y á sus investigaciones psicológicas. La pluma acostumbrada á deleitarnos desarrollando en lenta gradacion *afectos y caractéres*, necesitaba distraerse, reduciendo todo su quehacer á ser atropellada narradora de *sucesos*. Tal es el sello con que, entre los demas, quiere distinguirse el volúmen hoy ofrecido al público. En otras obras, aspiraba el autor ante todo á reproducir con bellas tintas la verdad, sorprendida á fuerza de concienzudos estudios: ahora juzga que

puede—¿quién lo diria?—*emanciparse de la estricta probabilidad*, tendiendo, como tienden, estas RELACIONES á *causar efecto* (1).

—¡Oh sorpresa! El autor de la GAVIOTA abandona tambien sus serenas regiones, para descender al resbaladizo terreno de los novelistas vulgares! Se echa á caza de *efectos*, y para conseguirlos, ni aun el desentenderse de la *estricta probabilidad* le arredra! Aquella sensatez instintiva, y aquella exquisita gracia, y aquel horror de lo ampuloso, y aquel característico desden de todas las bellezas convencionales, habrán de codearse en la calle con el *savoir faire* del folletinista, que arma su tinglado, y rompe en contorsiones para divertir á los transeuntes! ¡Tan fuerte es la tentacion de gustar el fruto prohibido, que no halló resistencia ni aun en ese juicioso ingenio, ni aun en esa purísima fantasía!—

No hemos dicho tanto. Tranquilícense, pues, los asustadizos y desengáñense aquellos á quienes pudiera ser grato ver enriquecido con un nombre más el catálogo de los maestros zurcidores de emo-

(1) «Las RELACIONES pueden en favor de su tendencia á causar efecto, emanciparse con mas desenfado que las novelas de costumbres, de la estricta probabilidad, sin adulterar su esencia, sin faltar á su objeto.»—Asi dice el autor en las DOS PALABRAS que dirige al lector en este mismo tomo.

ciones fuertes, espeluznadoras, rufianescas, ó sentimentales. Precisamente lo que dota de particular interés á este tomo es el presentar patente, en cada página, que la vocacion del autor resiste á toda prueba, que su *personalidad* es positiva é inalterable.

Hay que considerar las RELACIONES bajo dos aspectos, para discernir hasta qué punto es capaz FERNAN CABALLERO de consultar los gustos dominantes, al arrojar sus libros como pasto á la voracidad del público. Hay que examinar primero los asuntos, y despues el desempeño.

En cuanto á los asuntos, se puede convenir en que el autor, aun confesándose tímido (1), ha hecho algunos esfuerzos para cumplir su nuevo programa. Trata de amoldarse á las condiciones del género, ensanchando un tanto la esfera de *la probabilidad* en que accionan sus personages. No se limita á referir hechos comunes, engalanándolos con las poéticas medias tintas que la observacion y el sentimiento ponen en su rica paleta; antes procura mantener suspenso el ánimo del lector y difundir corrientes de vida á todas las partes del

(1) «No obstante,—dice el autor en su advertencia á los lectores anteriormente citada,—aun para la creacion de las Relaciones, nos confesamos tímidos, como tan instintiva é imprescindiblemente apegados á la verdad.»

relato, con la interpelacion de otros sucesos tan interesantes por sí mismos, como por el acierto con que están presentados. Hechos de posibilidad incuestionable como los anteriores, pero de mas bulto, mas extraordinarios en la vida real. Y es fuerza conceder que apenas hay RELACION cuyo argumento no descanse sobre alguna singularidad de semejante especie.

El de JUSTA Y RUFINA versa sobre el trueque fraudulento y poco comun de dos criaturas en la cuna. La diabólica maraña de una mujer, que presenta á los abrazos de su esposo el hijo ageno, como nacido en su propio tálamo, sirve de base á NO TRANSIGE LA CONCIENCIA. Rodean de interés á FLOR DE LAS RUINAS su desenvuelta declaracion de amor al forastero con quien topa en la calle, y las reticencias no menos singulares que coronan tan atrevido paso: en tanto que la muerte del ventero suspende sobre MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA nubarrones de sangre, á cuyo maléfico influjo van surgiendo extraordinarios lances, que para producir estrepitosa conmocion en las tablas, solo necesitan que algun mañoso dramaturgo los ponga en diálogo. El EX-VOTO es mas que extraordinario; dejándonos entrever la intervencion directa de Dios, marca el tránsito de lo humano á lo sobrenatural. En fin la HIJA DEL SOL avanza to-

davía en esta senda, y nos cuenta sin ambages, un verdadero milagro. Restan Los dos Amigos, en que ni hay hijos falsos, ni damas misteriosas, ni asesinos transformados en jueces, ni prodijiosas muestras del poder divino: pero aun en esa breve y sencilla leyenda se puede traslucir sin violencia la voluntad de hacer al género algunas concesiones. Y cierto que son acaso las que mas suspenden nuestra mente hasta llegar á la catástrofe. ¡Cómo! Fernan Caballero nos refiere adúlteros amores, y su pluma, constante defensora de las causas buenas, no tiene un rasgo para vengar la Religion ultrajada! ¡Y esparce en torno de tan criminal galanteo las suaves flores de su estilo, que solo pertenecen á los sentimientos lícitos! Mas llega el desenlace, y gracias á esta falta de preparacion, el castigo providencial que sobreviene, sorprende á los lectores con tan inesperado sacudimiento como al mismo que lo sufre.

Así procura Fernan Caballero realizar sus novísimos propósitos. Pero resta la segunda parte. Falta saber si á esta mitad de su tarea, mitad que se elabora con premeditacion, corresponde el desempeño, siempre mas independiente de la voluntad del escritor, y por consiguiente, mas expontáneo.

Si el autor de las Relaciones pudiese cambiar

de naturaleza, como cambia los asuntos de sus cuadros; si como pasa en sus pinturas, de la virtud al vicio, de lo alegre á lo triste, y de lo comun á lo insólito, pudiese convertir su espíritu alternativamente de exacto en falso, de delicado en grosero, de perspicaz en bizco! ¡Entonces si que valdria para adaptarse, segun las circunstancias, al instable capricho del vulgo de los lectores! Mas por fortuna, no habiendo variado la índole de su talento, ni de su corazon, ni de su fantasía, el desempeño de cuanto se proponga hacer tiene que llevar ese triple sello. El artífice es el mismo.

El autor es siempre Fernan. Su originalidad le fuerza á escribir como Dios le da á entender, segun sopla el viento de su capricho, curándose poco del público, curándose menos del simétrico desarrollo de su asunto, sin otra idea fija que ser siempre cristiano y español, sin mas pretension que arrancar lágrimas ó sonrisas cuando buenamente venga á cuento, tratando, en fin, de aparecer sencillo y huir de la vulgaridad, que consiste en desquiciarlo, abigarrarlo y estremarlo todo.

Así tiembla él, como cobarde criatura, en cuanto sobreviene, empujada por su rápida pluma, una situacion horripilante ó sentimental!.... y de un solo trazo la convierte en situacion tierna, ó noble, ó apacible, dejando chasqueado con

tan miserable remate al lector novelero, que ya se cebaba en su sabrosa presa. Y en tanto los diestros del *oficio*, los que de doctores se precian en esto de saber *sacar* partido, lamentan la impericia del autor y critican las extravagantes salidas de sus personages:

—Tú, conde de Alcira, ¿cómo nos arrebatas un estrepitoso desenlace, llevándote á la tumba tu secreto?

—Tú, Justa de Villamencía, ¿por qué no reconoces en la iglesia á tu hija moribunda? ¿por qué la ves morir, y te vuelves á casa, y permites ¡cruel! que acabe el cuento, sin prorumpir en el patético grito de *¡Hija mia!*

—¿Tan faltos estaban de gacetillas los periódicos de Nueva York, que no has podido menos de marcharte á morir oscuramente en un garito americano, oh Juan Luis Navajas?

—Y tú, Gaspar Camas, ¿en nombre de qué principios del arte novelesco, te limitas, como un Cura de aldea, á cumplir heróicamente tu deber, y armar el menor ruido posible en la accion donde figuras? Jamás nos pagarás la magnífica escena de que, oyendo silencioso en confesion al asesino de tu Padre, miserablemente nos defraudas. O ya que te empeñaras en ser interesante por esas clericales pequeñeces, orlaras á lo menos tu túnica

de mártir del sigilo sacramental con randas y ribetes de melodrama! Hubieras escrito tú el FUGE, LATE, TACE, que libra á tu ofensor de la justicia: ó vinieras adrede de las Indias para auxiliar en el camino del suplicio á tu inocente hermano. Asi se fabrican las *emociones fuertes*..

—Y vosotros, muchedumbre de séres episódicos que pululais al calor de una vehemente fantasía, como insectos á los rayos del sol tropical: Mister Hill, Mister Hall, Mae Juana, la Ex-administradora, viejas que cuentan cuentos, chiquillos que echan relaciones; gatos, perros, gallos, grillos, cabras, ¿qué venis á hacer aquí? ¿Qué derecho teneis para embargar la mitad de estas páginas con pueriles acciones é insulsos dicharachos que nada añaden ni quitan al *interés* de la fábula, ni á la sabia *concatenacion* de los sucesos? ¡Jamás se ha visto un modo semejante de hacer novelas!—

Y asi es la verdad. ¡Rebelde naturaleza tiene este novelista! ¡Pensar que, con un poco de sumision á sus pedagogos, podria literalmente abrumarnos á fuerza de sensaciones enérgicas, y enseñarnos por añadidura que una Madre debe conocer al fruto de sus entrañas aunque nunca le haya visto; que un Padre, á quien su esposa engaña, tiene obligacion de contárselo á los chicos; que el Cura que cumple humildemente su deber es un

menguado; y que todo asesino que se deja asesinar hace mal, siempre que esto suceda en los Estados-Unidos, entre tantos y cuantos grados de latitud norte! ¡Pensar que está desperdiciando, llevado de no sé qué amor á lo verdadero y lo sencillo, una ocasion mas de predicar al mundo que el sentimiento del deber es fastuoso, la virtud amanerada y cacareadora, la sensibilidad sentimentalismo, la verdad novela, y Dios justiciero un calculador de efectos! Pero... ¡vaya Vd. á corregir al bueno de FERNAN CABALLERO, á quien sus mas encarnizados detractores habrán de conceder, por lo menos, el soberano tédio que le inspiran los triunfos conseguidos por *receta!* El desciende á la palestra, fiándose en su instinto bueno ó malo, y *esgrime a lo colchonero*, segun la expresion del romance, sin dársele un ardite de todos los *científicos Arquimedes.*

De donde resulta que el tratar en el presente libro asuntos algo diversos de los que en otras ocasiones ejercitaron su ingenio, no ha servido para oscurecer sus cualidades, sino quizás para ponerlas, por el contraste, más en relieve. En momentos en que sufren alguna violencia, es cuando se prueban los instintos bastante arraigados para no cambiar, como veleta, á cualquier viento. Entonces escupe la víbora su veneno; entonces el noble

y elegante habitador de los bosques, el acorralado ciervo, fiel á su innata mansedumbre, alza los ojos al cielo, y llora!

¿Qué importan los peligros á que el autor se arriesga, relatándonos lances maravillosos ó terroríficos?—La ternura, la sensatez, la gracia, la aficion á los pormenores bellos, el inocente donaire propio de almas alegres y buenas, la naturalidad á quien espantan lo campanudo, lo chillon y lo enfático, vuelan en torno de la pluma de Fernan, prodigándola sus dulces inspiraciones, apartándola de groseros tropiezos, impeliéndola ó parándola á su antojo. Y en vano se aventuraria la imprudente en empresas cien veces mas análogas á las de los novelistas al uso; porque esos geniecillos benéficos, pese á los esfuerzos de su protegida para hacer *efecto*, habrian de entonarla el cantar viejo:

Si os pesa de ser querida,
yo no puedo no os querer:
¡pesar habeis de tener
mientras os dure la vida!

De suerte que las mas sábias averiguaciones acabarán por dejar establecida, acerca de este volúmen, la siguiente verdad:—Se parece á los anteriores como un hermano á su hermano gemelo. Cuando más, recordará por la gentileza del con-

traste entre algunos de sus incidentes y el tono general que en él domina, aquellos cuadros á la manera de Watteau, en que se figuran mofletudos niños cargados de arréos soldadescos, ó de diplomáticos pelucones, discutiendo en grave actitud, ó manejando arrogantemente la espada.

¿Se quiere que hablemos ahora de los desaliños de frase, ó de la languidez, hija de su candor, á que á veces propende este amable ingénio? Eso no lo haremos nosotros, que por las razones expuestas al principio tenemos que irnos á la mano en el estudio de sus buenas cualidades.

Preferimos concluir convirtiendo la vista á lo que constituye el principal mérito de FERNAN CABALLERO, Escritas por sábios y respetabilísimos sacerdotes (1) tenemos delante cartas, en que se leen los renglones siguientes:

«Estoy enamorado de la fé de FERNAN: el celo y la caridad brotan de su blanda pluma.»

«Casi me atreveria á adivinar que algunos de los toques que mas embellecen sus obras, le han sido inspirados orando.»

Y añade otro:

(1) El temor de ofender su modestia, nos obliga á callar el nombre de las personas á quienes se deben estas cartas. Todas fueron dirigidas á un amigo nuestro, y no al autor, que nada supo de ellas, ni sabe ahora que están en nuestro poder.

—«Si me hallase dotado de los talentos del autor, me dedicaria decididamente á escribir en este género, del mismo modo y en la misma forma que él lo hace. Y esto aunque fuese omitiendo algunos ejercicios de mi santo ministerio. Tan persuadido estoy del incalculable fruto de novelas escritas como el EX-VOTO!»

Consolador es pensar que, cuando tantos escritores sin conciencia, y tantas sentimentalescas escritoras obtienen tristes triunfos trastornando las mas claras nociones de lo bueno y de lo malo, adulando las pasiones bastardas y envenenando las creencias, única fuente de felicidad humana, hay almas escogidas que, en premio de su celo por el bien de sus semejantes, merecen recibir de los ministros del Señor tan lisonjeros estímulos y tan expresivos encomios.

A esos autorizados testimonios ¿qué fuerza añadirian nuestras insignificantes palabras? ¡Dichoso aquel que puede, trenzando las lozanas flores de su ingenio, formarse una guirnalda con que entrar coronado en el cielo! ¡Dichoso aquel de quien,—como de FERNAN CABALLERO,—se puede decir indistintamente que sus obras son buenos libros y buenas acciones!

EDUARDO G. PEDROSO.

DOS PALABRAS AL LECTOR.

Las composiciones que los franceses y alemanes llaman *Nouvelles*, y que nosotros, por falta de otra voz mas adecuada, llamamos Relaciones, difieren de las novelas de costumbres (*romans de mœurs* que son esencialmente análisis del corazon y estudios psicológicos) en que se componen de hechos rápidamente ensartados en el hilo de una narracion; esto es, en que son *aguadas* en lugar de miniaturas como las antedichas.

Las Relaciones pueden, en favor de su tendencia á *causar efecto*, emanciparse con mas desenfado que las novelas de costumbres de la estricta probabilidad, sin adulterar su esencia, ni faltar á su objeto.

No obstante, aun para la creacion de las Relacio-

nes nos confesamos tímidos, como tan instintiva é indesprendiblemente apegados á la *verdad*, de la que decia Diderot:—si bien con un símil que no hubiéramos hecho nosotros—«que es la trinidad en las artes, dimanando de ella el *bien*, que engendra lo *bello*, que es el espíritu santo.» Cierto es que en lo *verdadero*, cabe mucho; pues asi como para las cosas espirituales nos muestra aquel sublime y resplandeciente campo que ha hecho Dios, el cielo y las cosas celestiales; muestra tambien inmensurables abismos de culpas y desastres, que han hecho los hombres. Allí sol, luz, paz, pureza y bendiciones; aquí sangre, delitos, gemidos y blasfemias! Allí la misericordia y la compasion; aquí la crueldad, la soberbia, el ódio y la venganza! Esta reflexion que hemos hecho, nos recuerda que á algunos les parece que están las nuestras de más en lo que escribimos. Mas no por eso las dejarémos de hacer; puesto que entendemos que es la ética parte tan esencial en la novela, que si esta le faltase, podria colocársela en la categoría de un culto, fino *Tutti li mundi*.

Hásenos echado en cara tambien el hablar de Dios con respeto y énfasis. A lo que solo opondremos la sencilla reflexion, que en parecidas circunstancias hizo un antiguo autor: «¡cómo si no se pudiese decir

de las buenas doctrinas, mejor que del dinero, que siempre vienen al caso!»

No podemos menos de citar aqui unas palabras del periódico *La Esperanza*, en su número del 6 de enero de 1855: «Mas valor se necesita hoy, dice, para mostrar celo por el catolicismo, que para desdeñarlo y hostilizarlo, haciendo ostentacion de indiferencia y de impiedad.»

JUSTA Y RUFINA (1).

CAPITULO I.

Lo bello es lo que agrada á la virtud docta y culta.

DE MAISTRE.

Ni los Padres que forman á sus hijos segun ellos mismos, ni los preceptores que pretenden desenvolver solo las inclinaciones naturales, logran sus fines. De este conflicto eterno entre la naturaleza y la vida, se puede inferir que hay una mano poderosa y oculta, que educa tanto á las naciones, como á los individuos.

SCHLOSSER.

La vida presente no es sino una transicion, una prueba, pero no un término.

DESNOIRESTERRES.

(1) Es de notar que en esta *Relacion* no actúan más que mugeres, asi como en la que se sigue, y lleva por título *Mas largo es el tiempo que la fortuna,* actúan únicamente hombres.

La hermosa y distinguida Marquesa viuda de Vilamencía, sentada en el cierro de cristales de su gabinete, fijaba su triste y lánguida mirada en su hija, que en medio de la habitacion estaba jugando con otras criaturas de su edad. Esta niña, que tenia cinco años, era el tipo de una pequeña *wilis*, con su tersa y alba tez y sus rubios cabellos, que flotaban en gruesos rizos sobre sus espaldas desnudas; las miradas de sus ojos azules eran tan dulces, que se volvian tristes cuando se fijaban. No siempre es dulce la tristeza; pero la dulzura por lo regular es triste, puesto que siempre se siente oprimida por la fuerza, ó lastimada por la soberbia, ó herida por la dureza, ó acongojada por la lástima.

Frente á esta niña habia otra como de siete años, cuyo tipo era vulgar. Su rostro era basto y moreno: sus ojos negros y grandes hubiesen sido bellos, si la mirada audaz, curiosa, sostenida y molesta que les era propia, y que con desenfado clavaba su dueña en cada persona y en cada objeto, no los hubiese hecho sobremanera desagradables y repulsivos.

Al lado de la Marquesa estaba sentada una de esas personas, de que con tanta propiedad se ha dicho, que quitan la soledad y no dan compaña: entes pesados, inoportunos, que abruman y fatigan como el calor; ¡y tan nécios que no lo conocen! Era esta una señora, viuda hacia muchos años de un administrador de loterías, el que al casarse con ella, se habia adjudicado á sí mismo el premio grande. Dicha seño-

ra conocia á la Marquesa desde jóven, y la trataba, no solo con la confianza que se tomaba en todas partes sin que se le diese, como una instintiva y genuina socialista, sino tambien con cierto aire é ínfulas preceptorales.

—¡Válgame Dios, Marquesa, le dijo. Siempre estás triste! Si es por que se murió tu marido, ¿eso ya qué remedio tiene? Si es por que tu hijo es un cena á oscuras, es hácia la cola y no quiere estudiar, consuélate con que no es el solo de su jaez: si es por que te sientes enferma, tampoco es ese un motivo para estarlo, porque las gentes enclenques viven tanto ó mas que las robustas.

¡Qué don de decir cosas desagradables tienen algunas personas! ¿Don dijimos? Pues dijimos mal. Debimos decir *falta:* falta de educacion, falta de finura, falta de delicadeza, falta de benevolencia, y sobre todo, falta de bondad! El primer *deber* (ya que *impulso* no sea) que tenemos en nuestras relaciones con el prójimo, es pensar bien de él; la primera regla de finura y de delicadeza en el trato social, es demostrárselo así. Los malévolos juicios y su grosera expresion, denominados hoy *mundo* y *franqueza*, conseguirán al fin el que sea nuestra sociedad mil veces peor y mas díscola que la de los Hotentones. ¡Y se habla mucho, mucho, de cultura y de civilizacion! sí, ¡como el ciego de los colores!

La Marquesa, que era una muger fina, se contentó con responder al impertinente apóstrofe de la administradora:

—Me duele la cabeza.

—Ya, repuso la visitadora, no es extraño; con el ruido que están haciendo esas niñas!...

—¡Pues si apenas hacen ninguno! dijo la Marquesa; ademas, si lo hiciesen, no me molestaria: la presencia de mi hija es todo mi encanto, toda mi alegría, todo mi recreo.

—¡Anda con Dios! repuso la viuda, en lo que concierne á tu hija; Justita es una buena niña, dócil y bien mandada. Pero lo mismo toleras á esa Rufina, que bien se la puede decir Rufiana, tan suelta de ademanes como de lengua, tan mal encarada como carilantera. No sé cómo la puedes sufrir á tu lado, ni tolerarla al de tu hija.

—La he criado á mis pechos, respondió la Marquesa; y quizás por eso le deba la vida, pues cuando nació muerto mi penúltimo hijo, la subida de la leche me puso á morir.

—¡Por cierto que tuvieron buena ocurrencia entonces, de traer para que la criases, una criatura del hospicio! dijo ágriamente la áspera viuda.

—Yo así lo exigí por muchas razones, señora.

—¿Y cuáles eran estas? ¿me lo querrás decir? Pues no acierto cuáles pueden ser.

—La primera, contestó la Marquesa, fué la seguridad de que no pudiesen arrebatarme mas adelante la criatura qne habia alimentado á mis pechos. La segunda, fué hacer una obra de caridad, dando Madre al pobre ser que no la tenia.

—Esos sentimientos, dijo la ex-administradora, son muy bonitos impresos en novelas. Pero en la práctica lo que dices es cháchara, y no se puede uno en el mundo guiar por ellos, pues hacen cometer imprudencias que luego pesan.

—Pero, señora, (dijo la Marquesa al fin, cansada del atrevimiento de una persona que tan ágriamente compensaba los beneficios que de ella recibia, y con tanta inconveniencia le reprendia la caridad que con otro ejercitaba)—lo que estais diciendo son vulgaridades sentenciosas, que son las mas insoportables de todas; axiomas á lo Sancho Panza; fallos infalibles de escalera abajo. Si para hacer el bien, tuviésemos una seguridad de que de ese bien nos resultaria provecho, ¿dónde estaria el mérito de hacerlo? Cada dia vemos á los pobres sacar niños del hospicio, apegarse á ellos, prohijarlos y amarlos como propios. ¡Triste es decirlo! añadió la Marquesa suspirando; pero el pueblo nos da contínuamente ejemplos de caridad. Los ricos somos los que no conocemos la verdadera generosidad, puesto que esta no consiste en dar una moneda, sino en hacer el bien sin cálculo. ¡Qué perfectamente ha dicho Balzac, que la «avaricia empieza donde acaba la pobreza.»

—¡Toma! contestó la viuda, los pobres lo hacen, porque cuando son mayores los niños, les ayudan con su trabajo.

—¡Señora, por Dios! cuando esos niños son mayores, ó salen soldados, ó se casan; bien lo sabeis.

En seguida se dibujó en el rostro de la Marquesa una amarga sonrisa, y añadió á media voz como hablándose á sí misma· ¡No hay flor en la naturaleza material, que no marchite el solano; ni hecho noble y generoso en la naturaleza moral, que no aje la malevolencia!

—Mucho habria que decir sobre esto, repuso acerbamente su interlocutora; lo que únicamente te diré es que has de sentir y llorar lo que has hecho.

—Podrá ser, dijo la Marquesa: un autor francés ha dicho, que el diablo se venga siempre de una buena accion.

—Esa muchacha, prosiguió la hostil y cansada viuda, es mala *de nativitate*. Nadie la puede ver; y acabará por echar á perder á tu hija.

—El cuidado de que esto no suceda, será mio; dijo la Marquesa con frialdad. Señora si os parece, hablemos de otra cosa.

Ambas señoras, poco satisfechas la una de la otra, habian callado, pues la una sentia su malevolencia derrotada, y la otra su delicadeza ofendida.

Las niñas en este momento jugaban puestas en círculo, á un juego de prendas. Rufina, que tenia don de mando, habia puesto el juego diciendo:

—Ahí está señá Mariquita Gil.

A lo que, segun la regla del juego, contestó su vecina:

—¿Quién es señá Mariquita Gil?

Respondió en seguida Rufina señalando á la viuda:

—La que tiene la boca así, el ojo así.

Y puso torcida la boca, y el dedo en la megilla, tirando su párpado hácia abajo, con lo cual quedó hecha una vision, y algo parecida á la viuda, que tenia efectivamente, segun la voz vulgar, un ojo remellado.

—¿Y no sabes tú, desvergonzada, dijo encolerizada la remellada señora, que notó el insolente ademan de Rufina, no sabes tú la máxima que á este juego se adapta y añade? Pues óyela:

Tuerce la boca hasta el mal
Quien del prójimo murmura;
Es lince para mis faltas,
Y topo para las suyas (1).

Cada niña debia hacer y decir otro tanto, sopena de pagar prenda, y era llegado el turno á Justa; pero la niña se negó á poner la boca así y el ojo así. Rufina insistió en que hiciese lo que habian hecho las demás, amenazándola si no lo hacia, con que no jugaria mas con ellas; y la niña, afligida por la amenaza, se vino á refugiar en su Madre, en cuya falda se echó diciendo con el modo gracioso de pronunciar de los niños: *¡yo no quiero poneme tan fea!*

—Que concluya este juego, dijo severamente y con marcada intencion la Marquesa á Rufina. Niñas

(1) Juegos de Noche-Buena, moralizados por Alonso de Ledesma.—Madrid, año 1611.

mias, añadió dirigiéndose á las otras, decid relaciones, que es mas bonito, y os ejercitan en la pronunciacion.

Presentóse primero Rufina, erguida y haciendo quiebros, diciendo la siguiente relacion, que concluyó con una profunda y grotesca cortesía:

Yo soy Doña Ana de Chaves,
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos;
todos fueron capitanes:
murieron en las milicias
donde murieron mis Padres,
dejándome por herencia
manos blancas y ojos negros.
Beso á vd. las suyas, señor caballero.

Siguió á Rufina en la palestra, una morenita gordilla y colorada, que apenas sabia hablar; pero que no obstante recitó, haciendo de apuntador al principio una hermanita suya algo mayor:

Aquí vengo no sé á que
con mi barba de conejo:
¡¡ay!! quien se comiera un viejo
que fuera de mazapan!
ehé, ahá!
como soy tan chiquitita, ya no sé mas.

Ahora era llegado el turno á Justa de decir su relacion; pero como era tímida, volvióse á negar,

alzando su angustiada carita, que se habia puesto encarnada como una rosa, y sus ojitos arrasados de lágrimas, á su Madre, como para implorar su auxilic.

—¿Por qué no quieres hacer como las demas, hija mia? le preguntó su Madre.

—Porque no *sabo*, no *sabo*, respondió la niña con la respiracion agitada.

—Si sabe, sostuvo Rufina.

—¿Y por qué se ha de forzar á la niña á hacer lo que no quiere, dijo la viuda, mas bien por contrariar á Rufina, que no por favorecer á Justa.

—Para que sea dócil y no se particularice nunca, y menos por incomplacencia, contestó la Marquesa: vamos, hija mia, dí una relacion.

—Si no *sabo* relacion, repitió la niña haciendo uno de esos graciosos visajes, á los que se ha dado la denominacion infantil de *pucheros*.

—Pues dí una oracion, dijo su Madre; asi probarás tu buena voluntad en obedecer.

—¿La que digo cuando estoy en la cama?... preguntó la dócil niña.

—Bueno; que sea esa, repuso su Madre.

Entonces dijo la niña pronunciando graciosamente á medias palabras:

A acostarme voy
Sola sin compaña:
La Vírgen María

Está junto á mi cama; (1)
Me dice de quedo:
—Mi niña, reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

(1) Probablemente deberia leerse para conservar el verso «Junto está á mi cama.» Pero como está la canta el pueblo, y asi la ha conservado el autor.



CAPITULO II.

Doce años despues de la conversacion referida, habíanse cumplido parte de los pronósticos de la maliciosa viuda, y muchas lágrimas costaba ya Rufina á la Marquesa de Villamencía.

¡Cuánto se envanece el mundo de sus victorias en sus contiendas con la buena fé y la bondad! Mas le valiera llorar sus tristes triunfos, acordándose que ha dicho un pensador moralista francés: «no hallo vergüenza en ser engañado por alguno; pero la tendria de desconfiar de todos.»

Desde que los malos instintos de Rufina se habian desarrollado en escala mayor, y de manera que nada bastó para contenerlos, habia cuidado la tierna Madre de Justa de poner gran distancia entre ambas jóvenes; puesto que la Marquesa procuraba principal-

mente conservar pura el alma de su hija, no solo de toda mancha, sino de todo lo que pudiese ajar la blanca túnica de su inocencia. Creia que no era tal ó cual de los siete vicios capitales el que debia quedar de toda mente pura en lontananza, y como un mónstruo medio fantástico; sino todos; pues todos, vistos de cerca, rebajan el alma de su altura: todos ajan la delicadeza del sentir; todos empañan la clara transparencia de la inocencia; todos profanan los floridos espacios de la imaginacion, y todos van desprestigiando la vida real, como las negras y pesadas nubes que van empañando el éter y apagando las estrellas. Asi es que vemos con dolor á tantos que son jóvenes, bellos, y ¡Dios mio, hasta poetas! echar con alma vulgar, vieja y materialista, su triste y escéptico fallo sobre lo *imposible* de una vida pura, abstinente, desprendida, humilde, benévola, activa para el bien y sufrida para el mal, y hacerse con los siete vicios contrarios una corona de hediondas y envenenadas flores, con que se coronan y sientan al banquete de la vida!—Pero por suerte existe hoy una inmensa reaccion. En los hombres, y sobre todo entre los jóvenes, hay infinitos que van formando una aristocracia de virtud y religion, y es de esperar que no esté lejos el dia en que el cinismo del vicio caiga en la abyeccion y en el ridículo en que ha caido ya el viejo cinismo antireligioso, ese cinismo que nada define mejor que una palabra andaluza que no está en el diccionario; pero de la que por expresiva y adaptable

no podemos menos de valernos en esta ocasion; esa palabra es *cursi* (1).

No podemos definir á Justa mejor sino diciendo que en ella nada sorprendia; pero que todo atraia, admiraba é inspiraba simpatía. La innata bondad y elevacion de su alma la habian llevado á extrañarse de su mala compañera de infancia, sobre todo desde que vió que su Madre lo deseaba. Porque Justa tenia la primera virtud religiosa en relacíon con lo humano; tenia el primer y mas puro amor de un hermoso corazon; poseía el principal distintivo de una perfecta educacion, no á la francesa ni á la inglesa, sino de toda educacion sólida y cristiana, esto es, era *buena hija*. Para Justa no habia nada en el mundo que contrabalancease el amor santo á la Madre que le dió el ser, y la crió á sus pechos; ningun respeto en lo humano que sobrepujase al que le inspiraba aquella Madre, dechado de virtudes. Esta veneracion, este entrañable amor, esta sumision sin límites, que tenia y en todas ocasiones demostraba Justa á su Madre, hacian de ella la jóven mas simpática, mas querida y mas admirada de la ciudad. Y cuando estos sentimientos se demostraban en los mil elogios que siempre acompañaban el nombre de Justa, decian las Madres á sus hijas: «No promete el Señor á los que aman y hon-

(1) *Cursi* se llama especialmente en las provincias del litoral de Andalucía á lo que es extrafalario, y de mal tono. (*Nota del E.*)

»ran á sus padres solamente la eterna vida, sino que »les bendice en ésta, y á su bendicion añade la de »los hombres. Debe pues ser la primera virtud y la »mas aceptable á Dios, pues es la mas premiada.»

¡Oh! ¡cuán cierto es esto! Pero, por el contrario, cuando en las familias engendran la soberbia y otros vicios el mónstruo *emancipacion*, y cuando este se planta como contrario ante la autoridad paterna ó materna, repeliendo con el pie el respeto, la sumision, la obediencia y todas las virtudes filiales, ¡ay de aquella mansion! De ella huyen al punto el aprecio, la consideracion, y el elogio de los hombres, ese tributo que forma la *buena fama*, ese galardon que no dan al rico ni su dinero ni sus aduladores; huye la felicidad, huyen los penates, que ven marchitas sus coronas, y huyen del hogar doméstico los ángeles de la paz, cuya presencia tan dulce lo hacia! Y solo quedan allí, en lugar de estas felicidades ausentes, la severa reprobacion de Dios, que podrá perdonar al arrepentido, y la de los hombres, que no perdona nunca!

Definir los malos instintos de Rufina seria prolijo. Mas corto es decir que los tenia todos; sobresaliendo entre ellos la soberbia, la envidia y la crueldad. Era, segun la expresion de un autor francés, «una mata de espino:» no se rozaba nadie con ella sin herirse las manos ó desgarrarse el vestido. Cuando niña, el placer que hallaba en atormentar á los ánimales, indicaba claramente esta última perversidad, y fué lo pri-

mero que desunió á estas niñas tan diferentes. La Marquesa fomentaba la bien entendida y exquisita sensibilidad de su hija; y cuando sus amigos la reconvenian por esto, y hallaban mas acertado comprimirla advirtiendo que de esta suerte seria mas feliz, porque el que con todos llora, se queda sin ojos, la Marquesa daba á estos vulgares y tribiales axiomas esta magnífica respuesta: PREFIERO QUE MI HIJA SEA BUENA A QUE SEA FELIZ (1).

Mas tarde, el afan de Rufina por componerse y ser vista indicó su vanidad y descaro; y hostíl su competencia con la suave y bondadosa Justa denotó su orgullo y envidia. El primer ensayo en su vida de liviandad, fué el seducir y atraer al jóven Marqués, que era tímido y corto de luces, é indisponerle con su Madre, la que solo pudo evitar un escándalo valiéndose de un hermano suyo que vivia en Madrid; el que mediante á ocupar un alto puesto, y por ser aun el Marqués de menor edad, pudo arrancarle, á la fuerza, de su casa, y traerle á su lado. Este y otros disgustos habian empeorado la salud de la Marquesa, quien al reanudar nuestra relacion, estaba cerca de sucumbir al horrible padecer de una úlcera interior que la consumia, y hacia necesaria una asistencia contínua, á la que Justa consagraba su vida y su corazon.

(1) Sentimos no atrevernos á decir, por temor de ofenderla, el nombre de la santa, ilustrada y excelente Madre á quien con admiracion oimos esta respuesta.

Este dia hallamos á la Marquesa blanca cual el alabastro, (como pone á sus pobres víctimas el mal que la devoraba); acostada en un sofá, y mirando con plácida y satisfecha sonrisa á su hija, que de rodillas besaba las albas manos de su madre.

—Vete á acostar, hija de mi corazon, le decia; que apenas has descansado en la pasada noche.

—No podria dormir, Madre mia, contestó Justa tan de quedo cual si lo que dijese fuera un secreto, y hubiese habido otras personas además de ellas en la habitacion.

—¿Te acuerdas, Justa mia, cuando eras chica, y que acostadita en tu cama no querias dormirte, sino cuando yo te decia: me complaces en dormir? Cerrabas entonces tus ojitos, y un minuto despues sonreias en sueños al ángel de la obediencia, que venia á cubrirte con sus alas.

—Sí que recuerdo, Madre mia, y la oracion que me enseñásteis para quitarme el miedo.

Verdad es que eras medrosilla, y me decias cuando la noche estaba oscura: Madre, cerrad la ventana; que *entra miedo*.

—Pues aun me quedan ráfagas de ese miedo instintivo de los niños. Temo alguna vez con angustia; y si lo que temo no tiene nombre, y no es ni el *cancon* ni el *coco* (1), es lo que me amedrenta objeto tan inpefinido y tan temeroso como aquellos.

(1) Creaciones fantásticas con que se amedrenta á los niños.

—Pues si no precisas la causa de tu temor, ¿qué te amedrenta, sensitiva mia?

—Temo *al mal,* de cualquier forma que se pueda presentar, Madre. Temo que llegue á mis oidos un gemido, á mi vista un horror, pues ambas cosas abundan tanto en el mundo! Así es, que siempre sigo rezando aquella oracion, que paraba los latidos de mi corazon, cerraba suavemente mis ojos, y traia entonces como ahora, á mis labios la sonrisa que recordais; y digo con tanto fervor y confianza:

A acostarme voy
Sola sin compaña:
La Vírgen María
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo:
—Mi niña, reposa;
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

—Entonces, como ahora, eras obediente, dijo la Marquesa; y ahora mas que entonces, me complaces en descansar y dormir.

—Madre, entonces nada ahuyentaba mi sueño; pero ahora estais mala.....

—Me encuentro hoy mejor.

—Entónces, Madre mia, dijo aun mas de quedo Justa acercándose al oido de su Madre, no tenia en que pensar.

—Ya entiendo, ya entiendo, le interrumpió su

Madre sonriéndose. Pero ya que tú no eres presumida, quiero en esta ocasion serlo por tí, y procurar que cuando él venga esta noche, no te halle marchita como una flor de estío, sino fresca como lo que eres, una rosa de abril.

—No me quiere por mi buen parecer, Madre mia.

—Lo sé; ¡líbrete Dios de inspirar un amor solo debido al buen parecer! amor superficial y frívolo, amor de ojos y no de corazon, que podria desvanecerse si desmejoraban tu hermosura una enfermedad, un percance, ó el tiempo. Pero, hija mia, el bien parecer es, si no un mérito, una ventaja; es un don de la naturaleza, del que no se debe ni presumir ni abusar; pero tampoco se le debe menospreciar destruyéndolo como hace un niño deshojando una rosa.

En este momento se abrió la puerta, y apareció la Administradora entre aquellas dos hermosas, simpáticas y suaves criaturas, como aparece una abispa entre una rosa blanca y su rosado capullo.

—Ya ves que quedo acompañada, dijo la Marquesa á su hija; vete, pues, á acostar, hija del alma, perenne ángel de mi custodia.

Justa abrazó á su Madre repetidas veces, cubriéndola de besos; saludó á la recien entrada, puso todas las cosas con primor en su debido puesto, y se retiró.

—¡Válgame Dios, mujer, dijo la Administradora sentándose cómodamente en un sillon;—¡fuerte cosa es, que sepan los amigos por fuera las novedades

de tu casa, y que no los encuentres acreedores á participarles lo que todo el mundo sabe! ¿Con qué.... se casa Justa?

—Verdad es; pero aun no he dado parte á nadie, respondió la Marquesa.

—Acabo de saberlo en casa de Velez, prosiguió la viuda;—¡buena boda hace! dijo el marido. Es Pepe Arce, hijo único de un padre millonario. ¡Qué suerte han tenido esos Arces, y donde han llegado; con solo saber sumar, y sobre todo multiplicar! Es á no dudarlo, el mas rico capitalista de la ciudad.—Y como nada les queda que desear, añadió la mujer, sino sangre azul, por eso casan al hijo con la hija de la Marquesa.—Tanto mas, dijo la suegra, que si muere el primogénito, será Justa la heredera del título y del caudal.

—¡Válgame Dios! ¡exclamó la Marquesa,—herida tanto por la hostilidad del juicio, como por la indelicadeza en repetírselo,—¡válgame Dios! ¡cuántos y que lejanos cálculos atribuyen y ven los extraños en un casamiento, sola y exclusivamente debido á la mútua inclinacion de los jóvenes, que en nada han pensado, sino en amarse y ser felices, cuando este amor fué sancionado por sus padres!

—¡Qué amores, ni qué amores! ¿Por ventura estamos en tiempos de oscurantismo? Hija, hoy dia tenemos muchas luces; y á su resplandor se calcula que es un contento. No hay mas que cálculo, nada mas.

—Repito, señora, repuso la Marquesa, que ninguno hay en esto. Sabeis que D. Bruno Arce es, hace muchos años, amigo de la casa, y que me visita todas las noches. Cuando volvió su hijo de sus viajes, le trajo á verme como era regular. Pepe siguió viniendo, porque le atraia Justa; la amó; ella le correspondió cuando se lo permití; lo que hice gustosa en vista de las excelentes prendas de Pepe; y este expontáneo é inocente amor, es la sencilla causa de su union. ¡Y el mundo le halla, en lugar de esto, cálculo, diplomacia, y miras ulteriores!!! Señora, quien no tiene sino un rasero para medir las cosas, no debe juzgar sino de aquellas que son á la medida del rasero.

—No digo que aquí no haya malas lenguas, dijo a viuda. ¡Jesus si las hay! En un instante dejan á San Juan sin manto, á San Sebastian sin camisa, y á San Bartolomé sin pellejo; yo no hago sino repetir lo que oigo. Es regular, añadió la entremetida viuda, que venga tu hijo á la boda de su hermana.

A la Marquesa la mortificó esta pregunta, que con ese fin se habia hecho, y contestó con frialdad:

—No vendrá, puesto que en consideracion al estado de mi salud, esta boda se va á hacer pronto, y sin ninguna clase de aparato. Aunque mi pobre hija lo ignora, yo sé que me restan pocos dias de vida, y deseo, al morir, dejar casada á la hija de mi alma.

—¡Ya, ya! si no viene el Marquesito, insistió la áspera viuda, yo bien sé el porqué. Pero todo el que

no sepa la verdadera causa, lo extrañará. ¡Bien te lo predije! Ahora quiero prevenirte cosas que suceden, y que tú, enferma y encerrada como estás, ni puedes saber, ni puedes evitar. La linda alhaja de Rufina, despues de haber tendido cuantos lazos ha podido á Pepe Arce, le ha dado citas en nombre de tu hija, en las cuales, en lugar de Justa se halló con ella. Rechazada por Pepe del terreno amoroso, se lanzó al sentimental, asegurándole que era la criatura mas desgraciada bajo el despotismo de tu hija y el tuyo. Hallando sus quejas incredulidad, asi como sus provocaciones habian hallado desvío, humillado su amor propio, exaltada su envidia, pateando de soberbia al reconocer la impotencia en que estaba de satisfacer sus perversos anhelos, ha escrito un anónimo á Pepe Arce, en el que con inconcebible audacia le dice, que no es él el primer amor de tu hija.

Todo esto lo sé por el ama de llaves de la casa de Arce, que sabe cuanto pasa entre el Padre y el hijo, merced á que es curiosa y escucha detrás de las puertas. Y aunque tanto D. Bruno como Pepe se han reido de esto, yo te lo participo, para que sepas de todo lo que es capaz esa serpiente que has criado en tu seno.

La Marquesa se habia puesto, si es posible, aun mas pálida de lo que lo estaba habitualmente.

—No, no, no puedo creerlo, dijo con desfallecida voz. Señora, siempre habeis aborrecido á esa muchacha, y repetís calumnias de tal magnitud, que solo la malevolencia puede darles crédito.

—Pues aun hay mas,—prosiguió la noticiera, sin cuidarse del efecto que estaban produciendo sus crueles revelaciones en la pobre enferma;—aun más. Exasperada Rufina al ver que Justa teniendo dos años menos se casa antes que ella, se ha puesto su señoría en relaciones, y se va á casar con un paseante en córtes, tahur, truhan, sin oficio ni beneficio, (pero con muchas trampas), bien vestido, (gracias á éstas), al cual ha hecho creer que es hija de tu marido, y que por lo tanto tu familia nunca puede desampararla.

Al oir esta última revelacion, la Marquesa cerró los ojos, y dejó caer su cabeza sobre los cojines del sofá.

La viuda dió voces. ¡Por Dios! ¡por Dios! murmuró la enferma, ¡que nada sepa mi hija, esa inocente! Lanzó un debil gemido, y perdió el sentido.

Al oir las voces de la viuda, Justa se habia echado un peinador blanco, y con su magnífica cabellera suelta habia acudido desolada y temblorosa, y se habia arrodillado junto á su Madre. Rufina, compuesta y ataviada habia venido tambien, asi como algunas criadas, y ambas jóvenes prodigaban sus cuidados á la exánime Marquesa, la primera; bañada en lágrimas como el amor que sufre; la segunda, impasible, como la impermeable indiferencia.

—Cuídala, cuídala, dijo á esta última la implacable viuda; pero híncate como Justa sin temor de ajar tus faraláes, á ver si te deja algo en su testamento.

—Lo hará sin eso, pésele á quien le pesare, respondió Rufina con descoco.

—Lo que te dejará, y debe dejarte, es su bendicion por lo que la mereces, repuso su antagonista.

Ocho dias despues de la escena referida, por expresa voluntad de la Marquesa, se unian sin ruido ni boato Justa y Pepe Arce.

Aquel mismo dia, y como para acibarar la última satisfaccion que en este mundo habia de disfrutar la buena Madre, desaparecia Rufina de la casa para unirse á su digno pretendiente.

Al mes yacia la Marquesa en su féretro, blanca y fria como la nieve que va á absorber la tierra.

Al lado del féretro mezclaba Rufina su mentido é hipócrita dolor con las bellas y sinceras lágrimas de Justa, y obtenia, á favor de su falso desconsuelo, que Justa le perdonase su loca conducta y disparatado casamiento.

Tres meses despues el marido de Rufina, harto de ella, desengañado de la falsedad de sus asertos, perseguido por deudas y otras fechorías, despues de disipar la manda que dejó la Marquesa á su mujer, habia desaparecido.

CAPITULO III.

Su disparatado casamiento, y las desgracias que de él dimanaron, su loca y desordenada vida, y el incesante hervidero de sus malas pasiones, habian en poco tiempo marchitado el rostro y disecado las formas juveniles de Rufina, y acabado de agriar su carácter. Otra cosa contribuia poderosamente á esto, y eran los remordimientos, que son en el corazon lo que las canas en la cabeza; á pesar que las tiña el arte del sofisma, el tiempo que es la verdad, vuelve á tornarlas mustias y descoloridas, y el tinte á nadie engaña. Si las arranca la presuncion y el despecho, vuelven á nacer. Asi los remordimientos, ese íntimo convencimiento de que hemos obrado mal, no se pueden sofocar por mas que se aparente. El incontestable derecho que tiene cada cual de motejarnos, sin que se lo pueda impedir nuestro orgullo, nuestra posicion, ni nues-

tro dinero, ès un torcedor, un buitre, que como el de Prometéo, nos roe sin cesar ni descanso. De ahí nacen la hostilidad y la misantropía, esos descontentos con los demas y con nosotros mismos. Solo las personas que á nadie han hecho mal, y que si lo han recibido, lo han perdonado como perfectos cristianos, ó despreciado como nobles y superiores, tienen el privilegio de no agriarse, y de conservar en las situaciones mas desgraciadas y vejatorias, como el cielo por cima de las nubes, su hermosa serenidad.

Asi era que cuando Rufina consideraba la suerte feliz y brillante de Justa, el amor de su marido, y el respeto universal, que á porfía cubrian de rosas é incensaban su senda, todas las furias de la envidia y del despecho se desataban en su seno. Nunca recordaba, al pensar en la familia á quien tanto debia y tan mal pago habia dado, el bien que le habia hecho, sino el que pudo hacerle y no le hizo.—La Marquesa, pensaba, no deberia nunca haberse opuesto á que su hijo se casase con ella; ni éste deberia haber cedido á la voluntad de su Madre, á los consejos de su Tio, ni á las advertencias de sus amigos. Este mismo, en las actuales circunstancias, disipado por el marido que la habia abandonado, el legado que le dejó la Marquesa, no deberia contentarse con pasarle una mezquina pension como lo hacia; sino tenerla en el pie en que habia estado siempre; y otras locas exigencias. Porque asi discurre la ingratitud; asi cegando á la justicia, falséa la razon!

Ni los desengaños, ni las desgracias, ni la experiencia, eran capaces de domeñar las violentas pasiones de aquella muger, que después de maldecir lo pasado, habia de lanzarse al porvenir con redoblados bríos y con nuevo furor.

El despecho, la ambicion, la envidia, y la venganza unidos, debian engendrar un mónstruo en aquella cabeza fecunda en planes satánicos. Y así sucedió.

Rufina, en vista del proyecto que formó, menudeó sus visitas en casa de Justa, aparentando cariño hácia ella, gratitud y amor por su difunta Madre, y fingiendo haberse llamado adentro, y llevar una vida modesta, ordenada y hasta religiosa. Justa, que era buena, y además débil, recibió cordialmente en su casa y en su intimidad, á aquella mujer, á quien una señora como ella no deberia nunca haber recibido. Cuando su marido le hacia prudentes reflexiones sobre la inconveniencia de este trato, respondia Justa, que no era generoso cerrar las puertas á la desgracia, ni el corazon á los recuerdos, y perdonar solo de boca. Que tambien la bondad tiene sus sofismas cuando no quiere la míope por lazarillo á la sana razon, sino campar por su respeto.

¡Cuánto se ha hablado sobre indulgencia y tolerancia en los tiempos modernos, y cuánto se ha querido culpar á la Religion católica por carecer de ella! Por combatir á la intolerancia, se ha querido hacer, mediante la tolerancia, un completo tratado de

paz con lo condenado por malo, y con la indulgencia un elixir de vida que lleve á mirar la muerte (esto es, la cúlpa) como una cosa natural y sin consecuencia, merced al dicho elixir.

Hay dos clases de indulgencia; la una es divina y religiosa; la otra es humana y filosófica.

Esta última aminora, disculpa, prohija y casi anonada la culpa *ántes* de cometida; y ésta induce al mal.

La divina ó religiosa clama contra la culpa, la vitupera, la condena, la anatematiza *ántes* de cometerla; y ésta aparta del mal.

Asi aparece claro que, hasta ahora, está la tolerancia de parte de la humana y filosófica. Pero prosigamos; que el ANTES suele llevar al DESPUES.

Despues de cometida la culpa, el mundo humano y filosófico moteja, escarnece y desprecia al culpable; no perdona su falta ni la olvida; su juicio condenatorio es sin apelacion. De manera que su indulgencia se dirige ó ejerce en la culpa, y no en el que la comete.

La indulgencia de la Religion divina, si el culpable postrado y bañado de lágrimas de contricion la implora, le levanta, le abre sus brazos, le absuelve, y le torna puro é inocente, merced á un segundo bautismo con el agua de sus lágrimas. Todo lo perdona y lo olvida, y sienta al hijo pródigo á la cabecera del banquete: con lo cual demuestra su rigor, no con quien comete la culpa, sino con la culpa misma.

¿Cuál es, pues, mas indulgente, el mundo filo-

sófico, que antes de cometer la culpa *pregona* la indulgencia, ó la religion divina que despues de cometida la *ejerce* con el que se aparta de ella? ¡A cuántos no ha desesperanzado el mundo filosófico y tolerante, hasta arrastrarlos al suicidio! ¡Y á cuántos no ha consolado esta religion, que severa amonesta, hasta hacerlos felices!

Pero aun hay otra tercera clase de indulgencia, que ni es la mundana, pues no disculpa lo malo, ni es la religiosa, pues no hace preciso el arrepentimiento para espontanearse. Y es esta la de la bondad débil, sin el celo religioso y sin la dignidad de la virtud, aunque ambas cosas posea, religion y virtud. No es, por lo tanto, una virtud esa dulzura inerte, á cuya cabeza pesa la corona de oro de la dignidad; de cuyas flacas manos se escapa la pesa de la santa justicia; y cuyo blando corazon oprime la coraza del decoro que debe serle inherente; no es, no, una virtud. Es, á lo sumo, una bella flor sin fruto, nacida espontáneamente en un hermoso corazon. Y repetimos que no es virtud, porque suele ser muy perjudicial en las personas que tienen inferiores, puesto que aparta como innecesario al arrepentimiento, y hace del perdon cosa de tan poco valor que lo da de valde; con lo cual falsea el órden moral de las cosas, y por último autoriza la impunidad, rinde homenaje al orgullo, y obstruye la fuente de que podria haber brotado el arrepentimiento sincero, explícito y confeso. Esta tercera indulgencia, si no

induce al mal como la del mundo, tampoco aparta de él, como la religiosa. La inocencia y la falta de conocimiento de las cosas y de los hombres suelen engendrarla tambien; y asi habia sucedido respecto á Justa, porque era un ángel;—pero un ángel niño como los que para pintarlos vió Murillo á los pies de la Vírgen pura, ángel que de su lugar, habia caido á la tierra.

Ambas recien casadas estaban en cinta, y aguardaban su alumbramiento para la misma época.—Ansío por salir cuanto antes de mi ocasion, solia decir Rufina á Justa, para hallarme en estado de poder asistirte cuando llegue la tuya. Porque no quiero que otra que yo lo haga; pues, ¿quién lo ha de hacer con tanta eficacia y cariño? Es claro que nadie.

Los deseos de Rufina se cumplieron, porque á los pocos dias de parir ella una niña, asistia á Justa, que con igual felicidad dió á luz otra niña. Al dia siguiente, cuando volvieron el Padre, los padrinos y los convidados del bautismo, y que poco despues se entregaron todos alegres y satisfechos al reposo, inclusa la feliz Madre, Rufina que la velaba, y que tenia en la pieza inmediata á su niña, desnudó ágilmente á ambas recien nacidas criaturas, cambió sus ropas, y acostó á su hija en la magnífica cuna que Justa preparara á la suya, diciéndole:—«Serás rica, gran señora, y feliz contra la voluntad de los que mal quieren á tu Madre!»—Y poniendo en su cuna de pino á la hija de Justa, añadió:—«Tú, si, tú, hija de

orgullosos, ricos y vanos encumbrados, serás pobre y despreciada; tú, si, tú, sufrirás lo que he sufrido yo, y algo mas! ¡Tú cobrarás la deuda de agravios y desprecios que debo á tu egoista y engreida familia!»

Apenas consumó aquella muger su atentado, cuando con leve pretesto, ó sin él, se despojó de su hipocresía como de un ya inútil disfraz, suspendió la intimidad que habia tenido con Justa, y mas desenfrenada que antes, se entregó á la vida airada.



CAPITULO IV.

La marcha de los acontecimientos sigue su curso, sin cuidarse de la senda que le trazan los cálculos de los hombres; siendo por lo regular ilógica aquella á los ojos de éstos, porque asi lo ha dispuesto todo, Aquel que ha restringido sobre ellos el poder de los hombres; á los que no ha dado más luz, en cuanto á lo que á Él pertenece, que la fé, más guia que sus preceptos, ni mas punto de apoyo para no extraviarse, que la sumision, cuna de las inteligencias inocentes, lecho de descanso de las trabajadas. El bueno padece; el malo prospera: no hay que extrañarlo. Dios no hizo las felicidades terrestres exclusivamente ni para los buenos ni para los malos; pero sí sus preceptos para cada situacion, sus advertencias para las prósperas, y sus consuelos para las adversas. En

aquellas se muestra mas severo maestro y señor; en estas mas dulce guia y consolador: Padre siempre, siempre Juez.

Así nada de extraño tiene que veamos al cabo de algunos años un cambio inesperado é inmerecido en el bienestar temporal de la buena y de la mala mujer, que actuan en los sucesos que vamos refiriendo.

Pepe Arce, á causa del enlace fatal de los negocios mercantiles, vió su casa millonaria arruinada, y murió de resultas de la pasion de ánimo, que esta inmerecida é imprevista desgracia le produjo; Justa, fácilmente resignada á la pérdida de sus riquezas, estuvo inconsolable por la de su marido; pues éste habia tenido el mérito poco comun de apreciar en cuanto valía, á su incomparable mujer, la que conservaba una inocencia de corazon, que en su dia habia de llevar al cielo pura como la gota de rocío que absorbe el sol, sin salir del cáliz de la rosa en que la depositó la aurora.

Desde su doble desgracia vivia Justa retirada y humildemente, no queriendo admitir de su hermano sino lo estricto y necesario para conservar la decencia en la pobreza. Su distraccion y su consuelo eran educar á su hija Bruna, lo que hacia con el esmero, cariño y santos ejemplos con que habia sido educada ella por su Madre.

La educacion puede combatir y domar una mala naturaleza: transformarla de mala en buena, solo lo puede la gracia. La educacion puede, á no dudarlo,

aun sin valerse de mas móvil que la vergüenza, esa hoja de higuera,—lo solo que trajo del Paraiso el que le perdió!—hacer desaparecer los vicios groseros y humillantes; pero no hará nunca espontáneas las virtudes, que á duras penas aclimata. El herrero puede amoldar el hierro; tornarlo en oro, nunca! Por lo cual no vemos esas completas y radicales transformaciones de malo á bueno, sino en la vida de los santos. Asi era que Bruna, que aun teniendo rectitud, buen sentido, y cierta nobleza de alma, tenia tambien, y en alto grado, el carácter fuerte, orgulloso, egoista y áspero de su Madre, habia amoldado á duras penas estos vicios bajo la excelente direccion de Justa. A falta de dulzura, tenia una calma y dignidad que no era facil perturbar: no era benévola, pero sí sostenidamente servicial cuando se la ocupaba. Siempre sobre sí, ni tenia ni inspiraba confianza. Su buen sentido cultivado la impelia á amar la virtud sobre todo; pero su orgullo la llevaba á apreciar en esta, más su corona de oro, que su perfume de violeta. Así era que sentia más orgullo que dicha en tener por Madre á Justa, alrededor de la cual brillaba una aureola de respeto, de simpatías y de admiracion. La fama de que gozaba su Madre, era una herencia de que ya disfrutaba en vida, y queria traspasar ilesa á sus hijos.

Con este bien guiado orgullo, y con su fuerte temple de alma, la pérdida del caudal de sus Padres la dejó impasible; y halló una secreta satisfaccion de

orgullo en trabajar ocultamente por estipendio, para procurar á su Madre algunas de aquellas superfluidades de lujo, de las que por virtud y modestia se privaba. Como sucede con un tesoro adquirido á costa de sacrificios, tenia Bruna su virtud en mucho, y le habia labrado con la austeridad un atrincherado tabernáculo. De esto se deduce que no debe el mundo condenar ligeramente á las personas secamente austeras, oponiendo contra ellas el que la perfecta santidad no lo es. La mayor parte de las personas, á quienes se cree sectarios de la rigidez, son naturalezas domadas, que tienen en mucho el freno á que deben su virtud. ¡Dichosas aquellas naturalezas selectas que no necesitan de ninguno! Pero son pocas, y esto lo prueba la creacion de la palabra *desenfreno*, que como baldon se aplica á las personas ó á sus acciones desordenadas.

De cuando en cuando tenia Rufina el atrevimiento de ir á casa de Justa; porque en aquel corazon, en que palpitaba hiel en lugar de sangre, existia el único amor ó instinto que cabe en el del tigre, el apego á su progenitura. Justa no tenia el suficiente carácter para prohibir á aquella muger la entrada en su casa, pues no podia dejar de mirar en ella á la compañera de su infancia, á la niña que crió y tanto quiso su Madre.

En estas visitas la suave Justa veia con extrañeza el fugitivo, pero vehemente cariño, que la fria y áspera Rufina demostraba á Bruna, la que rechazaba

este cariño sin rebozo, tanto por causa de su carácter austero y poco expansivo, como por las noticias poco favorables que de Rufina tenia.

—No puedo sufrir á esa mujer, solia decir á su Madre.

—No digas eso, hija mia, contestaba Justa; no se deben abrigar nunca, y en tu edad ménos, sentimientos de ódio ni hostiles contra nadie. La hostilidad es una mala semilla, que echa profundas raices, y ahoga en su gérmen los buenos y benévolos sentimientos en el corazon, destruye las buenas relaciones de sociedad, y aun con público escándalo suele acabar con las de familia. Acuérdate de que dice Chateaubriand en el tomo de sus obras que acabamos de leer, que «la odiosidad que abrigamos contra nuestros adversarios, es mas perjudicial á nuestra propia felicidad que á la de ellos.» Y sobre todo, hija mia, convéncete de que la benevolencia es la mayor prueba de superioridad, tanto de espíritu como de corazon.—

Pero ¿qué pluma podrá pintar los sufrimientos que desde que nació estaban reservados á Piedad, la preciosa, la dulce, la aristocrática y delicada hija de Justa, infeliz víctima de los inícuos sentimientos de Rufina, aquella mujer nacida del vicio y de la maldad, que como una lepra los trajo consigo al interior de la noble casa en que fué recogida y amparada? El angelito, desde pequeña, siempre encerrada y sola en la habitacion, en que poco paraba su dueña, nada

habia aprendido, nada habia visto, nada comprendia, y caminaba como otro Gaspar Hauser hácia el idiotismo. Una timidez angustiosa, una inerte hipocondría, un mústio decaimiento reemplazaban en la pobre criatura á aquella expansion, aquella alegría, aquella locuacidad y contínua movilidad, que tan naturales son y simpáticas hacen á la infancia.

A los trece años una grave enfermedad que tuvo, atrajo á su cabecera á una compasiva vecina, una buena anciana que ofreció á su supuesta madre asistirla; á lo que ésta no se pudo negar, so pena de promover un escándalo.

Entónces esta buena Cristiana, mientras que cual Marta asistia á los males, como Magdalena levantó aquel espíritu inerte, y le enseñó á creér, á amar y á esperar. Como la Religion es amada de todos los que la conocen,—pero con mucha preferencia de los desgraciados, porque es el universal é infalible consuelo de todo infortunio,—aquel ángel doliente de alma y cuerpo, recibió con lágrimas de amor, gratitud y entusiasmo aquella Religion que le decia: ¡los que lloran serán consolados!

Piedad se apegó, como es de suponer, con ternura á la buena anciana, á quien la Religion que le enseñaba, habia atraido al lecho de dolor, del que huia la impía fiera que se habia hecho cargo de ella. Asi sucedia que, cuando llegaba la noche, y la buena anciana se retiraba, aquel dulce corazon de la niña, que con tanta ternura y expansion se habia

abierto al amor, sentia profundamente esta separacion. Además, la pobre niña temia! temia á su Madre, temia á la noche, temia á la soledad, á la oscuridad! Entónces la buena anciana la animaba, la sosegaba, y acababa de consolarla enseñándole esta oracion:

A acostarme voy
Sola sin compaña;
La Vírgen María
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo:—
—Mi niña, reposa,
Y no tengas miedo
De ningnna cosa.

Piedad convaleció, y se levantó de su lecho regenerada de alma y cuerpo. Los cuidados de su entendida enfermera, y el buen alimento que le suministraba,—de lo cual nunca habia cuidado su verdugo, desenvolvieron su atrasada naturaleza. Habia crecido: su semblante fino y blanco cual una azucena, estaba como vivificado por una nueva sávia de vida. Su razon despejada llegó á comprender cuánto sufria; pero sufrió ya con resignacion y con esperanza, porque sabia que sufrir por Dios era complacerle y obligarle. Sus ojos, ántes inertes, estúpidos y fijos en el suelo, animados ahora con una nueva luz del entendimiento y del corazon, se levantaban hácia el cielo, puro y celeste cual ellos. Alzaba confiada su cabeza, que ya no abrumaba su corona de espinas; sus blancas y delicadas

manos se cruzaban con fervorosa devocion sobre su pecho. ¡Oh! si entónces hubiese podido verla Justa, habria exclamado estrechándola sobre su corazon de Madre: ¡esta es mi hija!

Mas entre ellas estaba una infame mujer para separarlas, como el negro y duro hierro que se introduce entre el nácar y la perla!

Por entónces fué cuando la quiebra y la muerte de Pepe Arce vinieron á exasperar aun más el atrabiliario carácter de la fiera que la infeliz Piedad creia ser su Madre. La brillante suerte que habia querido proporcionar á su hija se habia desvanecido; el amparo, que andando el tiempo, habia contado hallar para sí propia, iniciando á su hija en el secreto de su existencia, habia fallado. Por manera, que de su malvada combinacion solo le quedaba el placer de la venganza, que en su inocente víctima ámpliamente ejercia.



CAPITULO V.

De esta suerte pasó algun tiempo. Bruna se habia casado con un primo de Justa, oficial, que despues de buenos servicios, se vió en la necesidad de abandonar la carrera por causas políticas, y habia regresado á aquel pueblo, que era el de su nacimiento, para cuidar y labrar algunas fincas rurales que habia heredado de su Madre. Era un hombre digno, altivo y poco afecto á transigir en materias de alta esfera, el cual, hallando en Bruna cualidades análogas, y su mismo gusto por la vida retirada y grave, indiferente como caballero de los antiguos españoles á su falta de bienes de fortuna, la habia elegido por compañera.

Un dia un alguacil del ayuntamiento entró en casa de Rufina, á la que entregó una carta gruesa de letra extranjera, con sello consular, exigiendo dicho

alguacil una gratificacion por los muchos pasos que le habia costado dar con la persona á quien venia dirigida la carta.

Rufina la abrió sorprendida. Era fechada de California, y en ella se le comunicaba que un español que habia muerto alli trágicamente habia declarado á última hora llamarse****, ser casado, y tener una hija en aquel pueblo; y que á esta hija pertenecia por tanto, de derecho, el dinero que á la sazon poseia como banquero de un garito; dinero que pasaba de cien mil duros, que quedaban depositados en el consulado.

Difícil sería expresar lo que sintió aquella mujer al leer la referida carta. Su hija, la hija de sus entrañas, debia heredar aquel caudal; y esa hija se hallaba en una posicion tan modesta que rayaba en pobreza! ¡Y la odiada hija de la odiada Justa vendria por razon aparentemente natural á disfrutarlo! Antes mil veces hubiese preferido anonadar tal herencia ocultando el aviso recibido! ¿Pero cómo renunciar á ella debiendo la misma Rufina disfrutarla en parte?

Por algunos dias anduvo Rufina como loca y sin sentido, no sabiendo qué resolucion tomar. Bruna su hija, pobre; ¡y la aborrecida hija de Justa, rica! Esta idea la desatentaba.

Mil planes rodaron en su cabeza, que rechazó por imposibles.—Al fin se decidió.

Aunque desde que estaba casada su hija habia ido á verla varias veces, no habia conseguido ser admi-

tida en aquella casa severa y decorosa. Rufina, aunque fué ahora de nuevo rechazada, no desistió de ver á su hija, mediante á que tenia aquella fuerza de voluntad, que no es la perseverante hija de la paciencia, sino la terca hija de la obstinacion. Cual pudiera haberlo hecho un salteador, se introdujo, pues, un dia en casa de Bruna, siguiendo los pasos de un menestral que á la sazon trabajaba allí.

El alejamiento que inspiraba Rufina, esto es, la mujer zátia y de malas costumbres, á Bruna, la mujer morigerada, grave, y escrupulosa, no era suavizado en esta, como sucedia en Justa, por la dulzura de carácter y por los recuerdos de la infancia. Así sucedia que no lo disimulaba.

Hay personas tan delicadas, que, como á los perfumes, las desvía un soplo; y otras que lo son tan poco, que como á los toros, solo las pára la firme y punzante garrocha. A las segundas pertenecia Rufina. Así fué que sin desconcertarse ni turbarse por la mirada sorprendida y rechazadora que al presentarse clavó en ella Bruna, exclamó abalanzándose á su cuello:

—¡Hija de mi alma!

—Señora, absteneos de esas familiaridades que me repugnan y reprueba mi marido, dijo apartándose ofendida Bruna.

—No lo hará así tu marido, repuso Rufina, cuando sepa que eres mi hija, y que ha muerto tu padre dejándote cien mil duros.

—Señora, repuso con enojo Bruna, hacedme el favor de no gastar groseras chanzas á que no doy pié, y que me ofenden.

—No son chanzas, dijo con exaltacion Rufina, no, no! Escucha, y te convencerás.

En seguida hizo una extensa relacion á su hija de cuanto desde su nacimiento habia ocurrido.

Bruna la escuchaba absorta, y tan asombrada de cuanto oía, que ni aun intentó cortar aquella cínica confesion de un inaudito crímen.

—¿Qué dices, qué dices pues? así terminó Rufina viendo que Bruna permanecia callada.— ¿Qué dices de un amor de madre, que por hacer á su hija señora y feliz, renuncia á ella, y pone en su lugar á un ser extraño y odioso? ¿Rechazarás aun á esta Madre, que ahora se aviene á publicar la sustitucion que hizo, por tal de que goces tú de la herencia que es tuya?

Bruna permanecia callada.

—¿Qué dices, hija de mis entrañas? tornó á preguntar radiante de gozosa animacion Rufina.

—Me preguntaba, respondió al fin Bruna, cuál sería el diabólico móvil que os lleva á plantear este nuevo enredo.

—¿Enredo? exclamó Rufina, tú verás si lo es cuando te pruebe la certeza de cuanto afirmo.

—Afortunadamente, aunque pudiesen ser ciertos tan horrendos dislates, dijo Bruna, no podríais probarlos.

—¿Afortunadamente dices? ¿Pues y los cien mil

duros? repuso Rufina presentando la carta del cónsul de California.

—Tiene mas valor á mis ojos, respondió Bruna separando de sí la carta sin mirarla, la aureola de virtud de mi Madre y la pureza de su noble sangre, que todos los millones que han acuñado los hombres.

—No pensará con ese ridículo quijotismo tu marido, dijo Rufina con el dolor de un tigre herido.

—Mi marido, repuso Bruna, mi marido es un hombre noble y digno, que pretendió á la pobre hija de la virtuosa Señora Doña Justa Villamencía, y hubiese despreciado á la millonaria hija de Rufina, la perversa hospiciana.

—¡Mira que soy tu Madre! rugió sofocada Rufina.

—Mi Madre es, repuso con calor Bruna, aquella que á sus pechos me alimentó, que en dulce regazo me crió, y que con su enseñanza y santos ejemplos ha hecho de mí una mujer virtuosa; á esta todo se lo debo.—Si dable, si posible fuese que debiera mi existencia al loco y desautorizado enlace de quienes sin desearlo me la hubiesen dado, á padres que me abandonaron, nada les deberia, y con nada les pagaria.

—¿Pero el padre que te ganó y te dejó su caudal, exclamó Rufina; no es acaso acreedor, hija desnaturalizada é ingrata, á que se lo agradezcas?

—Ese dinero no se ganó por su dueño para la hija que tenia, y de la que nunca se acordó. Si lo dejó, fué porque no pudo llevárselo.

—¡Mira que pierdes tu caudal, insensata! dijo con voz sofocada por la ira Rufina.

—Gozará de él, como es debido, vuestra infeliz hija, envidiándoselo yo tan poco como le envidio su nacimiento.

—¡Mira, mira que eres pobre!

—Señora, contestó con íntima satisfaccion Bruna: ¡soy rica, soy poderosa!

—Mira que el Marqués se va á casar: tendrá hijos, y si su mujer es avara y díscola, podrá influir con él, que es un mandria, para que suprima la mesada á su hermana, en vista de tener una hija casada; y entónces tendrás que mantener á Justa, esa pobre de sopa.

—El dia que mi Madre honre mi casa entrando en ella y mirándola como suya, contestó Bruna, será el dia que complete sus mercedes y corone sus beneficios.

—Y á mí, á mí que te he parido me rechazas! ¡Ingrata! exclamó Rufina tan herida como humillada.

—A vos, respondió con un gesto de tédio Bruna, —sin merecer el epíteto de ingrata que gratuitamente me dais, puesto que sois una impostora,—os desdeño con todo mi corazon, os rechazo con toda mi voluntad, y con toda la autorizacion de mi marido.

Rufina torció los ojos, estiró los brazos, quebró el cuerpo, dió un rugido, y cayó con una convulsion al suelo.

Bruna llamó á los criados, y les dijo con serenidad:

—Asistid á la señora: que vayan por un coche para conducirla á su casa. Por mi tio el señor Marqués que le pasa una pension, podréis averiguar su domicilio: —y se salió del cuarto.

Cuando Rufina volvió en sí de su accidente, se halló en su casa sola; mas al volver la cabeza vió á Piedad, que tenia un vaso de agua en sus manos, las que temblaban tanto, que por ambos lados alternativamente se derramaba sobre el plato su contenido.

—¡Vete! le gritó.

La pobre niña se apresuró á obedecer.

—¡Ella!..... murmuró Rufina, esa hija desnaturalizada no quiere la herencia de su padre, porque no era Marqués, ni yo soy Condesa! Pues á fé mia que esta nécia y apocada hija de Justa no la disfrutará tampoco. ¡Yo, yo la disfrutaré! Contra siete virtudes hay siete vicios. Todavía estoy yo aquí para impedir que esta herencia pase á una advenediza. ¡Ah, desnaturalizada! Sé pobre; yo seré rica. Pues si tú me desconoces, yo hago más: reniego de tí! Y si llegára el caso de verte morir de hambre, no te tiraré, no, ni un hueso de mi mesa!

CAPITULO VI.

Algun tiempo despues la infeliz Piedad se sintió indispuesta con violentos dolores de estómago. Se quejó á su buena vecina y maestra, sin que lo supiese su Madre; ella le suministró alguna bebida calmante, y su incomodidad se aplacó; pero no quedó buena. A los pocos dias el mal se reprodujo. La buena anciana, alarmada, habló sobre ello á Rufina: ésta se incomodó, le dijo que con sus mimos metia en aprension á su hija, y le prohibió pisar su habitacion.

Entretanto los ataques se repetian, y la pobre niña, sufriendo horrorosamente, iba de mal en peor. Cuando salia su madre, que la dejaba encerrada, la buena anciana hablaba con la pobre enferma al través de la cerradura de la puerta, y se enteraba de los progresos de la enfermedad.—¡Pobre víctima!

decia despues á las demás vecinas; está mortal; ¡y se morirá sin auxilio divino ni humano! Esto es una iniquidad nunca vista! ¡Esa muger sin entrañas no es Madre, ni puede serlo! Esto no se debia permitir.

—¿Y quién se mete con esa muger, que es una fiera? decia la una.

—Como Vd. quiere tanto á Piedad, decia la otra, puede que se alarme Vd. sin motivo. Pues qué ¿está su madre sorda y ciega? Pero Vd., tia María, siempre está sintiendo lo de todos, y le ha de suceder lo que al Cura de Trebujena, que se murió de sentir penas ajenas.

—¿Cómo te hallas, hija mia? preguntó pocos dias despues la buena anciana á la enferma. Y la voz respondió mas ténue y mas lastimera que nunca:

—Mal, tia María: los dolores me despedazan las entrañas: me abraso! y cuanto tomo, arrojo.

—¿Y qué tomas, hija de mi alma?

—Agua.

—¿Y nada mas?

—No tengo otra cosa.

—¡Qué inhumanidad! ¡qué heregía! Hija, ¡quién pudiera entrar á asistirte!

—¡Ay, sí! ¡ay, sí! ¡Y un padre! porque creo que me voy á morir. Tia Maria, ¿me perdonará Dios si muero sin confesion?

—Sí, hija de mi vida, sí. Tú no has pecado; pero aunque lo hubieses hecho, basta cuando no se puede tener un ministro de Dios á su lado, con arrepentirse

de corazon, ofrecer al Señor sus sufrimientos, é implorar su misericordia, para que nuestro Padre nos perdone y acoja. Pero hija, tú no estás en ese caso.

—Sí, tia María, sí; y no siento mas sino el no volver á ver á Vd. Nadie sino Vd. me ha querido; nadie sino Vd. me ha enseñado que hay un Dios en el Cielo, que es nuestro Criador y Padre, que promete el cielo á los que le aman. Y así me ha quitado Vd. el horror á la muerte, y llenado mi alma de consuelos. Pero yo no quisiera morir tan sola! quisiera en mis dolores y agonías los consuelos de la Religion santa y dulce!

—Díselo á tu Madre, alma mia.

—Se lo he dicho, y no quiere.

—Pobre, ¡pobrecita mia! ¡qué vida has tenido y tienes! Pero recuerda, inocente mia, que la santa rosa ama á las espinas entre las cuales se cria.

La buena anciana se fué desconsolada y estremecida. Aquella noche no pudo dormir; y si no su persona, veló su corazon á la cabecera de la enferma. Le habia prometido orar á Dios, para que en caso que falleciese, fuera con todos los consuelos y socorros espirituales; y asi lo cumplió, pasando su desvelada noche en oracion.

El alba luchaba en el horizonte con oscuros nubarrones, secuaces de la noche, pareciendo estos, negros etiopes que se esforzaban por arrancar á una pura vestal sus velos de blanca gasa. Si bien el gallo habia lanzado ya su animada diana á sus compañeras, aun

no habia descendido del campanario la santa llamada de la Iglesia á sus feligreses. Pero abríanse ya las puertas del santo templo; en él entró una jóven pálida y macilenta envuelta en un gran pañolon. La iglesia estaba aun solitaria y oscura: las lámparas de plata, contínuas centinelas del tabernáculo, hacian brillar con su luz en la negra oscuridad la plata que cubria el altar del Sagrario; y las ráfagas que alguna vez despedian de sí las santas luces como un suspiro, parecian animar los rostros de los ángeles postrados en adoracion ante el SANTO DE LOS SANTOS! La débil y plácida luz del dia, que empezaba á asomarse por las altas claraboyas al pie de la iglesia, las hacia aparecer en la austera sombra del templo, como alegres ojos de niños que se abriesen sonriendo al mirar á su Padre.

Dios habla poderosamente al corazon y á la inteligencia del hombre, en el silencio de su templo, con aquellas palabras, que sin pasar por el oido, suenan en el corazon. Dios es universal, eterno, y sin medida. Para El no hay cosa grande ni cosa pequeña: no hay pasado ni porvenir, ese compás del tiempo: no hay para él secreto, olvido ni incertidumbre, esas impotencias del hombre! Es Maestro y es Padre; y si como Maestro nos envia los infortunios, que son lecciones; como Padre, une el consuelo á la enseñanza, poniendo en cada infortunio el gérmen de una virtud, la ocasion de un merecimiento.

La jóven, que con paso vacilante habia entrado.

en la iglesia, la atravesó con el cuerpo doblado, y exhalando ahogados y lastimeros quejidos, y vino á postrarse en el Sagrario. Pero era aun tan temprano, que allí se halló sola; y poco despues, no pudiendo sostenerse de rodillas, dió un débil gemido, y cayó al suelo.

En aquel instante entraba en aquel lugar una señora. Era ésta Justa que habia pasado una noche agitada, y que cual la nave que desde el mar inquieto busca un refugio en el puerto, buscaba uno para su alma en la iglesia. Las personas creyentes que han padecido, conocen todas este puerto de refugio!

La señora se acercó á la caida jóven, al lado de la cual se arrodilló, y cuando vió aquel rostro tan hermoso y juvenil, descompuesto por la mas violenta expresion de sufrimiento, le preguntó asustada y llena de compasion:

—¿Qué tienes, hija?

—Creo que voy á morir, contestó la jóven.

—¿Pues como es que estás aquí, y no en tu lecho?

—No queria morir sola, y sin los socorros de la Religion.

—¿Y no te los han proporcionado en tu casa?

La moribunda meneó la cabeza.

—¿Tienes Madre?

La jóven hizo una señal afirmativa.

—¿Dónde está?

—En casa.

—¿Y qué hacia?

—Estaba durmiendo, contestó la pobre niña.

—¡Esa no es tu Madre! exclamó Justa con vehemencia: ¡pobrecita! ¿qué edad tienes?

—Diez y ocho años, contestó la interrogada.

—¿Y de qué mueres?

—No sé: ¡ah! ¡Agua, agua, por Dios! ¡agua! añadió torciéndose y agitándose todos sus miembros por el dolor.

La señora hizo seña á un monaguillo, que se apresuró á traer de la sacristía una vasija con agua. La infeliz paciente bebió con ánsia, sostenida por Justa, que la habia incorporado y apoyado su cabeza sobre su pecho, y por un momento sus tormentos le dieron treguas.

—Quiero confesar, dijo con débil voz.

—Aun no ha venido el Cura, repuso con angustia la señora, que veia ya dibujarse la herradura de la muerte en aquel rostro tan bello y padecido. Vé á avisarle, prosiguió dirigiéndose al monaguillo. Y luego añadió alarmada, dirigiéndose á la moribunda:—¿acaso pesa algo grave sobre tu conciencia, pobre hija mia?

—¡Ah no! solo una cosa.

—¿Y qué es?

—¡Que no amo á mi Madre!

—¿Se lo has demostrado?

—No.

—¿No la amas, acaso porque ames contra su agrado á otra persona que no deberías amar?

—¡Oh, no! No amo mas que á Dios, á la buena tia María que me le hizo conocer, y á vos, señora, que me habeis compadecido y asistido; á vos, que sois tan hermosa y tan buena; ¡á vos os amo!

La moribunda llevó á sus lábios la blanca mano de Justa, que besó.

—Pues entonces, dijo esta, abrazando con lágrimas de compasion y de ternura á aquella dulce y doliente criatura, te digo para tranquilizar tu espíritu, que si murieses, tu alma inocente, que ansía por su Dios, le hallará propicio, pues es Padre de todos; pero lo es con especialidad de los desamparados. Para estar pura y dispuesta á parecer en su presencia, bastan tus buenas disposiciones, y esta agua bendita, por la cual te se perdonarán tus pecados veniales.

La señora persignó á la moribunda con sus dedos aun húmedos del agua bendita.

Entonces la moribunda levantó sus grandes y puros ojos al altar, y una expresion de éxtasis se esparció como un rayo de sol en su rostro, que le volvió sublime, como el de una de las Vírgenes Mártires, joyas del cristianismo, al que tuvieron la gloria de ayudar á cimentar.

—¡Señora,—dijo con apagada voz,—Dios os premie la caridad que conmigo habeis ejercido! Yo tenia miedo, ¡ah! ¡mucho miedo!... ¡Ya no lo tengo! Aunque sé que en breve... me acostarán... en un hoyo oscuro y frio... que se irán... y allí me dejarán sola, sola!... Pero vos me recordais la oracion que me en.

señó mi buena maestra para no tener miedo, y la que ahora brota de mi corazon á mis lábios.

A acostarme voy
Sola sin compaña;
La Vírgen María
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo...

La infeliz no pudo seguir, y Justa, que recordó con viva emocion esta misma ingénua y santa oracion infantil que le enseñára su madre, la concluyó añadiendo:

—Mi niña, reposa;
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

—¿Sois mi Madre la Vírgen? dijo la pobre niña, cuyos sentidos turbaba ya la muerte, fijando en Justa sus ya quebrados ojos.

—No, no lo soy, hija mia. Pero puede que la señora me haya enviado para auxiliarte.

—Sí, sí; lo sois, murmuró la agonizante:—¡Madre... Madre mia!... ¡conducid mi alma á vuestro Hijo, pues... en él creo!..... á él amo!..... en él espero!...

—Que te ha de perdonar y salvar, amen;—oró Justa al recibir sobre su seno el último suspiro de la infeliz niña.

En este instante entraron precipitadamente el Cu-

ra, el sacristan y otras personas, que se apresuraron á llevarse el cadáver á la sacristía.

Justa quedó postrada ante el altar: las lágrimas la ahogaban, y un temblor vehemente agitaba sus miembros; sus manos, que alzaba al altar, se cruzaban convulsas. El profundo dolor que causa la lástima, que no halla mas refugio que en Dios, la hacia elevarse con exaltacion hácia Aquel que todo lo recompensa; hácia Aquel, que siendo todo amor, es el sublime imán del corazon amante!

Mas su delicada organizacion moral y física no pudo resistir á la impresion que la desgarradora escena,—en la que su valor de católica le dió fuerzas para actuar tan caritativa y valerosamente,—habia producido en ella; se sintió indispuesta, y se levantó para volverse á su casa.

Cuando salió de la iglesia, ya el sol campaba en el cielo, radiante, despejado como el rey de la alegría. Pero el alma de Justa estaba *triste hasta morir!* La imágen de aquella suave y hermosa niña, que en su agonía habia visto presa de las mas crueles torturas corporales, mientras su alma era la mansion de los mas puros y dulces sentimientos, la conmovia en opuestos sentidos del modo mas violento. Habíase apoderado de su alma una de aquellas profundas y lúgubres tristezas, que tan estrecha, tan negra, tan rodeada de horrores, hacen al alma su cárcel; una de esas angustias tétricas y agitadas, que hacen que el corazon, cual un pájaro azorado en su jaula, se agite

en el pecho, ansioso por tomar su vuelo en el espacio. ¿Sería que sentia el corazon lo que al alcance del conocimiento no estaba? ¿Hacíale presentir sin definirlo, que en sus brazos acababa de morir su hija?

Aquella tarde salia un entierro, solo y pobre, de en casa de Rufina; el cadáver no llevaba caja propia, é iba en caja comun. Las vecinas que lo miraban salir, murmuraban sordamente, como las olas cuando con serena atmósfera hay mar de fondo.

—¡Qué entierro! esto es una iniquidad! dijo una de ellas dirigiéndose á la tia María, que lloraba sin consuelo: ¡ni siquiera lleva palma!

—Vosotras no las veis, contestó la anciana. Pero lleva esa bendita dos: una de pureza, que le ha puesto la Vírgen á un lado; y otra de martirio, que le ha puesto Nuestro Señor Jesucristo al otro.

—Pero, ¿por qué no lleva caja blanca y celeste? preguntó otra.

—Porque con ese cadáver de vírgen se entierra un negro atentado! contestó la anciana.

—¿Qué quereis decir con eso, tia María?

—Nada, nada, contestó ésta; lo que os encargo es, que cuando acabeis el rosario, no olvideis nunca el Padre nuestro POR EL ALMA SOLA! Pues aunque nada tendrá que expiar esa inocente, á Dios agradan las oraciones, sobre todo sí se hacen por sus hijos predilectos, los desamparados.

EPILOGO.

Si encontrais en la ciudad de Z... á una señora de semblante hermoso y apacible, de talante grave y modesto, de maneras afables y dignas, que viste con humilde pulcritud, encaminándose hácia la iglesia en que está el Jubileo, á quien todos los que pasan dejan con respeto la acera, descubriéndose con reverencia sus cabezas, á quien los ancianos sonrien y los pobres bendicen, esa es la empobrecida DOÑA JUSTA VILLAMENCIA.

Si una tarde de toros veis pasar por el paseo con direccion á la plaza, una carretela descubierta, en la que se arrellana un mal cantante italiano, con un cigarro en la boca; y á su lado veis una mujer ahuecada con faraláes y miriñaques, cuya pálida, descarnada y adusta cara aparece entre una aureola de moños, flores y blondas: si veis que al pasar cerca de ellos, vuelven los caballeros con disgusto la cara; que los jóvenes casquivanos se rien, y que las gentes del pue-

blo los escarnecen con ese desprecio triturador del fallo popular,—tan infalible cuando es expontáneo!—esa es la enriquecida Rufina.

. . . .

Algunos años despues, disipado su caudal, destruida su salud, robada y abandonada por sus despreciables amantes, moria Rufina en un hospital, conmoviendo y compadeciendo á las santas Hermanas de la Caridad, por el modo aterrador con que en su frenesí y en su agonía repetia: ¡Piedad! ¡Piedad!

FIN.

MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA.

RELACION.

MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA.

Preséntase el tiempo al hombre de tres maneras: llega lentamente el futuro, pasa rápidamente el presente, y párase inmóvil el pasado.

No hay ruego ni ánsia que hagan acelerar su marcha al primero; no hay instancia ni fuerza que detengan al segundo; no hay arrepentimiento ni hechizo que muevan al tercero.

¿Quiéres concluir felizmente el viaje de la vida? Toma por consejero al futuro, no escojas por amigo al presente, ni te hagas enemigo al pasado.

Sentencia de Confucio, traducida libremente de una version alemana.

El ladron que no se deja cojer, pasa por hombre honrado.

Refran turco.

A dos leguas de la orilla del mar, sobre la plataforma de una colina, se asienta Jerez, rico, robusto y predilecto hijo de Baco y de Céres. Rodéanle como un soberbio cinturon sus famosas viñas, cuidadas como Princesas, y sus campos de trigo, cuyas cañas

inclinan sus doradas cabezas. Extiende sus inmensos Propios por las comarcas cercanas, que murmuran de esta invasion del coloso rural, y pierde la cuenta de sus montes, como un Potentado (1).

Jerez, noble como el que más, lleva al frente el precioso y bien conservado castillo moruno, perteneciente á la ilustre familia de los Villavicencios, y que ha sido testigo de tantas hazañas: conserva anales que forman páginas de oro en la historia de España: ostenta suntuosos templos, obras magnas de la fé, obras maestras del arte; y ve con dolor á su lado, desmoronarse su magnífica Cartuja, admiracion de cuantos la vieron viva, dolor y escándalo de cuantos la ven cadáver!

Aunque con razon se dice que algunas provincias de España están despobladas, como la Mancha y Castilla,—las cuales por desgracia atraviesa la carretera, que es la gran arteria de la Península,—no se puede decir lo mismo de esta parte de Andalucía, puesto que desde lo alto de algunas de las miras que adornan los hermosos caseríos de la mayor parte de las viñas, se ven en el radio que alcanza la vista, quince pueblos, de los que la mayor parte son considerables. Son estos Jerez, Algár, Arcos, Medina, Chiclana, la isla de Leon, Cádiz, Puerto Real, Puerto

(1) Tiene Jerez *sesenta y dos leguas y media* cuadradas de término, y sus montes llegan hasta la Serranía de Ronda.

(N. del E.)

de Santa María, Rota, Chipiona, Sanlúcar, Trebujena, Lebrija y las Cabezas (1).

(1) Escrito esto, ha venido á nuestras manos un número de *El Guadalete*, diario que se publica en Jerez, en el que hemos hallado con sumo placer en una composicion ligera,—pero escrita por pluma maestra, y por persona que se conoce que es competente en la materia,—los siguientes trozos que extractamos á continuacion, porque estos apuntes completan harto mejor nuestra reseña de este pueblo ilustre, de lo que nuestra débil pluma pudiera hacerlo. Aunque imitada, no podemos menos de celebrar la costumbre de poner estos datos históricos y descriptivos locales intercalados en las obras de imaginacion, pues les añaden un mérito real, unen lo útil á lo agradable, instruyen y divierten á un tiempo, nos dan detalles interesantes de nuestro pais y de su historia, y si puede decirse, ilustran la amena literatura.

Dice hablando de Jerez:

«Si abrimos la historia, le vemos luchar de los primeros contra el poder morisco. Nombres ilustres salieron de aquella lucha, que llevaron luego su gloria á los muros de Antequera, Sevilla y Granada. Al abrigo de sus murallas se reunieron mas de una vez las antiguas Córtes de Castilla, y desde el *Martirológio* hasta la moderna *Guia de forasteros;* no hay un catálogo de hombres ilustres, donde á cada paso no se encuentre el nombre de algun hijo de esta ciudad. Desde S. Eustáquio y Estéban, jerezanos, hasta el Arzobispo Palma; desde Garci-Gomez Carrillo hasta don Tomás de Morla y D. Rafael de Aristegui, actual Conde de Mirasol; desde el marino Estopiñan hasta el valiente Giraldino; desdè el Presidente de Castilla, Mirabal, hasta el Fiscal del Consejo, Fernandez de Gatica; lo mismo en las armas que en las letras, Jerez ha producido siempre hombres que le han ilustrado y ennoblecido.»

En otro lugar añade el autor hablando de este pueblo:

Acaso ninguno entre los de su clase, cuenta tantos y tan buenos establecimientos de Instruccion pública. Cuatro escuelas

Las gentes de Jerez—(y no decimos los jerezanos, porque la mayor parte de los cuantiosos caudales formados en este pueblo, ya á la sombra de las hojas de sus parras ó de sus mieses, ya por el comercio, no son jerezanos)—las gentes de Jerez no son amigas de gastar, ni se dejan embullar por su rumbosa y alegre vecina Cádiz. Así es que aquella ciudad, que deberia ser un modelo de elegancia, de trato lucido y de modo de vivir espléndido, no goza de estas ventajas. Fuera de las inmensas bodegas,—verdaderos palacios de las feísimas botas de vino,—fuera de algunas hermosas casas, labradas por lo regular con mas suntuosidad que gusto; fuera de su gran plaza de toros; no han contribuido su creciente prosperidad y su riqueza á embellecerlo. Sus alrededores, que debian ser alamedas y jardines, son los de un villorro. Carece de un lucido paseo, de un buen teatro, de bolsa y de otras cosas anejas á la acumulacion de gentes, de caudales y de los adelantos de la cultura.

No obstante, dos cosas hay en las que los habitantes de Jerez indígenas y forasteros, se unen y demuestran un gran desprendimiento; y es en cosas de culto divino y de caridad cristiana. En cuanto hemos visto, no hemos conocido pueblo que bajo estos conceptos, merezca mas sincera admiracion y mas justos elogios. Cuando se tiene noticia de las muchas cari-

gratuitas, una de ellas de párvulos, modelo entre las de su clase, un colegio, un Instituto, y multitud de establecimientos privados, para la educacion de las clases acomodadas.»

dades públicas y privadas que se hacen; de las limosnas repartidas en los entierros de los ricos; de las ofrendas llevadas á los templos; cuando se ve aquel magnífico hospital; aquellos hospicios que brillan como plata; cuando se entra en aquellas iglesias, que deslumbran como oro y pedrerías, se siente un entusiasta placer, y se pregunta uno:—¿Pues acaso no vale mas esto que todos los decantados embellecimientos materiales, de que tanto se envanece el siglo?

Cuando los jerezanos labraron su plaza de toros, los del Puerto lo llevaron muy á mal, porque esto perjudicaba á sus nombradas corridas, tan afamadas en Andalucía. Y como en cuanto á burlones y ligeros de sangre, llevan entre todos los andaluces los de Cádiz, la Isla y Puerto de Santa María, la palma y la gala, es fácil concebir á qué punto fuéron por entónces víctimas los graves jerezanos que se emancipaban, de las burlonas saetas de los porteños. De ellas se podria formar un volúmen. Los jerezanos, por toda respuesta, hermoseaban cada vez mas su plaza. Ultimamente y por remate, la pintaron con los colores mas provocativos; pusieron cristales en algunos palcos, y hasta remates dorados; y echando una mirada de desprecio á la plaza del Puerto, entónces modestamente vestida de blanca cal como la Norma, les gritaron subidos sobre sus botas: *Sépase quién es Calleja.* Los *coquineros* (1),—que son, como otros

(1) *Coquineros* se llama á los naturales del Puerto de Santa

muchos, muy elegantes, muy ataviados, pero que no tienen un real en la faltriquera, esto es, ni Propios, ni mas baldíos que la mar,—quedaron confundidos de tanta grandeza y de tanto lujo, y aseguraron que los jerezanos, para cuando llegase el invierno, iban á mandar hacer una funda de hule para su *repulía plaza* (1).

Entre Jerez y la sierra de Algar se extiende una dehesa solitaria. Veíase en ella hace años, al lado de una vereda, un sombrajo, á cuyo amparo se habia establecido un hombre, que sobre una mesa despachaba alguna bebida. Andando el tiempo, habia labrado cuatro paredes, y cubiértolas con anea: habia compartido su interior en dos mitades, destinada una á cocina y despacho, y la otra á dormitorio, y se habia llevado allí á su mujer y dos hijos. Detrás de la casa habia levantado un vallado, que formaba un corral cuadrado, en que de noche recojia unas cabras, que de dia llevaba á pastar á la sierra su hijo menor; y habia hincado una estaca de olivo al frente de su casa, con el fin de que pudiesen atarse en ella las caballerías de los escasos transeuntes de aquella vereda. La estaca se habia coronado á la primavera siguiente, de una verde guirnalda, y pasando años,

María, por la abundancia que allí hay de un marisco de la familia de las almejas, que llaman *coquinas*.

(N. del E.)

(1) Estos embellecimientos se hicieron cuando visitaron á Jerez SS. AA. RR. los Sres. Duques de Montpensier.

cuidada por su dueño, se habia hecho un olivo frondoso, que proporcionaba al ventero una bonita cosecha de aceitunas que aliñaba, y eran, con el queso de sus cabras, los ramos de más despacho de su establecimiento. Muchos caballeros de Jerez que solian ir á cazar, descansaban en la ventilla del Tio Basilio, haciendo un consumo cuyo valor pagaban quintuplicado.

Cuando empieza nuestra Relacion, la mujer del ventero habia muerto, y su hijo mayor, de quien se habia hecho cargo su Padrino y Tio, que era un religioso de Santo Domingo, habia estudiado con gran provecho la carrera eclesiástica, y pasado como capellan de un regimiento á Lima. Asi era que el Tio Basilio vivia solo y aislado; sin mas compañía que la que le proporcionaba de noche su hijo menor, ente estúpido y de pocas palabras, que desde la muerte de su Madre se habia acabado de entumecer; porque asi como las naturalezas físicas endebles necesitan nutrirse por mas tiempo de los pechos de sus Madres, las naturalezas morales endebles necesitan por mas tiempo nutrirse de los cuidados y enseñanzas de estos sus terrestres ángeles custodios.

La humanidad tiene dos ideales; la Vírgen y la Madre; asi es que Dios las unió para formar el adorable Ser por medio del cual se identificó con ella.

Era una hermosa mañana del mes de diciembre. Estaban sentados ante la puerta del ventucho, sobre un banco de tosca mampostería, el Tio Basilio, que

era ya un viejo débil y encojido, y su compadre el Tio Bernardo, que era un anciano aun verde, robusto, ágil y jovial. Al frente, y á alguna distancia, estaba recostado sobre unas matas de palmito, un muchacho de mediana estatura, de talle delgado, que vestia el traje de cazador, que consiste en unos sajones de *raja*, (1) polainas y un capotillo que se pone por la cabeza como alforjas, de los que por la parte interior tienen faltriqueras, en que se guardan el pan y la caza menuda. Su cara pálida, aunque de buenas facciones, y como dice la expresion vulgar, *pintadita*, tenia algo de duro, y su mirada poco franca, si bien denotaba agudeza, no tenia nada de la jovialidad tan propia de la juventud. A su lado estaba su escopeta y un reclamo (*una perdiz*), en su puntiaguda jaula, cubierta con bayeta verde. El silencio era profundo, y solo interrumpido por el sonoro soplo de un viento largo, que no pudiendo hacer murmurar las recias é impasibles plantas del monte bajo de la dehesa, se arrullaba á sí mismo en suave cantinela. Solo las gallinas, que tranquilas y satisfechas vagaban alrededor del ventucho, sentian su poder en sus airosas colas, que se doblaban, y solian arrastrar, haciendo dar traspiés á sus dueñas. El gallo, de cuando en cuando alzaba su coronada cabeza, é irgiéndose hácia atrás, lanzaba al aire su canto, como para atraer á su amo

(1) *Raja*, paño muy ordinario que usa en Andalucía la gente del campo.

parroquianos. El gato, primer inventor de *lo confortable*, habia sábiamente escogido para acurrucarse, un ángulo de la casa bañado del sol, y al abrigo del viento, y en su duerme-vela gatuno echaba por entre sus guiñados párpados, disimuladas miradas á unos gorriones, que como los pobres de la mesa del rico, venian á buscar los migajas de la mesa de las gallinas. El sol derramaba alegría, y el silencio paz en el alma: el magnífico cielo parecia elevarla, y toda la naturaleza infundia tal bienestar, que el sentimiento íntimo cantaba en el corazon: ¡Dios mio! ¡qué buena es la vida, cuando á Tí se somete como á su principio y como á su fin!

—Vaya, compadre, decia su compañero al ventero, no se queje Vd.; que parece Vd. pobre de sopa. Siempre está Vd. con *turbïeses* (1). Míreme Vd. á mí, á pesar de mis cuitas. Cuando me voy á acostar, me quito el sombrero, lo pongo á un lado, y digo: aquí están las trampas:—me quito la chaqueta, la pongo al otro lado, y digo: aquí están las penas.—me *presino* y duermo como un Patriarca: pues sin trampas y sin penas, ¿quién no duerme bien? Y Vd., al que no le falta sino sarna que rascar, está siempre atollancado: ¡por *via* de Barrabás!

—¿Y qué quiere Vd.? si este dolor de la pierna lo he estrenado hoy, y esto echa el ribete á la empanada!

(1) *Turbieses*, como si dijera turbïeces ó turbideces (*de turbio*), tristezas.

Casa vieja toda es goteras: ¡y si no fuera mas que eso!

—¿Pues qué mas le aqueja, compadre?

—¡Pues no es nada lo del ojo,—y lo llevaba en la mano! ¿Acaso no sabe Vd. que hay quinta, que han requerido á los mozos, y que mi José mete la mano en cántaro?

—¡Cómo ha de ser! ¡ese hueso le tenemos que roer! No bien rompió mi Juan la casaca (1), cuando salió soldado mi Manuel; y tuve paciencia.—Déjelo Vd. ir, compadre: asi se espavilará, que metido como lo tiene Vd. con las cabras, está el muchacho *endehesado*. Yo fuí soldado, y digo á Vd. que no me pesa, pues me hice un hombre en forma. Verdad es que fuí asistente, y tuve un amo que no sé lo que era mas, si valiente ó si bueno. Le queria... que ni que hubiese sido mi hermano menor. ¡Mil vidas hubiese dado por él! Y no es un decir. Pues ¿vé Vd. esta cicatriz en la frente? Con esta me señaló un francés en la batalla de Medellin, por ponerme por delante de mi Teniente á quien iba á matar. El matado fué él. Pero me dejó este rasguño por memoria. Su hijo de Vd. necesita espavilarse, compadre; que está *cuajado*, y no sirve para maldita de Dios la cosa.

—Señor, es un infeliz. No tiene las luces de su hermano el mayor, pero tiene sangre de horchata, compadre. Tiene el sentir mejor que el *pronunciado*.

—¡Ya, entónces es como los borricos que todo se

(1) Cumplir el servicio.

les queda por dentro. Pues si no le quiere Vd. dejar ir, póngale un sustituto.

—¿Y de dónde saco yo esos caudales, cristiano?

—¿De dónde los saca Vd? De donde los tenga metidos, compadre. Pues Vd., sus cuartos ha de tener: que bien le rinden sus cabras, y el despachillo bien le dá. Mas que lo niegue Vd., que es mas estéril que un arenal, y no *gasta* mas que pachorra ni *dá* mas que los buenos dias. Así es que, cuando uno se acerca por acá, sucede como en el rancho de los Malpartidas: sale el perro diciendo: *¡jambre! ¡jambre!*—sigue el gallo cantando: *siempre la hay aquí*;—y maulla el gato: *moriré estenuado*, miau miau.

—Vd. tiene siempre sobra de chacota y falta de razones. No se trata de bromas, compadre, sino de veras. ¿Qué hago, María Santísima, qué hago?

—Respirar por no ahogarse.

—¡Sólo me voy á quedar como un pitaco!

—Y hará Vd. malamente, compadre; traspase usted su venta, y véngase al pueblo.

—No puede ser eso, compadre. Aquí he vivido: estoy hecho, y no me hallo en otra parte alguna: aquí me he de estar hasta que deje esta por la otra.

El jóven, que hasta entonces habia estado escuchando la conversacion de los dos compadres, se levantó despacio esperezándose, y diciendo ¡upa!

—Hijo, le dijo el Tio Bernardo, el compadre del ventero:

El que al sentarse dice ¡ay!
y al levantarse dice ¡upa!....
no es ese el yerno
que mi Madre busca.

—Es que ya he andado dos leguas, contestó el muchacho.

—¡Valiente puñado son tres moscas! repuso el Tio Bernardo. Pero vamos á ver: ¿quién te manda andarlas? ¿No es tu oficio rapar barbas? ¿á qué te metes á tirador? ¿Porqué te metes á aprender *laitines*? ¡Por *via* de Barrabás! Para echarla de Usía; porque tú eres de los que no se hallan bien donde Dios los ha puesto. Y esos, hijo mio, no suelen andar en el mundo por la vereda derecha.

—Tio Bernardo, dijo el muchacho echando al viejo una mirada rencorosa, tiene Vd. la lengua muy larga y muy afilada. Pero ¡anda con Dios! que le custodian sus canas.

Diciendo esto se alejó.

—¡Anda, anda, Juan Luis Navajas, le gritó el Tio Bernardo, que el mucho humo te ahoga! Y no me la vengas echando de pechisacado, ni con amenazas; que á mí no me amedrentas tú, ni veinte monos como tú. Canas tengo; pero no me valen ellas para el que, como tú, no tiene ni fé ni ley. Lo que me vale es saber tú de atrás que á mí no me tienes que gallorear.

A pesar de que la serenidad de la atmósfera hizo que el que habia sido nombrado Juan Luis Navajas,

no perdiese una palabra del áspero trepe que le dirigió el anciano, siguió su camino silbando y sin volver la cara atrás.

—¡Caramba, compadre, y qué *rescuadra* le ha echado Vd. al barberillo! No parece sino que se la tenia Vd. guardada, dijo el ventero.

—Y *asina* es, compadre, repuso el Tio Bernardo; porque ha de saber Vd. que mayor pícaro que ese no pisa las calles de Jerez. No todos le conocen como yo; pero yo le tengo calado como melon de plaza,—y él lo sabe,—desde cierto lance.

—¿Y á qué se mete Vd. con este hampon mal encarado? Mire Vd. que le puede salir caro, y ande Vd. con el ojo sobre el hombro. Por mí, cuando pasa de largo, le doy las gracias.

—Compadre, yo no le temo: verdad es que me tiene ganas. Pero su pellejo guarda el mio.

El lance á que aludia el honrado anciano, y que nunca salió de sus lábios, fué que una noche habia acertado á pasar por un sitio retirado en que se hallaba Juan Luis escondido y en acecho de una venganza. El Tio Bernardo, que vió relumbrar en su mano una abierta navaja, le dió con su chibata un vigoroso golpe en el brazo, que le hizo soltar el arma homicida. El buen anciano la recogió, á pesar de haber querido impedírselo el barberillo.—Oye, Juan Luis, le dijo; no quiero perderte: si me lo quieres agradecer, sé hombre de bien.

Desde entónces lo que debió ser agradecimiento,

se habia tornado en el aprendiz de barbero en un profundo ódio. Si las malas y soberbias naturalezas se rebelan contra toda superioridad, hácenlo con redoblado tédio y encono contra la de la virtud, por ser la mas incontestable.

Juan Luis se internó en la sierra, en donde á poco se encontró con José Camas y sus cabras. Fuese á él, como tenia de costumbre, para pedirle leche; y mientras José, que se entretenia mucho en su soledad con las cosas que solia contarle Juan Luis en pago de la leche, se apresuraba á ordeñar una de sus cabras, le dijo éste:

—Con qué..... ¿entras en suerte, José?

El mas vivo terror se pintó en la cara del pobre idiota, que le respondió casi llorando:

—¡Mira tú, mi Padre que no me quiere libertar! ¿De qué le servirán á su mercé sus dineros?

—¿Pues qué, tiene dinero tu Padre? preguntó Juan Luis.

—¡Vaya! mas de cien onzas, ó una multitud asina; todo lo que gana lo hace oro. Y cuando murió el Padre de mi Madre, tomó su mercé su parte de casa en duros de oro.

—¿Pero donde lo tiene guardado? tornó á preguntar el cazador.

—Mi Padre está en que yo no lo sé, porque me cree muy *cuaco*, respondió José echándose á reir; pero lo sé; y muy bien que lo sé! Una noche, y cuando todo estaba solo, hizo su mercé un hoyo en la pared

contra el suelo, debajo de la cabecera de su cama; allí lo metió, y cubrió el agujero con un ladrillo y mezcla, y luego todo lo encaló: así solo un zahorí dá con el escondite. Pero ya que no me quiere libertar, voy á tocar de suela; y zapatos han de romper ántes que den conmigo.

—No hagas tal, José, le dijo su interlocutor: ¿dónde irás de prófugo que no den contigo los demás mozos? En cogiéndote, te meten en gayola, y en seguida te cargan con el fusil. Mira: yo tambien entro en suerte; y si salgo soldado, iré con los otros: lo demás no es sino tirar coces contra el aguijon. Más adelante, y cuando se presente ocasion oportuna, desertaremos con mas seguridad.

La cara del cabrero se iluminó al saber que Juan Luis iba á correr la misma suerte que él.

—¿Y me llevarás contigo si huyes? le preguntó.

—Sí, respondió el aprendiz de barbero, siempre que me prometas callar como un poste: ¿lo harás?

—Por el alma de mi Madre! contestó el cabrero.

Algun tiempo despues de las escenas referidas, habia tenido lugar la quinta; y tanto al barbero, como al hijo del ventero les habia tocado la suerte de soldados, y habian sido conducidos á Sevilla. Como es de suponer, José cayó completamente en la dependencia de Juan Luis, que hizo de él una especie de asistente. Despues de algunos meses de servicio en el Regimiento, el barbero se propuso llevar á cabo el bien combinado plan de desercion que habia urdido,

y que solo el dia ántes comunicó á su compañero.

Huyeron, pues, siguiendo la direccion del camino real hácia Jerez, internándose antes de llegar á este pueblo, por la sierra de Algar. Al sol puesto estaban extenuados, y Juan Luis envió á su seide José á unos pastores que éste conocia, para pedirles pan, lo que hizo ciegamente. En seguida le dijo que cuando anocheciera y hubiese seguridad de que nadie transitase por la vereda, deberia ir en casa de su Padre, y haciéndole presente su situacion, exigirle algun socorro para llegar á Gibraltar, en donde no les faltaria trabajo y seguridad. Pero cuando se acercó la hora, fué de parecer que valia mas que fuese él mismo de parte suya, por tal de evitarle el primer ímpetu de cólera de su Padre, á quien él se suponia capaz de convencer de la obligacion y necesidad en que estaba de socorrer á su hijo. Cuando la noche hubo cerrado, emprendió Juan Luis su marcha; pero volviéndose atrás, pidió á José su navaja, por si le acometia el perro bravo de su Padre, y asimismo un pañuelo para atárselo á la cabeza: ambas cosas le fueron al punto entregadas por José.

Al cabo de una hora, volvió Juan Luis. Si el pobre cabrero no hubiese sido simple, habria notado alteracion en la voz de Juan Luis, cuando éste le aseguro que habia hallado á su padre inflexible; que solo habia podido arrancarle su traje de pastor; que se le traia para que se le pusiese y se internase en la sierra, pues eran perseguidos; que por mas seguri-

dad, era necesario separarse; y que él se iba hácia Portugal, donde esperaba quedar oculto.

Abria el dia tras de los montes de Ronda, sonrosado, fresco y perfumado, como se abre una rosa. La naturaleza cantaba por las gargantas de sus pájaros; el ganado mugia: las yeguas venidas para la trilla, unian el sonido metálico de sus cencerros á las demás armonías campestres, y el labrador se persignaba antes de emprender el afanoso trabajo de la siega, que no obstante ama instintivamente, pues es la recoleccion del gran don de Dios ¡el trigo! el trigo que tanto venera el pobre, pues es el santo alimento que Dios le enseñó á pedirle!

Caminaba el Tio Bernardo como siempre, con firme paso y lijero corazon, hácia el monte de que era guarda; acercábase á la venta de su compadre, y al llegar, extrañó ver la puerta abierta.

—¡Vaya! pensó, que ha madrugado el compadre! me alegro: por lo visto, no le aqueja hoy achaque.

Asomóse á la primera pieza; pero á nadie vió.

—¡Compadre! gritó en récia voz, y nadie contestó. Solo el perro del ventero aulló lúgubremente!

El Tio Bernardo pertenecia á una clase de hombres comunes en España, que tienen una impasibilidad completa, que ni altera el temor ni perturba la sensibilidad; que reciben las impresiones claras y definidas por la razon, y no por confusa aglomeracion de sensaciones, las que anticipan los hechos y los abultan. Y no obstante, la soledad, el aire de

abandono, el hosco silencio,—solo interrumpido por el lúgubre aullido del perro, que parecia helar aquella casa,—le impusieron. Paróse un momento, y volviendo la vista en torno suyo:

—¡Jesus María!—exclamó con hondo acento, al ver caida en el suelo una ensangrentada navaja. Arrojóse hácia la alcoba, empujó con violencia la puerta, y apénas la hubo abierto, dió un paso atrás. Deshecha la cama, su mal colchon tirado en el suelo cubria un bulto, pero no tanto que no asomase una mano lívida, la que yacia en una laguna de sangre: á su lado estaba sentado el perro, que volvió á aullar con mas desconsuelo al ver entrar al amigo de su amo. Las tablas y los bancos de la cama habian sido desviados con violencia de su sitio, y en el suelo se veia una palanqueta, con la que se habia abierto un hoyo en la pared cerca del suelo; allí, un hueco oscuro y vacío; y cerca, algunos escombros con manchas de sangre. Todo esto lo vió y observó el Tio Bernardo de una sola mirada.

—¡Robado! murmuró; ¡su oro le perdió!

Acercándose en seguida al colchon, lo levantó por una punta. El infeliz ventero yacia boca arriba: en la lucha que debió preceder á su muerte, su camisa se habia desgarrado, y asi dejaba descubierta una enorme herida que atravesaba su vientre. Agotada la sangre que por ella se habia vertido, veíanse los bordes de la herida gruesos y blancos desviarse uno de otro, como para dejar entrever las destrozadas entrañas de

la víctima; la que con los ojos de par en par, y desatentados, y la boca abierta, como lanzando el último grito para pedir socorro, yacia ofreciendo el mas espantoso cuadro que puedan formar la muerte violenta y el crímen misterioso.

—¡Muerto! murmuró el Tio Bernardo: ¡Dios le haya perdonado! añadió dejando caer el colchon sobre el horroroso espectáculo, que algunas horas despues habia de hacer desmayarse á un jóven escribiente, que acompañó al juez al lugar de la catástrofe.

El Tio Bernardo salió, ató una cuerda al perro, que se llevó consigo, atrancó la puerta de la casa lo mejor que pudo, y se volvió á Jerez á dar parte á la justicia.

Del sumario y declaracion de testigos resultó averiguarse:

Que el ventero debia tener una buena cantidad de dinero, lo que era confirmado por los altercados que tuvieron el Padre y su hijo José sobre ponerle sustituto: afirmando el muchacho á cuantos hablaba, que á su Padre le sobraba dinero para libertarlo, y negándolo el primero:

Que el escondite donde guardaba ese dinero, era evidentemente el hueco vacío, abierto aquella noche en la pared; y que nadie podia tener noticias de este lugar secreto sino su hijo:

Que la navaja teñida en sangre hallada en la pieza inmediata, con la que indefectiblemente se cometeria el asesinato, pertenecia á José, como lo afirma-

ha el armero que se la vendió en dias de marchar:

Que segun una requisitoria enviada de Sevilla, habia desertado José de su Regimiento la víspera de la infausta noche en que se cometió el crímen:

Que la tarde ántes, al ponerse el sol, habia vagado el desertor por las cercanías, segun deponian unos pastores, á los que habia pedido pan y agua, por no haber probado bocado en todo el dia:

Que buscando la partida al delincuente, habian hallado entre unas matas un pañuelo ensangrentado, que presentado á una muger que lavaba la ropa al Padre y al hijo, habia reconocido como perteneciente á José:

Que, fuera del dinero, lo único que habia faltado de casa del ventero, habian sido la zamarra y calzones de piel de cabra, que como pastor gastaba José, y algunas otras prendas de vestir del mismo.

Por consiguiente alcanzó el juzgado la conviccion de que era José el parricida, y el pueblo alzó su poderoso anatema contra el desnaturalizado hijo, y levantó con horror su dedo señalando aquella solitaria venta, antro del mas espantoso atentado, la que fué abandonada, despues de clavar en la puerta una cruz negra, y quedó silenciosa y vacía como un horroroso cadalso despues de haber servido. El techo se hundió, el olivo se secó, y el vallado se desmoronó, cual si el terrible Simoun hubiese pasado sobre ellos!

En noches tempestuosas, cuando el viento que gime, busca por simpatía los lugares que asombran,

entrábase á aullar en la vacía estancia, y algun portazo que daba con violencia, hacia estremecerse al guarda ó al pastor que vagaban en aquellas cercanías!

Mas el reo no pudo nunca ser habido.

Algun tiempo despues de la perpetracion del crímen cometido en la solitaria venta, llegaba á un cortijo situado en la vertiente de levante de la sierra de Ronda, no léjos de Coín un hombre vestido de cabrero, enfermo y extenuado. Compadecidos los trabajadores y el aperador, le auxiliaron en lo que pudieron, y preguntándole quién era y cómo se hallaba en aquel estado, les respondió que era su oficio cabrero; que habiendo salido soldado, habia desertado, porque no se hállaba sino en los montes y al aire libre. Casualmente necesitaba el dueño del cortijo de un cabrero; y asi, en cuanto restablecido estuvo, pusieron á su cuidado una piara de cabras, con las que se internó en los montes, en donde siguió oculto y desconocido, vejetando tranquilamente con los alcornoques, robles y acebuches, sus compañeros.

Por este mismo tiempo salia de Gibraltar un barco con destino á Lima. Veíase pasear sobre cubierta un jóven con elegante vestido de viaje, con un casaquin de mahon, pantalon igual y un sombrero de ancha ala, rodeado con primor de una cinta negra, cuyos cabos pendian por la espalda. Este jóven de aire petulante é insolente, era llamado D. Victor Guerra, y segun se susurraba, aunque no se sabia por él, iba á Lima á recojer la herencia de un pariente: por

lo cual los demás pasageros le acataban, incluso el capitan, bien agenos de que aquel que por la insolencia con que se daba tono, sentaban cortesmente á la cabecera de la mesa, era un aprendiz de barbero, un desertor, un ladron, y un infame asesino! Porque este pasajero arrogante era Juan Luis, el asesino del infeliz ventero, que provisto de documentos falsos, fabricados por un judío en Gibraltar y bien equipado á favor de las robadas onzas, iba á América á probar fortuna, siguiendo las inspiraciones de su desmedida ambicion y de su colosal orgullo.

Cuando llegó á Lima, intentó varios medios de prosperar; pero en ninguno medró, faltándole conocimientos y perseverancia: solo en el juego tuvo suerte, como suele acontecer á los pícaros. No obstante, esto no bastaba para llenar sus altas miras, ni para sostener el boato en que vivia: sus recursos disminuian, y el porvenir no le brindaba esperanzas. Asi es que se decidió, con la audacia que le era natural, por la carrera de las armas; porque siendo valiente, y estando estimulado por su ánsia de figurar y de ocupar un puesto lucido en la sociedad, sentia que no habria en su azarosa carrera empresa árdua que no estuviese pronto á acometer, ni hipocresía que no fuese capaz de sostener sin marrar ni deslizarse, para llegar á sus fines. Ardia entonces en Lima la guerra, á que puso término la batalla de Ayacucho.

Ayacucho, que en lengua india significa *el campo de los muertos*, fué el lugar en que en tiempo de Cár-

los III levantó el indio Tupac-Amaro el estandarte de la rebelion contra la Metrópoli; el cual fué sometido por la lealtad y esfuerzo del General Don José Lavalle, primer CONDE DE PREMIO REAL: y en ese mismo Ayacucho, *campo de los muertos*, fué donde en el año de 1824 murió desgraciada é inopinadamente la dominacion española en aquella parte de América.

Presentóse el falso D. Victor con su habitual osadía al General, que se apresuró á admitir entre sus filas al gallardo jóven, el que á poco tiempo, de cadete pasó á alférez, distinguiéndose en todas ocasiones por su bizarría, su actividad é inteligencia. Habia sabido insinuarse con todos los oficiales que alternaban amigablemente con él, y sobre todo hacerse buen lugar con el Coronel de su Regimiento, hombre de mucho mérito y distincion, que habia casado en Lima con una muger rica, y tenia una hermosa familia compuesta de una niña y de dos niños. Eran estos instruidos por el Capellan del Regimiento, que gozabà de la confianza y amistad del Coronel, porque á las virtudes del Sacerdote y al carácter mas suave y apacible, unia las mas excelentes cualidades del hombre, y un saber poco comun.

Hacia algun tiempo que D. Gaspar Camas, á quien todos llamaban el Padre Capellan, habia caido en un profundo abatimiento, cuya causa se supo, pero sobre la cual todos callaban, como si por instintiva benevolencia esperasen que el silencio trajese en pós de sí el olvido.

Una tras otra, y con corto intérvalo, habia recibido el Capellan las infaustas nuevas de la desercion del servicio del Rey, de un hermano suyo, la del asesinato de su Padre, y la de la muerte del Rector de Santo Domingo, su Tio y Padrino, que le habia educado, y al que todo lo debia. Profundamente afectado por tamañas desgracias, el Padre Capellan habia querido volverse á Europa y retirarse á la soledad; pero los ruegos del Coronel y de su muger, y el entrañable cariño que tenia á los niños, le detuvieron.

Búrlase á veces la suerte de la justicia, con descaro; y la justicia se da por vencida, porque su REINO NO ES DE ESTE MUNDO. Así se verificó en la relacion que vamos haciendo. No era solo el valor el que proporcionaba á D. Victor Guerra cada dia nuevos lauros, puesto que en el Regimiento habia otros muchos tan valientes como él; sino era tambien la fortuna, que no dejaba de brindarle las ocasiones de distinguirse, que negaba á otros. Ella era la que ponia su dinero al naipe que habia de ganar; ella la que desviaba los tiros del enemigo del pecho de su protegido; ella la que le inspiraba y sostenia; ella la que le empujaba con su gran ariete, la audacia; en fin era la locomotora que impulsaba su rápida carrera.

No es una verdad nueva,—pocas lo son,—que el éxito es el que da valer á las personas y mérito á las empresas. ¡Cuántos han pasado por menguados sin serlo! cuántos por entendidos sin tener nada de ello, porque á la Fortuna le plugo burlarse de la Justicia,

segun llevamos observado!!! ¡Y qué bien dijo un Pero-grullo cualquiera, cuando deseó á su deudo fortuna y no saber! En la opinion de los hombres influye el éxito tan poderosamente, que el que logra es encomiado, admirado y celebrado nécia y estúpidamente; así como el que nó logra, es puesto á un lado y despreciado, mientras se rie la Fortuna de este ridículo género humano, y llora la Justicia su impotencia sobre la nécia muchedumbre.

Varios años pasaron, en los que el fingido Don Victor, de cadete llegó á Comandante. El nuevo Comandante deslumbraba con su lujo, su aplomo y su envalentonamiento. ¿Pareciale al asesino que el aprecio ajeno echaba indulto sobre su impune crímen? ¿Hacíase ilusion de que la nueva posicion que se habia labrado, cubria con su esplendor el negro y ensangrentado hoyo, en que robó su fortuna? ¿Creia acaso que con haber mudado de nombre se habia regenerado como el fénix, y que con el nombre del que le cometió, era extinguido su delito? ¿Tenia conciencia? ¿tenia remordimientos? ¿tenia siquiera el temor indefinido de que el ocultísimo delito se descubriese?— No podríamos decirlo; porque estos son arcanos de la maldad que solo ella comprende.

Pero lo que sí creemos es, que hay hombres tales, que en ellos duerme tranquila la conciencia cuando no la estimula y despierta el temor. Cuando este falta, —por la seguridad de la ocultacion de la realidad en cuanto á la vindicta humana, y por falta de temor,

nacida de la ausencia de la fé y religion en cuanto á la justicia divina,—la conciencia decae, se duerme; se aletarga. Pero momentos hay en los que Dios, por su divina misericordia, la sacude, la despierta, la vigoriza. Uno de estos momentos es el de..... la muerte! Y este momento parecia haber llegado para Don Víctor Guerra, cuando recogido en unas angarillas en el campo de batalla de los llanos de Junin, era traido á su alojamiento con el pecho atravesado por una bala enemiga.

Despues de la primera cura, el cirujano mandó que se avisase con prisa al Capellan, para que viniese á prestar los socorros espirituales al moribundo.

No tardó aquel en presentarse, y los amigos y demás oficiales pasaron á la pieza inmediata, dejando solos al Sacerdote y al moribundo.

Media hora despues salió el Capellan. Su rostro estaba espantosamente demudado; su palidez era lívida, y sus esfuerzos no bastaban á comprimir un temblor, que hacia entrechocarse sus dientes con el cristal del vaso de agua que se apresuraron á ofrecerle.

—No es nada, no es nada: un vahido, respondia el Padre á las preguntas que le hacian.—Ese cuarto tiene un ambiente sofocante, y ántes de venir me sentia indispuesto. No es nada, señores: esto pasará al aire libre. Acudid al enfermo, que me parece siente alivio.

Efectivamente, hallaron al herido sumido en un sueño benéfico.

¿Qué habia puesto á este Sacerdote, tan naturalmente sereno, en tal estado? El lector, que conoce los antecedentes del moribundo, podrá inferirlo. ¡Acababa de absolver en nombre de Dios, cuyo ministerio ejercia, al arrepentido asesino de su Padre!

El Padre Capellan habia salido, y se habia dirigido con pasos trémulos á la iglesia: allí habia caido postrado, en cuya postura permaneció horas. Y cuando salió del templo, veíase como siempre su frente serena, sus ojos tranquilos, y su boca benévola!

Habian vencido, en aquella entrevista con Dios, el santo deber á los efervescentes sentimientos humanos; el ministerio á la personalidad; el Sacerdote al hombre! La calma habia vuelto á su ánimo; mas el físico se resintió. Al entrar en su casa fué acometido de unas calenturas cerebrales, que le quitaron todo conocimiento: su esfuerzo heróico le habia rendido.

Créese teorías morales, abstracciones místicas, exageraciones religiosas, la repetida doctrina de que las desgracias y males terrenos suelen ser favores de Dios: verdad que vemos confirmada todos los dias; pero que á pesar de eso es relegada por los pensadores filósofos entre las consejas de los *estúpidos* tiempos pasados.

La desgracia que habia puesto á D. Victor Guerra á los bordes del sepulcro, habia sido el golpe con que Dios habia despertado aquella entumecida conciencia. Si hubiese muerto empapada su alma en lágrimas de contricion, después de purificada por la

expiacion, se hubiese salvado. Si aun quedando en vida, otras desgracias le hubiesen sobrevenido, acaso habria perseverado en la buena senda de la penitencia. Pero no fué así! Apénas convalecia, cuando un coro de alabanzas por su nueva hazaña, vino á lisonjear su orgullo; y esperanzas de adelanto volvieron á soplar sobre su insaciable ambicion. Los tres galones de Coronel brillaron en su porvenir como un punto luminoso y culminante. Mareado y deslumbrado, no pensó mas que en las glorias de la tierra. La conciencia, los remordimientos, los santos propósitos se desvanecieron: los ángeles buenos se velaron la faz, y huyeron de su cabecera!

Algun tiempo despnés, su Coronel, que ya entónces era General, volvia á España con toda su familia, y persuadia á D. Victor Guerra, ya á la sazon Coronel, que le acompañase. Este, que veia cumplidos sus mas ardientes deseos, concibió el propósito de alcanzar el apogéo de su suerte, consiguiendo unirse á la hija del General, que á una gran belleza y á una excelente educacion, unia las no ménos codiciadas ventajas de ser de nobilísima estirpe por su Padre, y heredera de una gran fortuna por su Madre.

Hundia la mente del ambicioso lo pasado en la profunda sima de lo borrado é inaveriguable, con reflexiones tranquilizadoras que de contínuo se hacia. Desde su salida de España, se decia para sí, habian pasado diez años: era imposible que nadie reconociese en el brillante Coronel D. Victor Guerra á Juan

Luis, llamado por mal nombre *Navajas*, aprendiz de barbero de un barrio de la ciudad de Jerez. En cuanto á la muerte de un ente pobre, insignificante y aislado, como el ventero, era un hecho del que después de tantos años nadie haria memoria.

El General quiso igualmente llevarse consigo al Capellan, que solo permanecia en América á instancias suyas; pero sabiendo éste que les acompañaba el Coronel, buscó un pretexto plausible para eludirlo y separarse por algun tiempo de sus amigos.

Los viajeros llegaron felizmente á Burdeos, destino del barco á cuyo bordo iban. De allí pasaron á Marsella, y de este punto á Málaga, que era la patria del General.

Solo despues de haber llegado á esta ciudad, se determinó el falso D. Victor á pedir al General la mano de su hija, de quien habia sabido hacerse amar, y á la que se hacia ilusion de adorar.

Nunca habia amado aquel hombre sin corazon, y cuya vida agitada é inquieta, toda dedicada á dos fines, que eran conquistar un futuro tan incierto y eventual, y cubrir un pasado tan tremendo y amenazador, no le habia dejado notar que en la tierra germinan perfumadas flores y en el corazon dulces afectos. Pero ahora se persuadia de que amaba con furor; y no se mentia del todo á sí mismo. Hay personas, así en el sexo femenino, como en el masculino, que aman en los objetos de su cariño, no su individualidad, sino la posicion, lustre y ventajas que el

ser amados de ellas les proporcionan: que equivocan, por tanto, la pasion de la vanidad con la del amor. Sobre este asunto sabemos otro drama, que puede que refiramos otro dia (1).

La proposicion de Guerra no agradó al General, á pesar de la predileccion con que le miraba; porque era evidente que podia aspirar su hija á un enlace mas brillante. Pero las lágrimas de ésta y la intercesion de su Madre que la patrocinaba, acabaron por triunfar de su oposicion.

El Coronel tocaba, pues, á la cima de su ventura: se acercaba el momento en que nada le quedaria que pedir á la fortuna, que le daba aun más de lo que se habia atrevido á pedirle. Pero acaecia, que mientras mas brillante se le hacia lo presente, más espantoso yacía á lo lejos lo pasado; puesto que, mientras mas se desviaba éste, y mientras más glorioso aparecía el primero, más horroroso se hacia el segundo; y por lo tanto, más espantosa la posible reunion y choque de ambos. Apartaba los ojos de este inmóvil pasado; ¡pero no por eso se desvanecia! Muchas noches se dormia sonriendo á sus glorias, á sus amores, á sus esperanzas; y solíale despertar una horrorosa pesadilla. Ya oia una voz que le llamaba por su nombre, y por su odioso apodo; ya veia á José Camas aparecer como testigo acusador de la muerte de su Padre; ya

(1) Al hacer esta reimpresion, está ya escrita la indicada Relacion, y lleva por título La Farisea.

al ventero, de rodillas, pedirle la vida; ya maldecirle en las ansias de la muerte! Pero con los rayos del sol se desvanecian estas negras y lúgubres visiones, y volvia la confianza á su ánimo. Con el uniforme tornábase el altivo y osado D. Victor Guerra; y al lado de su prometida, se decia:—seguro estoy á la sombra de rama de tan buen árbol.

El General marchó con su familia á Madrid, en donde estaba establecido su Hermano mayor. El Coronel, que estaba en Málaga de reemplazo, tuvo que permanecer allí, por haber sido nombrado por la autoridad militar para presidir un Consejo de Guerra, que debia juzgar á un desertor con circunstancias agravantes, cuyo Regimiento habia pasado á Cuba, y que habia sido hallado despues de muchos años de estar prófugo.

Habíase reunido el Consejo en el dia señalado. Seis capitanes, formando un medio círculo, oian religiosamente la acusacion, que con los datos recogidos en el teatro del crímen, leia el fiscal. Era ésta la de José Camas, cabrero de oficio, desertor y parricida. Del todo entregados á la alta mision que les era confiada, los Capitanes no notaron la lívida palidez, que como una mortaja, se extendió sobre el rostro del Presidente, al oir la acusacion y el nombre del reo; ni le vieron inmóvil retener con esfuerzo de atleta las oscilaciones de su oprimido pecho.

La lectura seguia, y las pruebas eran tremendas é irrecusables.

Entónces, un pensamiento de aquellos que envia el infierno, desde su mas profundo seno, á los hombres que ya tiene conquistados, se presentó fatídico y claro, como el relámpago que de su centro lanza una negra nube, al Presidente. Y fué este:—¡la muerte de este idiota es la lápida, que para siempre sepulta mi secreto!

Un momento despues añadió mentalmente la máxima vulgar expresada por algun La Rochefoucauld popular:—dijo mi vecino: «si uno ha de morir, que se muera mi Padre, que es mas viejo que yo.»

La acusacion terminaba pidiendo la pena de muerte. La defensa fué endeble, pues no hallaba bases en que fundarse, ni apoyo en el reo, que nada decía para disculparse, y no hacía mas que llorar negando su crímen.

El infeliz fué introducido y sentado en el banquillo.

El Coronel volvió su desatentada vista hácia otro lado.

—Pueden Ustedes interrogar al reo, dijo el Presidente con voz firme, aunque ronca y sorda,

Los tres Capitanes mas jóvenes miraron con profunda compasion á aquel infeliz, envuelto en sus pieles de cabra, indefenso, estúpido, abatido y lloroso como un niño.

—¿No decís que en la noche en que se cometió el crímen, no estábais solo? preguntó el primero.

—Sí, señor.

—¿Pues con quién estábais?

Al Presidente le acometió en este instante un violento golpe de tos.

—No lo puedo decir, contestó el éncausado.

—¿Y porqué?

—Porque así lo prometí, repuso llorando el infeliz preso.

—¿Y qué hicísteis con el dinero robado? preguntó otro de los vocales.

—¡Señor, si yo no he robado dinero ninguno!

—Sistema completo de denegacion, dijo otro:—¡qué hipócritas los hay entre estos rústicos del campo!

—¿Reconoceis esta navaja? preguntó otro descubriendo la que se hallaba sobre la mesa.

—¡Yo no! respondió el reo, que despues de diez años no recordaba su navaja.

—Basta, señores: dijo el Presidente, que al ver la navaja se habia puesto de pié con desaliento.—Que se lleven al reo.

—Señores; ¡por amor de María Santísima, mirad que soy inocente! exclamó el preso cruzando sus manos; ¡tened compasion de mí; por la Sangre de nuestro Salvador!

—Que se lo lleven, gritó el Presidente.

—Señores, ¡soy inocente, soy inocente! gemia el infeliz entre sollozos mientras se lo llevaban.

—Yo así lo creo, murmuró compadecido el mas

jóven de los dos vocales.

—¿Y en qué fundais esa creencia? preguntó con vibrante voz el Presidente.

—En que al ver á ese hombre, he sentido llenarse mis ojos de lágrimas, contestó el Capitan.

—¡Prueba contundente! dijo irónicamente otro de los Capitanes. ¿Asistís por primera vez á un Consejo de guerra?

—No señor, contestó el jóven con viveza: he asistido á otro, en el que con horror y repugnancia condené al reo; porque sobre mi conciencia, me obligaba por juramento el Código á hacerlo. Pero esta vez, y en atencion á este mismo juramento, le absuelvo.

—Sois dueño de hacerlo, dijo el Presidente; pero no ignorais que debeis dar vuestro voto por escrito y á vuestro turno.

—Es el mio el primero, repuso el jóven acercándose con viveza al pliego, y escribiendo su voto por la vida. Los demás escribieron sucesivamente los suyos, y cuando llegó el pliego á manos del Presidente, estaban los votos empatados.

La juventud, cuya hermosa prerogativa es la generosidad, habia votado por la vida; los otros tres vocales por la muerte. ¡El voto del Presidente iba á decidir! (1) Este no vaciló, y tomando la pluma escribió:

(1) Este voto del Presidente vale por uno si es de muerte, y por dos si es de vida. ¡Qué hermosa aparece la justicia cuando inclina su balanza á la clemencia!

«Visto lo que arroja de sí la causa de José Camas, es mi voto sea condenado á la pena de ser pasado por las armas, con arreglo á ordenanza y Reales órdenes aclaratorias del 17 de febrero de 1778, y 6 de marzo de 1815,» y firmó:—*Victor Guerra.*

Al dia siguiente salía en posta el Coronel para Madrid; al otro era fusilado el infeliz José Camas. ¡Pobre justicia humana, qué infalible te crees en tu arsenal de leyes y de Códigos! ¿Y qué, no basta una sola sentencia condenatoria infligida á un inocente para hacer que se suprima ese terrible derecho de condenar á muerte, que á tan atroz, aunque involuntario atentado puede dar pábulo?

Poco tiempo despues de los sucesos referidos, se hallaba el Padre Capellan de regreso en Europa, encerrado en su habitacion de Jerez, entregado al mas profundo dolor. En sus manos tenia un papel público, en el que con fecha de Málaga se daba cuenta de la ejecucion de un parricida: «Este infeliz, decia el »papel, llamado José Camas, convicto por irrecusa»bles pruebas, nunca confesó su crímen. Fuese natu»ral ó fingida estupidez, no pudo ó no quiso alegar »ningun descargo, ni aun disculpa alguna que ate»nuase su horroroso atentado. Murió humilde y aba»tido, sin dejar hasta el último instante de protestar »su inocencia.»

A esto seguia la lista del Presidente y vocales que habian compuesto el consejo de guerra....

—¡Él! ¡él!—murmuraba con asombro D. Gaspar—

¡él! condenar al infeliz, cuya inocencia le constaba! ¡Pobre hermano, mas cruelmente asesinado que su Padre! ¡Pobre ser, que se ha entregado indefenso á la fiera que le ha despedazado!

El Capellan habia dejado caer la cabeza entre las manos, y de cuando en cuando un sollozo hondo y seco desahogaba la opresion de su pecho. Dieron unos golpes á la puerta de su cuarto.

—No puedo ver á nadie, dijo con alterada voz el Padre Capellan: estoy indispuesto.

—Abra Vd., señor D. Gaspar, que soy yo, Bernardo, y me precisa hablarle, dijo una voz desde fuera.

El Padre Capellan, que conoció la voz del anciano amigo de su Padre, serenó en cuanto pudo su semblante, y abrió.

—Tio Bernardo, le dijo, sabeis la nueva desgracia con que Dios me aflige, y que no estoy capaz de ver á nadie.

—Todo lo sé, contestó el anciano; y más de lo que cree su mercé. Y asi vengo á decirle que su hermano era inocente.

—Harto sé, repuso el Capellan, que aquel infeliz era incapaz de cometer un crímen. Pero tales han sido las apariencias, tal su inercia en defenderse, que la verdad no ha podido hacerse luz.

—Su hora le llegará, D. Gaspar, repuso el veterano.

—¡Y será tarde! gimió el Capellan dejándose caer en un sillon.

—Esta será la pena que amargue lo que me queda

de vida, señor;—dijo el Tio Bernardo, por cuyas atezadas mejillas se resbalaron las dos primeras lágrimas que habia vertido aquel hombre, cuya entereza rayaba en estoicismo.—Pero este José no parece sino que era el primer interesado en que se cumpliera su desgraciado sino! Le habia encargado que lo primero que hiciese si llegaban á prenderle, fuera avisarme; y es lo primero que no hizo! Dios le crió corto de luces, y con su aislada vida se acabó de entumecer.

—¿Pues qué? ¿le visteis despues de haber desertado? preguntó el Padre Capellan con ansia.

—Si señor, contestó el Tio Bernardo;—pero escuchadme, que todo os lo voy á referir.—Desde que cundió la voz de que era José el matador, dije yo que no lo era; y me las mantuve hasta con el juez, que me mandó llamar. No tenia más razon que alegar, sino que conocia á aquel infeliz, que no era capaz de matar ni á una mosca, y que esta conviccion era más fuerte que cuantas pruebas me pusieran delante. Mis sospechas tenia yo de quién fuese el reo, porque tambien le conocia de atrás; pero no podia aventurarme á nombrarle sin una prueba que á ello me autorizase.

—Pero ¿á quién sospechais de ese atentado?—preguntó el Capellan clavando los ojos en su interlocutor.

—A un alma de Cain que vos no conoceis, Padre. Esa es harina de otro costal, y saldrá á amasarse á su vez: todo se andará, si la soga no se quiebra! Habia yo recojido, cuando la desgracia, el perro de mi compadre, que era valiente y fiel, como de buena casta.

Un dia que pasaba por la abandonada venta, el animal se paró en la puerta, y se puso á aullar lastimosamente. Por mas que le llamaba, no queria seguirme, ni desviarse de la puerta. Preciso será, dije para mí, abrirle, para que se desengañe de que su amo no está allí. Abríle la puerta, que por aquel entonces aun estaba en su lugar, y el animal entró presuroso. Anduvo las estancias como buscando, y parándose de cuando en cuando para alzar la cabeza y dar aullidos, hasta que llegando á un rincon, en el que solia dormir sobre un monton de paja, sacó de entre esta un giron de tela que se puso á despedazar con rabia. Me tiré á él, y le quité aquel giron, que al examinarlo, hallé ser la tira de un pantalon, que desde luego discurrí habria arrancado aquel valiente animal al asesino, al verle acometer á su amo. Conocíase que el perro habia saltado á la cintura del dueño de aquel pantalon, porque desde allí estaba arrancado el pedazo, el que tirado con violencia, se habia rajado hasta abajo; en un lado habia una pequeña faltriquera, y en esa faltriquera una carta.

—¡Una carta! exclamó agitado el Capellan.

—Si señor, una carta: aunque era de amores y nada aclaraba, tenia el sobre, y esto bastaba; que una chispa enciende una llama grande (1).

—¡Tio Bernardo! exclamó el Capellan levantándose

(1) En el territorio de la Audiencia de Mallorca se descubrió hace pocos años un horrendo asesinato, mucho tiempo despues de cometido, y sin que se le hubiese hallado rastro, por haberse

y cruzando sus manos sobre su cabeza,—¡teniais en vuestras manos su salvacion, y habeis dejado morir á un inocente!

—Aguarde su mercé, señor, que no he acabado,— repuso el Tio Bernardo con calor,—oid hasta el fin, y juzgad después. Al pronto, continuó el anciano, no supe qué hacerme. José andaba prófugo por desertor, y no habia podido ser hallado; y otro tanto sucedia al reo. Pensé que si ese malvado llegaba á saber que era acusado, seria capaz de matar á José, para que nunca pudiese atestiguar contra él. Asi discurrí que era mas precavido guardar esta prueba de su culpa hasta que fuese preso, y de esta suerte, imposibilitado de cometer una nueva maldad. Tenia encargado á un escribano, prometiéndole un buen estipendio, que me avisase suando viese en los papeles la prision del uno ó del otro, á pesar de que siempre estuve en el entender de que aqui serian traidos para seguirles la causa. Mas ambos parecian haber caido en un pozo; porque pasaron los años sin que nada se supiese de ninguno de los dos.

encontrado en la casa en que se ejecutó, el taco de la escopeta con que habia sido perpetrado, y que era una carta de seguridad ó documento de la policía, del cual se habia quemado la mayor parte, pero quedando intacto el nombre del dueño, que era cabalmente el asesino, y confesó su crímen en cuanto de él se le hizo cargo con aquel mudo testimonio.

Asi burla la justicia de Dios, cuando quiere, las astucias de los hombres!

(N. del E.)

Andando el tiempo, lleváronme unas diligencias de que fuí encargado, á Ronda, y desde allí tuve que andar algunos pueblos. Un dia que me habia internado en el monte tras una liebre, me hallé con un cabrero, en el que con sorpresa reconocí á José.—¡Muchacho! le grité, ¿tú por aquí?—Si señor, Tio Bernardo, me contestó sin alterarse. Pero no se lo diga Vd. á nadie; no sea que me quieran volver á llevar al Regimiento, á ponerme casaca y corbatin.—¿Y te desertaste solo? le pregunté.—No señor, con otro; pero no puedo decir quién es, porque asi me lo pidió, y se lo prometí por el alma de mi Madre.—Bien está, no te lo pregunto, le repuse; pero dí, hombre, ¿qué hicieron ustedes al desertar?—Nos vinimos á la sierra de Algar, contestó: al anochecer, mi compañero me mandó pedirle pan á unos pastores que yo conocia, porque estábamos desfallecidos.—Ya, dije, ya estoy. Y ¿qué hicieron ustedes después?—Aguardamos la noche, me contestó José; y entónces fué mi compañero á ver á mi Padre, por si nos queria socorrer.—¿Y por qué no fuiste tú? le pregunte.—Porque mi compañero dijo que mi Padre se pondria fuera de tino si me veia desertado.—¿Y no te pidió nada tu compañero?—¿Qué me habia de pedir? Pero.... sí! Recuerdo que me pidió mi navaja y un pañuelo, que no me devolvió ni yo le pedí, porque cuando vino, estaba desatentado, habiendo visto á uno de la partida que nos venia persiguiendo. Me trajo el pobrecillo—¡Dios se lo pague!—mi ropa de pastor, que le pidió á

mi padre; diciéndome que me la pusiera, y me metiese por los breñales de la sierra; que él iba á tirar hácia la raya de Portugal. Y aqui estoy.—¿Y no te dió parte de lo que le dió tu Padre? le pregunté.—¡Qué habia de dar mi Padre! ¡dar! ¡ya iba! Nada le dió; eso bien se lo previne yo ántes que fuese á pedírselo.—Es que tu Padre no tendria dinero, hombre, le dije—Si señor; ¡vaya si tenia! y mas de cien onzas de oro tambien! que yo las *cuqué* (las atisbé).—¿Y le dijiste esto á tu compañero?—Si señor; pero á la par le dije que ántes se le arrancaba á mi Padre el corazon que sus onzas; y asi sucedió.—Oye, José; ¿y no te dijo tu compañero que tu Padre habia muerto? —¡María Santísima, señor! ¿pues qué, se ha muerto su mercé?

Mis temores tenia yo de que aquel condenado hubiese podido pervertir á José; porque al fin, dice el refran, que la sangre se hereda y el vicio se pega. Pero hizo el cuitado esta pregunta con tanta sorpresa y dolor, que si aún me hubiese quedado duda sobre su inocencia, se hubiese desvanecido.

—Si, hombre: le dije, murió!

Entonces José se puso á llorar á sollozos: le consolé cuanto pude, y acabé por decirle que veria de lograr su indulto. Pero que si entretanto era reconocido y preso, le encargaba que lo primero que hiciese fuera darme aviso, lo que me prometió: despues de lo cual, nos despedimos. Apenas habia andado unos pasos, cuando me volvió á llamar.—Tio Ber-

uardo, me dijo, en la pared de la cabecera de la cama de mi Padre, pegado al suelo, hay un hoyo en donde tenia mi Padre emparedadas sus onzas; sáquelas Vd. y mándele decir misas al pobrecito de mi alma.—Bien está, contesté compadecido de ver cuán ajeno estaba el cuitado de la espantosa realidad y del tremendo cargo que, gracias á las astucias endemoniadas del otro, sobre él pesaba.—Vuestro Padre fué el muerto, prosiguió el Tio Bernardo presentando á D. Gaspar la tira del pantalon que contenia la carta: aquí teneis la condenacion de su verdugo!

El Padre Capellan alargó bruscamente la mano para asir lo que le presentaba su interlocutor; pero la retiró con un movimiento de horror.

—Envolvedla de nuevo en los papeles en que la guardabais, le dijo.

Y mientras el Tio Bernardo cumplia con despacio el encargo, el Padre Capellan se paseaba en un violento estado de agitacion por la estancia.

—Ya está, dijo al fin el anciano alargando un bien envuelto bulto al Capellan; mas éste, parándose ante su interlocutor, pálido y alterado el semblante, pero con una mirada resignada, le dijo:

—Los muertos solo necesitan sufragios. Guardad vuestra prueba condenatoria: yo la rehuso.

—Señor, exclamó el anciano, ¿no deseais que se castigue á un criminal?

—No, porque... esto nada remedia!

—¿Y os parece poco que se sepa la verdad? ¿no

quereis reivindicar la memoria de vuestro hermano?

—¿Para qué? repuso con abatimiento el Capellan.

—Para borrar la ignominia que deshonra vuestra familia, que aunque pobre, tiene patente de honrada.

—Mi familia se extingue en mí.

—¿Y vos quereis cargar con el sambenito, señor?

—Yo, Tio Bernardo, no permanezco aquí donde me conocen. Pienso agregarme á las misiones de China, de las que pocos vuelven.

—¿Y la justicia? ¿y la vindicta pública, señor?

—Sus ministros tiene, Tio Bernardo.

—¿Pues qué, ¡perdonaríais!...

—Haré lo que pueda para lograrlo. Y lo primero será no tratar de perseguir al reo.

—Señor,—dijo con una mezcla de respeto y de impaciencia el Tio Bernardo;—eso es ser santo!

—No: es simplemente levantar la mano en las cosas de la justicia mundana, en las que no quiero intervenir. Y no creais que sea preciso ser santo para esto: la sola sabiduría humana lo enseña; pues un poeta indio ha dicho: «la virtud perdona al malvado, como el sándalo perfuma el hacha que le hiere.»

—El Padre de su mercé decia que José tenia sangre de horchata; y quiéreme parecer que ésta es la de toda la familia, Padre Capellan. Si yo supiera dónde habia de dar con el reo, habia de llevar su merecido. Y más le digo á su mercé; y es que creeria cumplir con mi deber de hombre honrado, arrancando la máscara á un bribon.

—Cada cual tiene ó entiende los suyos á su manera, Tio Bernardo, contestó el Capellan. Pero difícil será que deis con él; que desaparecido hace diez años, estará expatriado ó muerto. Rogad mas bien por su alma si es muerto, ó por su conversion si es vivo.

—Señor, dice el refran «que á carrera larga nadie escapa.» Y ahora que no puede dañar, no he de parar hasta que dé con él; que «con viento se limpia el trigo; y los malos, con castigo.»

—Si con buscarle y acusarle cumplís con vuestro deber de hombre honrado, al perdonarle cumplís con una virtud de cristiano, Tio Bernardo.

—¡Por vida de sanes! exclamó el anciano, eso es perdonar sin tino, señor; y maldades hay que no lo merecen.

—No hay culpa exceptuada en el gran precepto del perdon, Tio Bernardo.

—Pues señor, repuso el veterano con energía, yo no estoy como su mercé, con un pié en el cielo ¡y le aseguro que si doy con ese bribonazo, por la leche que mamé! que ha de pagar sus delitos. ¿Y creeis, Padre, que me condenaré por eso?

—No digo eso, amigo Bernardo, no digo eso: he expresado mi sentir sin acriminar el ajeno. ¿Pero á qué discurrir sobre este sunto, cuando es casi una imposibilidad que halleis al que creéis reo?

—¿No hallé á José? repuso con viveza el anciano.

—Fué una gran casualidad, Tio Bernardo.

—Es que hay casualidades que parecen providencias, señor D. Gaspar.

—Considerad que diez años cubren con un espeso velo lo pasado.

—Señor, dice el refran que MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA. Se hallará. Y ya que vos no quereis hacerlo, yo le buscaré; y si le hallo.... ¡de Dios le venga el remedio! Por lo pronto voy á llevar mi deposicion al juez, dijo el anciano alejándose precipitadamente.

Una mañana estaban reunidos el General y su Hermano mayor en el despacho del primero, que habitaba una hermosa casa, en una de las calles principales de Madrid. El General parecia abogar con calor por alguna cosa que su hermano reprobaba, y ambos interesados altercaban en su contienda.

—En ninguna época, como en la nuestra, decia su hermano al General, se han visto hombres colocarse en primer término, y figurar, ya por su riqueza, ya por su rango, ya por su preponderancia política, ya por sus excentricidades, sin que se haya averiguado ni el rincon oscuro de donde salieron, ni las circunstancias que les sirvieron de escalones para subir. Mancomunado el misterio en que se envuelven estos improvisados personajes, con el *qué me se dá á mí* de una sociedad que vive al dia, sin cuidarse más que de lo presente, lo pasado queda sin huellas, como el rastro de un barco entre las olas del mar. Se ha filtrado tanto esta tendencia, se ha generalizado á tal

punto este divorcio con el pasado, este desden por la cuna, este olvido indiferente hácia aquellos á quienes debemos la existencia, nuestra crianza y nuestro nombre, que es poco frecuente oir á los hijos en general, y á los encumbrados en particular, recordar á sus Padres con aquel cariño, aquel respeto, aquella veneracion que les es debida solo por serlo.

—Hermano,—contestó el futuro suegro del Coronel,—es tendencia general de los ancianos, la de enaltecer el tiempo pasado, deprimiendo el presente. No quiero seguirte en este monótono carril.

—Cierto es que así sucede á ancianos y no ancianos, cuando se trata de las malas tendencias que dominan. Y cada era tiene las suyas propias, porque la humanidad, asi como las natuaalezas, son y serán imperfectas, por más que los filósofos regeneradores y los modernos Hipócrates se afanen en querer lo contrario. Si curan una enfermedad moral ó física, aparecerá otra nueva; y siempre morirán igual número de vivientes con otras enfermedades, y aparecerán malas tendencias con otros giros. ¡Esto ha sido, es y será siempre!

—¿Y todo esto, repuso el General, para venir á caer en que desapruebas el casamiento de mi hija con el coronel Guerra?

—Es muy cierto, hermano.

—¿Y sin mas razon, prosiguió el General, que la de no conocer á su Padre, á su abuelo y á su tatarabuelo?

—En parte sí, puesto que han de ser los de sus hijos, que serán mis sobrinos y herederos.

—Son unos ricos hacendados de Zahara, y su apellido es ilustre.

—No hay apellido ilustre sin filiacion. Me he informado por conducto fidedigno, y he averiguado que si bien existen individuos de ese nombre allí, son pobres jornaleros, que han tenido un hijo que en 18.... fué embarcado como soldado para América, y que están en la persuasion de que su hijo ha perecido, pues nunca más han vuelto á saber de él.... El Coronel dice que sus Padres han muerto: ahora bien, ¿qué te parece de renegar así de sus Padres porque son pobres?

—Seria horrible si fuese cierto.

—¿Y qué te parece, hermauo, el decirse hijo de ricos propietarios, siéndolo de pobres jornaleros?

—Seria ridículo, si fuese exácto.

—¿Me darás, pues, la razon si desapruebo este enlace con un hombre que une al feo borron de descastado, tan miserable vanidad?

—Hermano, no creo en tus noticias; esos Guerras serán otros; es un apellido muy general. Mas dado caso que fuesen ciertas,—¿son estas debilidades humanas, suficientes para contrapesar las muchas otras ventajas que hacen del Coronel Guerra una boda conveniente si nó lucida? Su carrera es brillante, su mérito incontestable.

—Bien está, bien está; eso es en cuanto á su vida militar. ¿Pero... y en la privada?

—No hay uno de sus compañeros que no haga de él en éste punto elogios; además es rico.

—Sí, dijo con amarga sonrisa el anciano; fortuna hecha al juego!

—Eso es pecado venial en América, hermano, repuso riéndose el General penosamente afectado, y no pudiendo dejar de defender á su presunto yerno.

—¡No digo! exclamó con amargura el anciano: ¡lo pasado es el surco en el mar! ¿Qué extraño es que que se pierda la vergüenza, si hoy dia, aun personas tan virtuosas y llenas de pundonor como tú, se constituyen en quita-manchas de las mas feas?

—Pero, hermano,—dijo con triste inquietud el General;—mi hija le quiere.

—Tu hija es una excelente y dócil niña, que no se habria dejado llevar de su cariño, si te hubieras opuesto á él.

En este momento entró radiante el Coronel, el que halló, como de costumbre, frio y seco al hermano del General. Este, en cambio, se esforzó en indemnizar á su futuro yerno de tan visible desvío prodigándole muestras de afecto y de cordialidad.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando dieron unos golpes á la puerta del despacho.

—¡Adelante! gritó el General.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio un anciano aseadamente vestido con el traje de campesino andaluz.

—¡Bernardo! ¡por fin viniste!—gritó el General,

apenas le vió, arrojándose hácia el recien entrado, y echándole los brazos al cuello. Cogiéndole en seguida de la mano, lo arrastró tras de sí al interior del despacho, y presentándosele á su hermano y al Coronel,—aqui teneis, dijo, á Bernardo, mi fiel y valiente salvador, al que debo la vida. Mirad, mirad, añadió desviando las canas de la sien del que llamaba su salvador, mirad esta cicatriz que estampó el sable del enemigo; aqui está imborrable la prueba de su lealtad, como lo está su recuerdo en mi corazon. ¿Pero cómo te vá, amigo? Ya veo que los años han pasado sobre tí como sobre un robusto roble, sin haber hecho mas que platear tu cabello y curtir tu enérgico semblante.

—Señor, contestó el anciano, de salud no me va malamente; y de ánimo lo mesmo. Pues aunque mis tramojos paso, no me amilano; que pesadumbres no pagan trampas. Su mercé Usía sí que está arrogante! ¡Ya! ¡cómo que tiene diez años ménos que yo! ¡Ya sé que su Excelencia se ha casado, y tiene hijos como pimpollos! ¡sea para bien!

—Ya los verás, Bernardo, ya los verás; ¿y los tuyos? ¿y tu mujer?

—Señor, mi mujer está tan encogida y arrugada, que parece una castaña pilonga. Los hijos, uno sirve al Rey; los demás están casados, y con un celemin de hijos.

—Bernardo, tú no te separas ya más de mí.

—Señor, ¿y cómo dejo á la mujer?

—Te la traes.

—¡Qué, señor! mas fácil es traerse á la Cartuja! Allí está endiosada entre los hijos y los nietos, y con mas raices que una cepa.

—Pués bien, voy á fincar, y no te faltará buena colocacion: tus trampas cuéntalas desde ahora entre los muertos. Aqui tienes, añadió el General señalando al caballero anciano, á mi hermano, de quien tanto te hablaba; y aqui, prosiguió señalando al Coronel, al que va á ser mi yerno.

Al ver al antiguo asistente, D. Victor Guerra habia mudado de color, y hasta hecho un movimiento para tomar su sombrero y alejarse. Pero reflexionando con su acostumbrada presencia de ánimo que el encuentro con aquel hombre no era fortuito, y qne deberia repetirse diariamente en lo sucesivo, sostenido por su siempre triunfante audacia, y por la confianza de que no era posible que fuese reconocido, habia vuelto á sentarse,—al parecer tranquilo,—y leia un periódico. Al oirse presentar por el General á su antiguo asistente, levantó con arrogancia la cabeza, que inclinó ligeramente para saludar al recien venido.

Pero apenas le hubo fijado éste, cuando se pintó en su abierto semblante el mas profundo asombro, y no pudo desviar la vista de aquel rostro pálido y altanero.

Entretanto el General se habia levantado y tocado la campanilla.

—Llévate, le dijo al criado que entró, á este hués-

ped que me ha llegado: que se le sirva de almorzar y se le atienda como á persona de mi propia familia. Anda á descansar, Bernardo, añadió, que en seguida quiero presentarte á mi mujer é hijos, que ansían por conocerte. Y empujando por el hombro al anciano, que continuaba absorto, le hizo seguir al criado.

—¿Cómo se llama ese Coronel? preguntó al criado el Tio Bernardo.

—D. Victor Guerra: ¿le conoceis?

—Juraria que sí, contestó el huésped; pero por entónces no era Coronel, ni se llamaba D. Victor Guerra. Mas como de esto hace tiempo, ántes de afirmarlo quiero cerciorarme de si es el mismo.

El Tio Bernardo no habia podido pasar un bocado. A poco se habia levantado, y con pretexto de ir á buscar sus alforjas al meson, habia salido. Pero no habia pasado del portal; en el que parado, y con una mirada ardiente y ansiosa, aguardaba,—al parecer—algo que conmovia todo su ser. No podia aun dar crédito á sus sentidos al reconocer en el Coronel al asesino del ventero; é iba á valerse de una treta para cerciorarse de la verdad.

Al cabo de media hora se oyeron pasos en la escalera; el anciano levantó su ansiosa vista, y vió bajar con toda su arrogancia al que esperaba. Retiróse á alguna distancia ocultándose en la sombra.

Apenas traspasaba el Coronel el último escalon, cuando oyó una voz que decia:

—¡Juan Luis!

El Coronel volvió instantáneamente la cabeza.

—¡No has olvidado tu nombre! exclamó el Tio Bernardo, poniéndose frente al Coronel. Juan Luis *Navajas*, ladron, asesino! Lo que si pareces olvidar en tus postizas grandezas, es que «la verdad adelgaza, pero no quiebra.»

El Coronel como herido de un rayo al oir formulada aquella tremenda acusacion, habia tenido que apoyarse en la pared para no desplomarse. Mas, reponiéndose instantáneamente,—como el que habiendo caido en lo profundo del mar hace un esfuerzo desesperado para volver á la superficie,—se recobró, y dijo con una vehemencia que en vano trataba de disimular bajo la capa de un frio desden:

—¿Se os ha ido el juicio? ¿deberé compadecer vuestra locura, ó castigar vuestra osadía?

—¡Osadía! repuso el anciano, cuya voz temblaba de indignacion.—¿Quién habla de osadía? ¡vil, infame! ¡tú, que sobre hurto y sangre has labrado tu fortuna! Has creido poder, como la serpiente, soltar tu piel y seguir arrastrándote impune con otra; olvidando en tu loco delirio que de San Juan á San Juan no le queda Dios á nadie á deber nada!

—¡Viejo estúpido ó insensato, refrenaos!—exclamó con ira el Coronel,—y no abuseis de la prudencia que observo, en consideracion al General. Pero, callad; y no me forceis, ó á cortaros con mi espada vuestra viperina lengua, ó á acusaros á la justicia como descarado calumniador.

—¡A la justicia, sí! á esa mostraré yo las pruebas de lo que afirmo!

El Coronel soltó una seca y acerba carcajada.

—Juan Luis, Juan Luis, dijo el anciano: por su mal le nacieron alas á la hormiga! Subiste sirviéndote de hincapié un robo y una muerte: hiciste más: urdiste con tal maldad tu trama, que en ella hiciste perecer á un inocente, creyendo que pagando él por tí, estabas salvo.

El Coronel echó mano á su espada.

—¡Quieto! dijo el anciano; que una muerte más no te salva. Porque las pruebas de tu delito no mueren conmigo; que en manos de la justicia las dejé, y te está siguiendo la pista. Largo tiempo has triunfado, has lucido, has gozado!...

—La gloria y el dinero son para quien los gana, y ganados los tengo, rústico deslenguado, dijo el Coronel con altanería.

—Sí, sí, te sopló la suerte, como una desatinada que es. Pero ya todo se te acabó; y pagarás el capital y los réditos. Porque sábete, Juan Luis, que MÁS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA!

—Considerad que yo os acusaré de calumniador infame; á no ser que generosamente os perdone, si os retractais de lo dicho, y prometeis callar esas visiones de vuestro trastornado cerebro, dijo el Coronel, que nunca perdia la cabeza.—En ese caso os prometo, en consideracion al General, ser vuestro ferviente protector. Soy rico, generoso, y el que salvó la

vida á mi suegro, puede estar seguro de mi gratitud. Desde ahora podeis contar con cuarenta mil reales como principio de otros beneficios.

—¡Anda, anda, mal nacido! que aunque me ves vestido de lana, no soy oveja, respondió el veterano. El que, como tú, tiene echada el alma atrás, no es extraño que trate de sobornar á un hombre de bien. Pero yo no vendo mi honra, que vale mas que todas tus mal ganadas grandezas. ¿Pues qué? ¿te habia yo de dejar casar con la hija del General? ¿habia de dejar infamada la memoria del infeliz de José? ¿habias tú de seguir impune disfrutando el beneficio de tus iniquidades? No en mis dias.

—Pues callaréis para siempre, ya que perderme intentais, exclamó con honda voz en una explosion de ira el Coronel. Pruebas de vuestra calumnia ni teneis ni podeis tenerlas; pero basta ella para manchar mi inmaculado honor.

Diciendo esto se habia arrojado fuera de sí con una pistola en la mano hácia el anciano. Pero en este momento se oyeron pasos en la escalera, y huyó precipitadamente.

Cuando llegó á su casa, habia logrado serenar la tempestad de su alma.—¡Serenidad! se dijo, ¡sangre fria, que es la que salva!—¿De qué pruebas puede hablar ese mi eterno perseguidor? No existen. Negaré.—¿Quién no creerá al Coronel Guerra cuando desmienta á un viejo estúpido? ¡En mal hora se ha hallado en mi camino! El General le aprecia y tiene

fé en él: pero..... ¡valor! Juguemos el todo por el todo. Mi buena estrella no me abandonará: en ella confio.

El Coronel se fué á comer á una fonda, fortificando su impasibilidad con el bullicio; atolondrándose con conversaciones animadas, que empezaba y cortaba con un desasosiego, que procuraba hacer aparecer como aturdimiento.

A la oracion volvió á su casa, en la que halló una carta. Sorprendióle, porque de nadie podia esperar comunicacion alguna: abrióla presuroso: era un anónimo, y solo contenia estas tres palabras latinas de una concisa y conocida advertencia.

FUGE, LATE, TACE!

Aunque la letra era fingida, el Coronel creyó reconocer la del General: quedó inmóvil fijando la vista en la abierta carta que permanecia en su trémula mano.

—¡Lo sabe! murmuró. El mal viejo se lo ha dicho! Pero nó le habria dado tan entero crédito un hombre de tanta cautela como el General, si no le hubiese comunicado esas pruebas de que me habló... Pero... ¿cuáles pueden ser?..... No existen..... ¡miente el villano!..... Y no obstante, hay ciertamente..... hay ciertamente un Génio, enemigo del reposo del hombre, que suele alguna vez, cual los vampiros, desenterrar cadáveres yertos y olvidados, del centro de la tierra. *Fuge, late, tace!* huye, ocúltate, calla!—¿Y con qué fin me traza esa línea de conducta el General?

¡Está claro! Quiere evitar un escándalo que avergüence al Regimiento de que fué gefe, que abochorne á la muger que decia amarme, y humille al que se decia mi amigo! ¡Compañerismo, amor, amistad!..... ¡palabras huecas y sin raices, que no resisten á un impulso de orgullo!

Así raciocinaba aquel hombre. ¡Y no es él solo! ¡Cuántos culpan, como él, á la sociedad y á los afectos, por no culparse á sí propios! ¿Cuál será la verdad de que no se abuse? ¿cuál la sentencia que no se aplique mal?

Juan Luis veia—con tanta mas rabia y asombro cuanto que no lo aguardaba,—desmoronarse el edificio de su insolente prosperidad, labrada por el engaño y la hipocresía; veíalo caer,—levantado como estaba sobre una sepultura y una mentira,—al empuje de un cadáver que se alzaba, y de la verdad que se hacia luz, á pesar de sus criminales esfuerzos por aniquilarlos!

Aun reflexionó algunos instantes aquel criminal, hecho tan insolente por su fortuna: se vistió en seguida de paisano, se ciñó al cuerpo un cinto de onzas, y salió. A los dos dias se embarcaba en San Sebastian para Inglaterra.

No se engañó en sus cálculos. La carta era del General. Este, cuyo carácter era mas delicado que enérgico, instruido de todo por su antiguo asistente, avergonzado como Coronel del Regimiento en que habia servido aquel infame, horrorizado y humillado

comō Padre, del que habia admitido por yerno, quiso á toda costa evitar el público escándalo de la aprehension y condenacion del criminal.

Cuando el Tio Bernardo supo la fuga del reo, se arrepintió amargamente de haberle puesto sobre aviso, aunque le habia sido necesario acabar de convencerse de la identidad de su persona.

– Se ha escapado ese perverso Juan Luis Navajas, dijo. Pero..... ¿á dónde irá que á los ojos de Dios se esconda? Y Dios consiente; pero no para siempre. Su hora ha de llegar; que quien mal anda, mal acaba.

El Tio Bernardo hablaba proféticamente; porque á poco se pudo leer en un periódico de los Estados-Unidos la relacion del siguiente suceso:

«Las casas de juego siguen siendo cuevas de crí»menes. En la pasada noche ha tenido lugar en *** »Street el mas horroroso suceso. No há mucho que »llegó aquí un español que se apellidaba D. Claudio »Jaen: su carácter altanero, su humor irascible y su »aire provocativo le habian hecho odioso en los alo»jamientos en que habia vivido. Pasaba sus noches en »las casas de juego, en las que ganaba con tan loca »fortuna, que se susurraba entre los demás jugadores »que no jugaba limpio.

»Entre estos el mas encarnizado contra él era un »limeño de poco buenos antecedentes, que aseguraba »además haber conocido al referido sugeto en Lima, »en donde llevaba el nombre de D. Victor Guerra. »Supo todo esto al entrar anoche en la casa de juego

»el llamado D. Claudio Jaen, y se puso en un est
»de furia difícil de describir. Al ver entrar poco d
»pues al limeño, se arrojó sobre él con furia clav
»dole un puñal en el pecho; mas no pudo llegar á
»antagonista tan pronto que no hubiese éste saca
»una pistola que descargó á quema-ropa sobre
»agresor, exclamando: señores, ya veis que casti
»á un asesino.—La muerte de D. Claudio Jaen f
»instantánea; el limeño vivió algunas horas, y es
»tarde ha dejado de existir.»

Tambien pudo verse algun tiempo después en l
periódicos españoles una carta de un misionero, e
que daba cuenta del martirio sufrido por otro, llama
do el Padre Gaspar Camas. Ambas cosas supo el Ti
Bernardo por el General.

—¡Vaya! dijo; cada cual ha muerto como ha vivi
do: el uno, como un santo Mártir; el otro, como u
ladron y asesino.—Dios premie al uno, y perdone a
otro!

—Vaya, Bernardo: esa es una buena palabra, que
me alegro verte aplicar á ese hombre, que tanto has
odiado y tanto has perseguido, le dijo el General.

—El campo santo es un sagrado, señor!—Delante
de una sepultura no debe el cristiano tener mas que
oraciones! repuso el Tio Bernardo.

FIN.

o en un es
rar poco
furia cla
do llegar
e éste se
pa sobr
que cas
lio Jac
ras, y

pués en
ionero,
ro, llar
npo el

ha v
como
rdone

ra, q
nto l
al.
elan
s qu

